

La última copa

Saúl Ibargoyen



La última copa

SAÚL IBARGOYEN

Maquetación y coordinación general:
Blanca Mateos

Digitalización de textos:
Berenice Garmendia



1ª edición digital
PALABRAVIRTUAL.COM
2014

La última copa



La última copa

Saúl Ibargoyen



Diseño, cuidado y producción editorial:
Ediciones Eón

ISBN: 968-5353-71-9

Primera edición: 2006

© Derechos reservados
Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.
Av. México-Coyoacán No. 421,
Col. Xoco General Anaya,
México, D.F., C.P. 03330
Tel.: 5604-1204 / 5688-9112
edicion@edicioneon.com

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Contenido

11		Breve apunte alrededor de <i>La última copa</i>
15	I.	El hombre
19	II.	El niño
21	III.	El hombre
23	IV.	El niño
25	V.	El hombre, el muchacho, el niño
31	VI.	El hombre
37	VII.	El muchacho
41	VIII.	El hombre
45	IX.	El hombre
51	X.	El muchacho
57	XI.	El hombre
61	XII.	El hombre
65	XIII.	El muchacho
71	XIV.	El hombre
77	XV.	El hombre
81	XVI.	El hombre
87	XVII.	El hombre
93	XVIII.	El hombre
99	XIX.	El hombre
101	XX.	El hombre
107	XXI.	El hombre
111	XXII.	El hombre
115	XXIII.	El hombre
119	XXIV.	El hombre
125	XXV.	El hombre

“Y brindemos nomás la última copa...”

Juan A. Caruso-Francisco Canaro

Voz: Carlos Gardel

Breve apunte alrededor de *La última copa*

Quien tome entre sus manos *La última copa* de Saúl Ibagoyen (Uruguay, 1930) no encontrará una novela tradicional ni una crónica de viajes. Reconocido poeta, Ibagoyen construye en *La última copa* una sutil relación del infortunio. Un infortunio que corresponde a una voz narrativa cuyo nombre permanece impronunciado a lo largo de sus páginas; es, sencillamente, “el hombre”, “el muchacho”.

Con esta perspectiva Ibagoyen construye un juego de sutilezas donde los hechos reales y los imaginarios se entretajan con naturalidad alrededor del protagonista en un minucioso descenso al infierno, al odio profundo a la propia existencia y a una constante entrega desgastante hacia la negación, hacia la nada en vida a través de la ingesta traslúcida de colores y aromas de cualquier bebida embriagante, de todo alcohol. Por ello –quizá–, se ha prohibido siquiera recordar su nombre. No lo necesita, ni lo desea. Parece decirse, como aquel verso de Lêdo Ivo: “Voy en la multitud. Y mi nombre es nadie.”

Porque efectivamente, comprobamos, el hombre busca desaparecer. Para ello, se convierte en su propio fantasma.

Si bien numerosos textos literarios son un elogio de la dionisiaca o de la embriaguez, o una metáfora de una visión sagrada de la vida –como sería el caso de algunos cuartetos de los *Rubaiyat* de Omar Kahayam–, no abundan los libros que refieran la relación entre la literatura y la embriaguez. Los casos de Poe o de Baudelaire han sido motivos de ensayos psicoanalíticos o comentarios incidentales relativos a la dependencia del alcohol, y sólo en algunos textos de la literatura decimonónica el ajenjo viene a ser exaltado o criticado como una puerta rumbo a otras visiones o hacia la demencia. En un plano vital destaca el alcoholismo del Malcom de la biografía de Malcom Lowry escrita por Douglas Day, donde Day –durante largos momentos– se ocupa con amplitud y rencor

del destructivo papel que implicó el alcohol en la vida del escritor anglocanadiense. ¿Mas cómo sería el espejo de tantos destinos ya intelectuales, ya literarios en un ámbito latinoamericano?

Es distinto atestiguar un ensayo o una biografía a sumergirse con un personaje en la alianza con la renuncia a su dignidad, al placer, a la lucha con la realidad en su entrega a un aparente olvido que aceptamos como degradación y lentísimo suicidio.

Por eso, llama la atención que en cada capítulo de *La última copa* las canciones de Gardel y otros cantantes populares sean trasfondo de la descripción de un largo paseo por los entretelones de un continuo diálogo con el alcohol, que no es en el fondo sino la imagen de una prolongada caída en honda soledad atestiguada por fantasmas. De este modo la novela adquiere un eje y un ritmo interno: el trágico compás del tango, con su apología de cada gota de alcohol como una redención de la voluntad y la vida en pos de la nada.

Como narrador, Ibarгойen aprovecha con habilidad e inteligencia los recursos de la poesía: ni juzga, ni condena: muestra, evoca imágenes y momentos, espacios y paisajes donde las situaciones, copa a copa, se convierten en una sucesión de pesadillas y sueños en que el abismo de una inagotable sed proporciona el vacío del alma. Un alma que no se atreve a la propia identidad, ni al reconocimiento.

Es en la suma de situaciones donde la anécdota transcurre. El lector es testigo de la destrucción de un «yo», de una consciencia sin voluntad que lleva en el pretexto la denegación. Que se reafirma en espíritus y conductas semejantes escondidos bajo otros membretes: compas, camaradas, amigos de parranda, talentos autodestructivos o encarnaciones plurales de la desesperanza de este mundo.

La acumulación, en el tránsito del tiempo y la edad, resulta abrumadora. Particularmente a causa de las fugaces pistas del tránsito del tiempo real, donde la pirámide de copas y botellas vacías parece desplazar toda imagen de la cotidianidad alerta o vigil desde donde el lector observa.

Y en el fondo, la tristeza y la desesperanza. La muerte de un «otro yo» que clausura el discurso, en apariencia, abruptamente. Porque no hay más discurso, porque tras la muerte no hay regreso. Un hombre

abandonado en los brazos de la muerte como única compañera. No hay regreso.

Así, *La última copa* es un baile, una danza con la muerte; y la novela convierte en vertiginosa escena esta imagen: un giro vertiginoso, multiplicado, donde atrás de cada barra, de cada puerta, se desciende en la escala de la degradación y el peligro; persecuciones policiacas, amaneceres en el lodazal, memorias perdidas y encuentros amorosos insatisfechos, indeseados, golpizas y riñas, abandonos, incoherencias, autoengaños y desprecios. . . Una última copa en apariencia inasible mas presente, que se posesiona con agotador frenesí del mundo que evoca y lo vacía.

Tal es la riqueza de esta obra: distinguirse de lo convencional y de las fórmulas. Referirse en un guiño extremo a trabajos como los de London, o Hedayat, Cocteau o Bukowski en una alianza inteligente, sensible, dolorida, abierta a la comprensión de un dolor que afecta a voluntades innumerables.

No hay moraleja. Saúl Ibagoyen ha querido escribir un libro inolvidable. Lo ha logrado.

Bernardo Ruiz

I. El hombre

*“Sigue llenando mi copa,
que ya no tengo remedio”*

El charco púrpura de la vomitada era como un espejo desmenuzado en trozos y salpicaduras brillantes y hediondas. La mejilla derecha del vomitante aplastaba una delgada armazón de lentes cegados por las caídas reiteradamente acumuladas. El cuerpo casi humano, que resbalando y tropezando había chocado contra el piso de una habitación, o un cuarto, o una recámara, o un baño, o una cocina, no lograba reapropiarse de su nombre ni meterle aliento a sólo cuatro letras y dos sílabas. No podía encontrarse con su historia de horas atrás, de instantes atrás; no podía asimilar el dolor generado por el golpazo ni reconocer el desgarramiento de las tripas al expulsar los incontables tragos de la última copa. La siempre última, o primera, o única copa.

Y el cuerpo fue reconociéndose como tactando regiones de otros cuerpos: era un esqueleto con carnes y ropas y pelos que no podía aún entrarse en la propia memoria, en ese recordar cotidiano que las orejas y los miopes ojos le negaban.

Cuando una de las manos, como la de algún cuerpo perdido, se arrastró por el piso pegajoso hasta tocar el costado de la cara, brevemente herido y que soltaba una tenue sangraza revuelta con cuajarones de vino oscurísimo; cuando eso ocurrió, el sufrimiento se expandió instantáneamente por todas las nervaduras y todos los nichos medulares mordidos por el alcohol.

La cabeza sintió esa agresión desde adentro, ese flamazo que incineraba imágenes como figuras carnales que no llegaban de ningún lugar. Pero el vomitante movió la otra mano, la apretó contra una baldosa o un rectángulo de mancillada madera, y así levantó de a pocas un des-

arreglo de músculos, una confusión de sudores, un apocado tumulto de náuseas y regüeldos.

El cuerpo aquel estaba, luego del intento inicial, como escorado y desnivelado, pero las dos manos sin pensar juntaron su energía y produjeron un despacioso envión que obligó a las descuadradas piernas a buscar, o a inventar, una balbuceante verticalidad.

Así, las paredes de la estancia de aseo corrigieron su tambaleante postura, y el techo pareció descender hacia un cráneo parcialmente desvestido por la negligencia de los almanaques y por el asedio de oscuras perturbaciones.

Una cara subió tropezadamente hasta la plancha traslúcida del espejo; y todo lo visible volvió a duplicarse; entonces la memoria abrió sus celdas inesperadas que empezaron a vaciarse en reverberantes figuraciones sobre el mismo cristal.

El rostro se aguantó en un contemplarse ajeno a la piedad y al perdón: otra vez aquellas marcas cayendo por los bajos de la mandíbula empalidecida, otra vez las ojeras como sucias fuentes de sombra, otra vez los colgajos de flemas y licores coagulados. Pero ahora, la cortadura en la mejilla, ¿cuál, la derecha, la izquierda, la de un infante, la de un mozo, la de un adulto, la de un anciano?, con aquellas sangrosidades que injuriaban las raíces de algún párpado o de alguna oreja.

Y aquella herida con su rojez de oxidaciones lentas, llevó a quien así se contemplaba al recuerdo instantáneo de otro sufrir en otro sitio del cuerpo y en otro momento de otros años.

¿Qué eran los años? ¿Eran flujos de sustancia impalpable? ¿Eran torbellinos cuyo centro resultaba inubicable? ¿Ver los puños propios golpeando unos rasgos con bigotes de hombre joven, eso era recordar? ¿Poner la navaja de hoja corta entre las cejas de un muchacho enmierdado de ron, eso era rememorar? Y esos hombres, ¿no serían ya unos casi ancianos o, al menos, unos cuarentones o unos cincuentones repletos de grasas satisfechas? ¿Por qué estuvieron ahí, en los momentos del metal o del puñetazo? ¿El tiempo era el acto de unir las diferentes propuestas de la impura memoria para tratar de que sólo hubiera una?

El rostro nacido del choque entre la luz desquiciada del cuarto de aseo y el cochambroso cristal verticalizado, ¿era algo más que una instantánea clonación, algo más que una alucinada manera de mirarse en sí mismo? El marco del espejo, ¿encerraba en dos dimensiones toda una serie de relatos emergidos de labios humosos y dentaduras imperfectas, de pláticas al pie de botellas sin fondo y vasos indoblegables? ¿Solamente eso, nada más? ¿Conversaciones tropezadas junto al mostrador o la barra en una cantina o en un bar hirviente de ruidos, risas, regüeldos, reflejos, rechazos, retenciones, recaídas, rarefacciones, respiros, renunciaciones, relajos? El todo del todo era, finalmente, eso y nada más que un traslúcido rostro aplastado contra un ondulante cristal o un vidrio engrosado por la repetición de una misma cara ensimismándose a través de licores descompuestos? ¿Era eso, lo contemplado, el simple resto, el solo ripio, el mero derrumbe?

El hombre encarnecido se fue de aquellas visiones; al traspasar el vacío de la puerta tropezó con sus propios pasos y cayó de nuevo sobre el charco ennegrecido y nauseabundo.

Sin embargo, pudo pálidamente sonreír, pues la memoria le indicó que ya nadie a plena voz lo regañaría: “¡No vomites en la alfombra! ¡En la alfombra no!”

II. El niño

*“...yo levanto temblando en mis manos
esta copa de rubio champán.”*

El niño no entendía por qué aquel anciano de ropas metálicas, con su escudo de latón y su lanza rajada, trepaba y bajaba o se caía de su frágil cabalgadura (esa figuración de pellejo y huesos evidentes), pero no abandonaba los caminos polvosos de La Mancha. Y por qué su barrigudo compañero seguía con él, montando y desmontando un burro tropezón y orejicolgante. Y por qué otras personas de extraño hablar engullían tremendísimos tragos de denso vino.

El niño cerró su quijotesca lectura de esa tarde. Luego, reexaminó los intraducibles diseños de la fatigada alfombra de Persia que en cada ocasión lo recibía; después, remiró hacia el techo de tablas de nobles maderas que lo separaba de las cercanas alturas del mundo. Siempre se ubicaba ahí, entre dos dimensiones horizontales: la alfombra cansada de sus vuelos mágicos y la mesa nacida de antiguos robledales.

El niño tomó el ancho volumen empastado y se paró ya fuera de la región sagrada de estambres y carnes de árbol. Puso el libro en su lugar preciso de la biblioteca y ya dirigiéndose hacia la calle, vencido el solitario espacio de los primeros patios, vio que la puerta de la recámara de don Silvio estaba simplemente abierta. Una cama no grande y de alineadas sábanas y mantos; una silla sin nadie encima; dos varoniles zapatos desorientados al pie de un pálido ropero; una mesa desnuda de manteles y jarrones: sobre su tapa de existencia cotidiana, dos vasos delgados, el uno de puro vidrio transparente y el otro con una mitad plena de fulgor amarillo. Dos vasos casi pegados a la botella madre: un alto recipiente también aquella garrafa, con una etiqueta en lengua imperial y un caballo de irreales blancuras.

El niño entró en la recámara de don Silvio, un hombre norteño de frontera, de tonos abrasilerados y de mujer educada y algo nalgona. ¿Por qué pasó la marca prohibida? ¿Llegó a imaginar que todo era soledad en aquel ámbito, como en los senderos de La Mancha? ¿Por qué se ajustó a la montura de la silla de mimbre y envió sus manos hacia el vaso amarillo? ¿Por qué bebió como atorándose de aquel vino tan diferente?

El niño se apartó del vaso usurpado, se quitó las lágrimas, se despojó de ardores y toses, descendió de la inmóvil bestia vegetal, traspasó el zaguán y salió hacia las luces casi atardecidas de la calle removida por el viento. El calor de su estómago le crecía por la totalidad de la sangre como una espuma de fuego.

Y el niño percibió en el aire iluminado los girantes brazos de un molino de viento gigantesco y maltrecho, y dos leones negros en una jaula rodante que se abría como una flor de pétalos malignos, y un grupo de guerreros marchando polvorientos debajo de estandartes desconocidos, y unos enormes animales de alas enturbiadas por el propio vuelo.

Era como una fiebre turbulenta, como un estado de vertiginosas representaciones. Sólo el infante percibió lo que aquí se describe (y que alguien, tiempos después, podría descifrar en la fosilizada atmósfera de aquel día). Cuando al rato cesaron los latidos que el líquido amarillo soltara en sus ojos, la ventisca de la calle borró los desechos de tales inéditas alucinaciones. Y en otro después, en otro muchísimo después, en medio de borrascas de vasos rojos y turbios y de botellas desechadas, vendrían las ratas como máquinas maduras y grises, vendrían las cucarachas veloces e innumerables, vendrían las terribles avispas con sus rostros de oro.

III. El hombre

*“... tu lágrima de ron me lleva
hasta el hondo bajo fondo
donde el barro se subleva.”*

¿El hombre?, ¿un hombre?, deja resbalar los afligidos pellejos interiores de sus zapatos de cuero animal. La banqueta (o acera o vereda) recibe las empapadas agresiones de una caminata costosa en tropezones y rociaduras que la lluvia del invierno del Sur duramente dificulta.

Detrás del hombre quedó la casa de hembras de cabello pintado con sus faldas escasas y sus medias negras semiocultando sin pudor cinturas de grasa y muslos varicosos; aquellas hembras de otras veces, siempre iguales con sus charolas portadoras de copas nebulosas de espurio coñac y de güisqui corroído por burdas adulteraciones; las tales hembras expulsadas de algún tango gardeliano que aspiraban humo barato, esperando con piernas entrelazadas y aburridas: esperando atentas sí al arribo de machos tumultuarios o de bichos antropomorfos masticados por la sed.

Un hombre ahora más solo, con la edad de sus años perdida entre difuminaciones ardientes que erizan la terminal de cada nervio, que azotan con relámpagos como flores azules los hilos del íntimo entramado de su ánima. La cabeza absorbe los trancazos de una lluvia que ha viajado desde las congeladas y chatas regiones de la Pampa. Todo es una acumulación de ríos aéreos, de arroyos volátiles, de estuarios volanderos. Y los zapatos se ahogan entre espumas de mugres y de arrastres.

Un hombre sometido a la lluvia, que ya no rememora el sombrero de insólita color que una de aquellas hembras se quitara antes de penetrar las desfloradas sábanas para el inicio de los vacíos rituales del placer doblemente solitario.

Fue la tal hembra desaseada la que exclamara “¡Qué ventarrón!”, mientras los goterones oscuros, desprendiéndose de la noche, castigaban los vidrios sin cortinas del ventanuco único de la única recámara en disponibilidad.

Un hombre simplemente borracho que entremezclara sus piernas casi ajenas con las extremidades desganadas de la mujer calva, pelona en toda sus partes, como una barata reina egipcia. Un hombre ya vestido cuya desmemoria lo protege del horror.

El hombre tropiconea con pasos tartamudos, respira más agua que aire, detiene su dudosa perpendicularidad al llegar a una esquina desconocida, crucero ignoto. La torrentera de arriba y de abajo ha crecido; arrasa las banquetas; deshace la precaria geometría de las calles; borra basuras y paisajes; desfigura destellos, reflejos y estallidos de una última luz.

El hombre, un hombre, se arranca del rostro las máscaras de agua, las caretas que aún le clavan sus líquidas raíces. Y los lentes se desprenden, se escapan como escamas muertas, y todo el aguaje se levanta en un solo envión contra sus ojos inválidos, y la boca se entrega a aquel oleaje de los cielos negros, y el alcohol aún encendido asciende para quemarse en la sólida humedad del aire configurando ácidas burbujas y amargos chorretes tal vez rojos o amarillos.

Y nada vislumbran, nada perciben los ojos así, en tanta desprotección, y hay manos desesperadas que procuran restos o añicos de cristal o de fina armazón en el torrente ya enlodado adonde naufragan las baldosas. La lluarada es una cerrazón de nieblas violentas, un descendimiento de pieles astrales.

Y el hombre alza la testa enceguecida: todo está lejos de sus ojos, todo se aparta hacia distancias indescifrables. Entonces, se despega súbitamente de sus pasos, se despoja de camisa, de pantalón, de chamarra, de calzones, de zapatos, de calcetines inservibles.

Y junta los pies oprimidos por el aguaje impregnado de frío, y sus brazos se expanden como el palo transversal de una cruz, y la cara debajo de la nariz se abre para beber gotas y chorros en tránsito. Y la encorpadura del hombre total así permanecerá en su rígido empinamiento hasta que las lluvias se disuelvan en la ciudad vacía.

IV. El niño

*“Borrachita de tequila
llevo siempre el alma mía.”*

Un niño, un rapazuelo, un botija, un chavito, un pibe aparece ajustando su postura al cuerpo aplastado de la fotografía. Quien vea podrá ver el gorro de pelo café con un cerquillo cortado rectamente apenas por encima de las orejas, como siguiendo el molde de una gran taza redonda; podrá ver una exigua túnica de tela, que suponemos de color azul, castigada por los revolcones y las furias de los juegos de guerra; podrá ver los zapatitos de punteras redondeadas y raspadas; podrá ver las muy inquietas manos atrapadas por la inercia del papel; podrá ver la cara como una galleta de harina empobrecida y con mirares inseguros que ya empezaban a desfigurarse las cambiantes siluetas del mundo.

Parado sobre un poyo, el niño. Al lado del niño, una niña más vieja que él: cabellos oscuramente peinados hacia lo alto, mirada que se enraizaba en futuras tormentas interiores.

Más debajo de los dos, una ciega señora de la Italia campesina, ¿doña Pasca?, bien asentada en un sillón de tenues ramas entretejidas: quietos también los diez gruesos hijos de sus manos. Y casi rozando sus anchas alpargatas, la sombra soterrada de un fotógrafo que jamás nadie alcanzará a dotar de un nombre cierto.

Luego, fuera de la fotografía, un señor de pesado mostacho en trance de encanecer, tomará de la boca del horno de barro, que él mismo construyera, un pan circular tan entero como un planeta de oro blanco. Y, a cuchillo de acero de ley, le quitará una alta porción dorada y aún espumosa, humeante a leñas de monte y a vapores de candentes levaduras. Enseguida, el vaso henchido de un único vino rojo será volcado como

una lengua viva y respirante sobre la alba y crujidora encorpadura, que un veloz sedimento de azúcar ha cubierto de no usada transparencia.

El niño, desprendiéndose de la trampa de cartón, recibirá la ofrenda: beberá del pan, morderá y absorberá aquel fosco dulzor y su blancura, su primer trago de vino.

La señora de Italia, ¿Doña Pasca?, habrá de sonreír desde sus cegados párpados; su señor, ¿Don Giuseppe?, como un sacerdote sin templo y sin dios, habrá de enaltar hasta su destamado bigote el vaso que alguien, ¿el fotógrafo?, prestamente volviera a encender.

El sol se detendrá en el límite señalado por la verdura aérea del parral que da amparo al pequeño patio. El niño, con los labios consagrados por el nuevo alimento, como un cazador habrá de permanecer a la espera del próximo pedazo de pan.

V. El hombre, el muchacho, el niño

*“... copa a copa, pena a pena, tango a tango,
embalado en la locura
del alcohol y la amargura.”*

Arriba de la puerta de entrada del burdel había un letrero: “Lasciate ogni calzoni voi ch’entrate”. La puerta tenía también un vestido de cortinas rojas.

“Siempre el mismo color colorado”, diría el hombre aquel, y aplastó el botón del timbre que una mal pintada flecha señalaba.

Nunca se había allegado hasta allí, lejos de la zona central de aquella diminuta capital de provincia, envuelta en una enrollada disposición de cerros de oscuros roquedales y de nieblas repentinas.

Visitaba la ciudad en instancias casuales, con ánimos de desmemoria y con un creciente caminar de extranjería. Esa tarde, ya casi en la boca de la noche, mientras filtraba entre sus dientes de zoo carnívoron la tercera o cuarta porción de aguardiente de caña brava, alguien, una de esas sombras terrícolas que flotan en la espesura de cantinas y/o bares, le puso en la oreja, como salpicándolo:

“... el Infiernillo sí, así con mayúscula, ahí tenés que ir... El Infiernillo... ahí yo tuve mujer, una mina que trabajaba para mí... Convidame con otra caña, ¿ta?”

“Áhi te va otra... ¿Y por dónde queda eso?”

“Tenés que pasar la plaza... frente a la catedral... la calle de la derecha... y seguís nomás, son como diez cuadras largas... Cuidate, porque hay montones de perros hijos de perras putas... ¡Salú!”

Y así ocurrió, pues, que cruzó frente al silencio del templo principal y zapateó las cuadras indicadas. Los anunciados perros le adelantaron ladrarés de hostilidad incomprensible y, ya más adentro de aquellas re-

giones de amargo arrabal, le buscaron talones y pantorrillas a punta de puro diente.

El hombre se despojó del cinturón de flexible cuero y así pudo defenderse del tal acoso bullanguero que le evaporó, sí, las resonancias desatadas por el aguardiente en el total de su cabeza. Y así fue cómo llegó, ya superados los latidos de los perros.

Sólo se entreabrió la hoja derecha de la puerta; varias luces de adentro se mezclaron con la rojiza oscuridad que las nacientes neblinas de la calle proponían. Pero había una cadena de seguridad con su blancor acerado, y el hombre, ahora un muchacho que los resplandores retrataban, solamente pudo ver la mitad de una cara de bastante negrura, con barba breve incompleta y la mitad correspondiente de los labios de tonos morados.

“¿Quién te manda? ¿Quién te recomienda? Acá es con recomendación, nada más...”

El mozo contestó:

“Me dijeron en el bar del vasco Murúa... que viniera nomás...”

“¡Y viniste!”

“Sí, vine para acá... Hasta me corrieron unos putos perros...”

“¿Sos de la capital, no?”

“Sí, de allá, estoy visitando a unos parientes...”

La cadena del seguro cayó, y el muchacho pudo pasar entre dos tipos, uno de falda corta y otro no, que lo esculcaron con hábiles velocidades. Los dedos de los guardianes buscaron explícitamente algo más que cuchillo o pistola, pero el visitante se agilizó, metiéndose directo en el mero corazón del Infiernillo. Los de la seguridad, tal vez, de pasada lo miraron de la cintura para abajo.

Un patio bastante amplio, ¿con relación a qué?, en parte bien techado, había allí. Y algunas mesas, ordenadas para conceder los espacios que los danzantes de tangos y milongas, a veces de un cálido bolero, precisaban. Al fondo, no muy en lo lejos, una tarima de tablas gruesas sin desbatar, y arriba, la orquesta que recién arrancaba con una retorcida y picada versión de *Cambalache*, o así entendieron las orejas del muchacho. En el otro costado del fondo, la barra o el mostrador, como sostenida o aguantado por varias sombras carnales que apenas movían

los titiritescos brazos para alzar sus copas de aparente vino, presunto aguardiente e ilusorio coñac.

Ah, la orquesta: un conjunto con guitarra, flauta y bandoneón, tres seres magros y descamisados que mandaban trágicas melodías, filosos golpes de cuatro por cuatro, leves suspensos, flujos de notas, silencios súbitos hacia las figuras enlazadas meneándose bajo los focos invisibles que colgaban de los altos aires del Infiernillo.

El muchacho clavó el codo, ¿cuál?, en un hueco libre de la barra.

“Servime... una caña, una añeja... con hielo, no mucho.”

Para no cortar los tragos de lo mismo, allá en lo del vasco Murúa, de cierto que pensó, “una sola conducta, no mezclar jamás”, mientras sentía que en la cara y la ropa y el pelo le iban cayendo unos mirares más escarbadores que las expertas manos de la primera guardia.

El vaso llegó enseguida, después que una jerga grisásea y lodosa quitara mojadas barreduras, marcas de culos de botellas, fragmentos de carnitas semimasticadas, cenizas aguachentas, quemazones de uso alcohol.

“¡Cuánta mierda rejuntada aquí! ¡Que cochinerías!”

Esa frase salió de una voz que una bocaza entreverada entre bigotes envejecidos expulsaba entrelenguadamente, y que el muchacho, vaso en mano siniestra, escucharía durante las dos o tres horas, ¿cuántas?, por venir. Y la jerga o trapeador volvería a repasar las zonas desprolijas del mostrador de estaño, ¿en cuántas ocasiones el ritual sería repetido?, ¿en cuántas reiteraciones las voces habrían de insistir para juntarse con aquel dudoso acto de pulcritud?

El muchacho bebió “la otra más” y la que sería “la última”, porque el vaso fue sustituido mágicamente por una exagerada copa coñaquera. La voz entrebigoteada le observó:

“Pedí la penúltima. Nunca digás la última: nunca hay una última...”

“Pero si en un tango... de Gardel...”

“Puro tango, nomás: músicas son músicas, tragos son tragos.”

El bailongo seguía, la misma terceta instrumental, los ritmos y melodías se gastaban igualmente que los zapatos de tacón, las alpargatas de lona y fibra, el calzado de charol y hasta las botas altas de aquellas

figuraciones difuminadas entre las luces de focos que alguien fue apagando hasta lograr una penumbra indispensable.

“Ya ni veo lo que estoy chupando...”

Se dijo el mozo, y sintió de un madrazo que el cuerpo se le achicaba, que había entrado en el Infiernillo con aprestos de hombre, para luego pasar a mero muchacho y después a casi niño, un niño que se agarraba del borde de la barra, mientras las náuseas le estallaban hasta por ojos y narices, y un reconocido sudor de hielo molido le crecía desde cada poro hacia toda la agrisada piel.

“¿Cómo estás? Tomate un cafecito...”

El niño miró hacia la mojada voz filtrándose por el cepillado bigote, hacia más por encima miró: los focos o bombillos del bailadero eran ínfimos astros solitarios. Y él, sentado, apoyando las enfriadas nalgas en un piso de ladrillo, embasurado de gordos escupitajos y pedazos deshilachados de cigarros, y una mezclanza de aserrín y periódicos humedecidos para atenuar los desmanes del polvo.

“¡Qué sentadita te echaste! ¡Nunca vide a alguien en pedo caerse así, como si tuviera plomo en las nalgas!”

El chamaco ajustó la cabeza contra la altura de la mitad, más o menos, del mostrador. Tenía unas manchas de friaje en el pecho implume y una rara frialdad en la muy lejana culminación de cada pie y una congelada palpitación en la entrepierna.

Finalmente, abrió su boca pegosteada, ¿qué eran esos jugos? Quiso decir lo que después dijo; líquidamente, eructó primero, escupió babeándose:

“Mejor me voy yendo...”

“¿¡A dónde carajo vas a ir, pendejo!? Ni sentado te aguantás. Quedate esta noche con alguna de las viejas... Luego que acaben con el baile se desocupan.”

El chavo tuvo como una visión de un cuerpo blanco, unas piernas blancas, una almohada blanca.

“¿Y cuánto cuesta eso?”, regüeldó sin fuerza.

“Yo lo arreglo, no te aflijás. ¿Cuánta guita... cuánta lana tenés todavía?”

El niño se medio paró, sin ayuda, porque el otro así quiso, para tantear el asunto, tal vez.

Y ya mozo, con el cuerpo desgarrándose contra la barra, recuperando edades con inédita energía, porque la sangre vasca se había revolucionado, respondió:

“Como trescientos pesos, un poco más, un poco menos...”

“Damelós, es de más, creo que sobra, pero está bien. Ahorita vuelvo... Y no te vayas a caer, no sé cómo hiciste para pararte solito...”

De pronto, los escasos astros del techo se extinguieron, la orquesta de tres envió un postrer resto de tango hacia aquel oscuro silencio, y la voz del encargado del bar no regresó jamás a las orejas del mozo ni de ninguno más.

“¡Naides se mueva, coño!”

“¡Toditos están presos, manga de putos!”

“¡Quietos, digo: sin bailar y sin chupar!”

“¡Sin coger y sin rajarse!”

Al muchacho se le borraron las figuras de la piernas blancas, de los pechos blancos, de la cama blanca. Se sentó otra vez, respiró como un pescado en los hervores del agua y fue saliendo, cuadrúpedo humano otra vez, hacia la puerta de atrás del mostrador que bastante se escondía entre cajas de cerveza y unos muebles desahuciados.

“Por aquí escapó el cabrón...el pinche bigotudo... ¡Y por acá me rajo yo...!”

La puerta ni cerrada estaba, traspasó su rectangular vacío lanzándose hacia el terreno del costado, mucho polvazal y algunos barrizales se notaban, fea mistura. Y él siguió gateando, hasta apremiado orinó de pata levantada, y continuó así, sin poder crecer de nuevo, en busca de la alzada perdida más allá de las calles que se abrían en las iniciales vejeces de la noche.

VI. El hombre

*“La copa del alcohol hasta el final
y en el final tu niebla, bodegón.”*

“El telefonazo desgarró las telas de silencio que colgaban de la noche”, eso escribía el hombre algo artificiosamente cuando el aparato timbró a plenitud. Las luminarias de la bahía tocaban con ritmo irregular un agua paralizada por la pesadez nocturna del verano que se extinguía, eso pudo ver mientras soltaba el vaso y alzaba el tubo de oír y hablar.

“Señor, su mamá... falleció hace unos minutos. Un paro respiratorio mientras dormía. Fue una muerte muy dulce...”, dijo la conocida voz de la administradora del sanatorio u hogar de ancianos El Árbol.

“Sí... ¿a qué hora exactamente?”

“A las dos y treinta siete de esta madrugada, claro”, el tono era profesional y no admitía vacilaciones afectivas.

“Gracias por comunicármelo. Podía ser en cualquier momento, ¿verdad? ¿A esto se le llama causa natural?”

“Sí, así se le llama. Pudo haber sido un infarto, o un derrame cerebral...”, se percibió un fluir de impaciencia, mínimo.

“¿Usted cree que la muerte es algo natural? ¿Para eso vivió mi madre, para morir por causas naturales?”

“Es otro tema, señor. Ahora debemos atender todos los trámites: certificado de defunción, acuerdos con la funeraria, presupuesto general, tipo de ataúd, velatorio, arreglos florales, símbolos religiosos, transporte de cuántos coches, cementerio, panteón familiar si lo hay, ajuste de pagos, ¿quién se hace cargo? Usted, supongo, como familiar más directo”, la impaciencia se mezcló sutilmente con un bostezo.

“Sí, no hay nadie más... Conozco todo ese tramiterío, por mi padre”, bebió un trago del vaso que había capturado de nuevo, “Él murió en mis

brazos, un colapso al miocardio... Aguantó bastante, era un vasco fuerte. Le hicieron de todo para sacarlo: no hay muerte natural...", y dio fin a su licor.

"Entonces, señor, ¿a qué hora pasará... por aquí luego? Hay que iniciar todo lo antes posible... con apego a las disposiciones vigentes", y otro bostezo fue levemente transmitido a través del cable.

"¿Es muy temprano a las siete?", y buscó la botella que estaba junto a sus papeles.

"No, está buena esa hora. Nosotros ya la tendremos preparada a su mamá para cuando llegue la gente del servicio funerario... Era una linda señora, con todo y sus noventa años... lástima que tenía esos desarreglos vasculares, la mala irrigación cerebral, los delirios seniles...", el postrer bostezo se disolvió en el discurso que clausuraba la plática, "Lo esperamos al rato. Buenas noches."

"¿Ve? Ninguna muerte es natural... Buenas noches."

El hombre observaba cómo las palas enviaban porciones de tierra, piedras, pedruscos, arenilla, lombrices, hormigas, papeles, bolsas de plástico, hasta colillas de los cigarros de ambos enterradores sobre la caja de cedro pulido adonde estaba alojada su madre. La sucesión de hechos se había acelerado: a la enajenación generada por la burocracia oficial y privada se había adjuntado la alienación alcohólica. Todo se resumió a ires y venires incongruentes, a firmas de documentos, a responsabilidades asumidas cuando ya nada hay de qué ser responsable, "¿Usted piensa que voy a ser un representante de cadáveres?", dijo a alguien, ¿quién sería?, ¿empleado de la funeraria?, ¿sacerdote rechazado que enviaran de parte de alguien? Todo, en fin, para estar finalmente al borde de una tumba, un hueco, un pozo provisorio ganado a las tierras de una zona recientemente establecida en el cementerio del Septentrión, por donde pasa el bóreas invernal o el viento de verano con lluvias semitropicales.

El hombre no estaba solo, algunos familiares lo secundaban a cierta distancia: un paisaje de sombras removiéndose en un aire infectado por partículas de resecas materias en circunstancial suspensión.

"¿Para esto vivimos, mamá? ¿A dónde va a parar todo lo trabajado, lo imaginado, lo sufrido? No hay muerte natural...", se dijo o se pensó o

se susurró el hombre, "... la muerte es como un bolero o un tango: te suelta la cursilería... me hace falta un trago..."

La reunión de familia terminó, obviemos el relato que trataría de pláticas preconcebidas, sobre una equitativa y no discutida adjudicación de los bienes de la señora fallecida: vestidos, faldas, calzado, blusas, bufandas, sombreros y abrigos de añejas confecciones para gente sin recursos o pobres de solemnidad, que sobraban en el barrio donde ella había vivido; álbumes desordenados, con abundantes fotografías de personas de etaria multiplicidad, parientes de provincia o de Francia, el tío cónsul en Berlín, ancestros vascuenses o catalanes, tías muy ancianas de pómulos salientes y párpados en dobles pliegues, infantes vestidos como adultos, el esposo suyo con su gorra negra, bebés inmóviles por exceso de exornados atuendos, un presunto abuelo con sencillo uniforme militar y sin armas, posibles abuelas que de seguro entregaron gorduras y desvelos a descendientes inclasificables o dispersos en las representaciones de indeciso color sepia de aquel pueblo de fantasmas, ¿todos muertos de muerte natural? Y qué más: recetas de cocina, libro de Amado Nervo, obras de Molière, cancionero de Gardel, una bella bandolina sin cuerdas, un disco de Caruso...

El hombre salió a dar unas vueltas por las calles que la noche de marzo había despejado con una llovizna inesperada que asentaría las tierras removidas del cementerio del Septentrión.

"Viento norte es lluvia", se repensaba el huérfano reciente, respirando el olor de árboles mojados, de jazmines ocultos que lentamente resucitaban.

Dejó que las aguas "con sus lanzas de plata" llegaran a él. Era un acto de purificación, claro, que venía de épocas de adolescencia o de más atrás, ¿cómo saberlo? Pero no menguaba la resonancia de las fatigas de tantas horas de pesadas gestiones, ni los ecos del licor se anulaban en su cabeza.

"¿Cuántas me eché hoy? Si no, no hubiera aguantado todo esto... Solito para todo, ¡carajo! ¡Igual que con el viejo! ¡Y hasta la misma funeraria!", se exclamó mientras recibía más lluvia, "¡Faltó nada más que los enterraran juntos!"

Sabía, sí, a dónde iba, con ese conocimiento oscuro que lo obligaba a repetir una travesía, a procurar algo que se pareciera a un destino. Pasó por un bar sin nadie, tomó un par de grapas y siguió.

“Ya empecé a mezclar, pero no tenían ron ni whisky...”, se excusó ante su propio paladar, “El cambio de sabor es una chinga.”

La panorámica barrial cambió, la lluvia era la misma. Cuadras después, allí estaba el bar de Doña Rosita, mujer carnuda y con atisbos de lo que fuera una belleza sin desbastar, fuerte y desarrollada en un mundo de machos hambrientos. Su marido, alto, bien macizo, pelón y celoso cuidador de la señora, nunca había simpatizado con el hombre, “Un intelectualito al pedo, borrachín sin clase y sin plata”, eso decía, provocador.

El ahora huérfano completo caía a veces en tal lugar, sin entender nunca el porqué. Los clientes habituales eran de escasos dineros, como la pareja de los gorditos que se acariciaban las manos pulcramente, en buena onda y bebiendo muy poco licor o algún café.

También estaba la pelandusca barata y casi en retiro, con su sola copa de vino blanco por noche; si bien le iba, dos. Y otros seres irrelevantes que transitaban sin motivos reales entre las pocas mesas, la barra a medio despoblar y los reservados del fondo, junto al baño, que la meretriz usaba por razones de mero oficio. Además, las medias luces de los focos salpicados por las moscas diurnas, las enturbiadas vitrinas, los espejos a espaldas del señor dueño de Doña Rosita, algún resplandor extraviado que llegaba desde la calle con matices de humedad, generaban una situación de intraducibles borrosidades, ¿era eso lo que atraía cada tanto al hombre?

De parado nomás, para probar la fortaleza de su dolor, pidió una grapa doble, con limón.

“¡Qué bueno que vino por aquí!”, dijo la señora, ordenándose las ondas del alto pelo, “¿Cuánto hace que no lo veíamos?”

“No mucho, creo. Andaba ocupado, el trabajo, sabe...”, se disculpó sin necesidad, “A su salud”, y sorbió la grapa de una sola vez, para qué andar con vueltas.

“Gracias, usted siempre un caballero... ¿Le sirvo otra, no?”, le coqueteó ligeramente, como incitándolo a más.

“Sí, muchas gracias a usted, tan gentil. Otra doble... ¿tiene triple?”

“¿Triple dijo? No hay costumbre aquí... ¿Está seguro?”, Doña Rosita intentó sorprenderse y sirvió lo solicitado.

“Triple, señora. Hoy se murió mi madre... ¡A su salud”, y añadió: “Quiero que beba por mi mamá, ¿sí?”

“No tomo con los clientes, usted sabe, el patrón no me lo permite...”

“El patrón es su marido, entonces... Ahora no está, ¿no vio que fue a buscar más garrafas al depósito?”

“Sí... bueno, le hago una excepción, una solita... ¡Por su mamá!, y enseguida del trago doble, y luego de uno triple, emitió un hipo cargado de lágrimas, “¡Pobrecita!, ¿de qué murió?”

El hombre le alcanzó un pañuelo, hasta la ayudó a ordenarse el rostro y los cabellos que se habían desgajado un poco hacia el lado del corazón. Bebieron de nuevo, doblemente, triplemente. Había espectadores, la suripanta, los deambulantes, los gorditos, un mesero que llegó sin avisar; todos quietos, silenciosos, distraídos.

“Puede venir mi marido, no sé por qué demora tanto...”, susurró Doña Rosita, sirviendo de nuevo para los dos.

“Mejor, que se demore un poco más...”, de pronto se avivó porque en las orejas le entró una música aún no escuchada, “Señora, ¿cuándo encendiste la radio? Recién la oigo... ¿qué tocan...?”

“Un bolero, *Perfidia* se llama o algo así...”

“¿Bailamos? Es para bailar despacito...”

“¡Estás loco! ¿Y mi marido?, ¿y la gente que nos mira?”

Ella abandonó la barra, ella y el hombre se enlazaron, oprimiéndose, encontrándose. La voz era de Elvira Ríos, dijo él para mostrar su alcohólica erudición. Terminaban la pieza siguiente cuando surgió el marido desde los fondos del local, cargado de botellas y con ánimos previsibles.

“¿Ya acabaron? Vení, Rosita, ayudame con las garrafas.”

Ella fue y volvió; el hombre permaneció en algún sitio de la música. Se acercó luego a la barra:

“Servime la última... siempre hay una última...”

Bebió, sudó, tembló, miró a la señora: “Otra última...”, bebió, se estremeció, se enfrió:

“La última de la última...”, quiso ir hacia la puerta, ella preguntó: “¿Una última pero última?”, “No tengo más plata...”, dijo el hombre entre burbujas labiales, “Me hiciste gastar todo...”, “¡Yo no fui! Fuiste vos, que tomaste un montón!”, ahora sí yendo hacia la sinuosa salida, “Pero estás guapa... y bailás bien...”, él metido en el vacío de la puerta, ella de golpe demandó: “¿De qué murió tu mamá?”, el hombre dijo, ya viajando hacia la nada de mañana, “De no vivir, nomás, porque no hay muerte natural...”

VII. El muchacho

*“Quiero emborrachar mi corazón
para apagar un loco amor,
que más que amor es un sufrir...”*

El muchacho se allegó a las cercanías del club deportivo; sobre la rambla o costanera, casi pegadas a la playa, estaban aquellas presuntuosas construcciones de clase media que el aporte rutinario de empleados de la banca y ávidos profesionistas había desarrollado bajo condiciones de discreta eternidad.

“Habrá un puto casamiento, seguro, y de gente que no es del cluB.”

Él no pronunciaba “clú”, como la gente común, silvestre o no, sino “cluB”, con la b en mayúscula al final. Al ser descendiente de hacendados venidos de Vascaña en el siglo XVII y cuyas tierras y vacas y ovejas habían terminado engordando otras fortunas en medio de las crisis de entre guerras “e ainda mais”, tenía su modo aristocratizante de hablar. Y buen descendiente había resultado, pues, al bajar a simple funcionario de un banco privado de mucha tradición, a quien él denominaba certeramente “el decano de la usura nacional”.

Era una rutinaria noche de un verano demasiado parecido a otros veranos. El muchacho recordó súbitamente, tal vez bajo el estímulo del aroma que ocultas floraciones liberaban en la oscurana, a aquella moza de cuerpo delgado y falsamente frágil que le fuera presentada por algún amigo el otoño anterior.

“Fue aquí, en el mero cluB, cuando el festejo del cumpleaños de alguien. Yo estaba en el bar desde temprano. Empezaron en la sala grande los barullos de la reunión, los gritos descolocados, las risas sin alegría, los primeros vasos rotos... Llegó... ¿quién?, ¿un tipo, una especie de fantasma sin nombre recordable?, llegó al bar con dos o tres mucha-

chas. Las presentaciones, las pláticas ociosas, la invitación a los tragos, unos gratis y otros no. Le eché una ojeada de medición atenta a la más flaca: rostro afinado y palidón, ojos de raras oscuridades, cabellos extensos y prietos como desajustándose, falda azul apenas rodilla abajo, blusa blanca bordada, chaquetín también azul y unos claveles rojos sujetos encima del corazón...

“La verdad verdadera y verificable, es que temblé junto con el sexto ron seco que aún no terminaba de beber. Dijo llamarse María Aracelia, de eso bien me acuerdo, y temblequeé otra vez: nombre de mujer con ‘i’ en alguna sílaba indica posibilidad, aproximación, tentaciones, ambivalencias, riesgos... Acabé el ron sin apurarme y pedí otra vuelta, que abarcó a mi presunto amigo, ¿quién era, coño?, y sus acompañantes. A ella le sirvieron una muy breve copa de jerez en la que se detuvo largos minutos, casi los que utilicé en elaborar metáforas en serie y en absorber tres o cuatro rones más. Ya iniciada la verbalización, bajo el estímulo de aquel cálido y sabroso aguardiente *Negríta Linda*, pensé que era María Aracelia –musa naciendo súbita de las espumas del ron– la que así dinamizaba las vibraciones de mi lengua...

“No fue veloz la noche, no. Hasta bailamos unas rumbas, unos tangos, unos sambas, unos boleros que machacaban los corazones. Ella conducía mis pasos y los cambios de ritmo, las pausas, las detenciones. El baile aumentó en mí las ramificaciones del alcohol: oprimía discretamente su cintura casi de aire, soltaba en su oído derecho prolongadas series de audaces imágenes y sutiles comparaciones, respiraba su pelo espumoso y expiraba en el cuello de la blusa blanca. Si amagaba estrecharla algo más, se apartaba apoyándose en mi hombro, aunque esa retirada parecía no otra cosa que un repliegue retórico. En verdad, se alejaba para acercarse. Ratos después, abandonamos un salón de baile bastante saturado de burbujas de sudor y hálitos de licores diversos, a más del rumor intraducible de oralidades mal articuladas y las musicalizaciones orquestales que todo aquel barullaje deformaba. Salimos al jardín y, fatigados, nos amparamos entre unos escuetos arbolillos. Mi sed de ron ya era sed de cualquier licor. Y la sed, trasmutada en hambre y en deseo, subió por mi garganta, pero al alcanzar su boca, sin abrazarla en firme, ni ajustarla contra mi exaltado esqueleto, un regüel-

do explosivo me liberó de alcoholes en fermentación, iniciando una feroz descarga que ensució (insultó, diría Borges) el albor de la blusa bordada de María Aracelia, su chaquetín azul, las suaves raíces del cuello, tal vez el costado derecho de su espumoso pelo...

“No supe hasta ahora cómo no se quebró mi altura ante ella, y antes de que huyera al baño para despojarse de aquella insólita ofensa, me arrodillé empujado por una inesperada humildad o por alguna fosilizada culpa, y abriendo los brazos quijotescaamente en silencio solicité su perdón. La musa escapó: no recuerdo si hubo en sus ojos señal de sorpresa, indefensión o repugnancia. Tiempos, meses pasaron, y algún dios distraído facilitó que nos encontráramos al ascender a un autobús en el centro de la ciudad. Vi en ella otra cara, vi en su cuerpo a una muchacha más fuerte, vi en su presencia a la mujer que estaba naciendo con la impunidad que otorga la hermosura. De pie en el pasillo, entre personas que viajaban como sombras, me concedió un par de exiguos minutos de plástica. Luego de mi saludo torpemente silabeado, en sus aladas palabras creció la memorización de aquella noche. Dijo que gracias al alcohol en mí, había empezado a entender qué era la poesía. Habló, pues, como una musa. Enseguida se bajó del autobús mientras mi corazón, igual a una bolsa de vidrios quebrados, continuaba su viaje hacia la adelantada negrura de la noche... Y, como canta todavía Carlos Gardel, no la vi más.”

El muchacho cerró su memoria, luego respiró los aromas que daban sustento a las móviles estructuras del aire. No entró en el cluB. A unas escasas calles había un bar de tercera clase con bebidas preparadas a base de caña y grapa. Ámbito popular y tranquilo, semipleno de borrachos respetuosos. Allí sí entró. Horas o eras más tarde, sentado penosamente en la playa, ¿cómo cruzó la avenida costanera?, ¿cómo descendió hasta allí?, pudo movilizar sus párpados: entrevió unas olas de inconcebible altor y estallantes crestas rojas que, desprendiéndose del río grande como mar, empezaban a caer sobre él. Luego, como siempre, todo sería negrura, hasta que el sol primigenio lo obligara a abandonar su lecho de arena. Antes de pararse escribiría, como Jesús en el polvo, unos trazos que parecerían coincidir con los nombres de la musa perdida.

VIII. El hombre

*“... de mi mano sin fuerza
cayó mi copa
sin darme cuenta.”*

El hombre salió del bar “La Sombra” –un pequeño antro, en verdad, sin mayor causa de atracción que algunas meretrices jóvenes que inventaban una lánguida soledad sentadas a las dos o tres mesas del fondo–; el hombre, pues, salió sosteniéndose en o colgándose de o descargándose sobre los hombros de sus compañeros; como entre cuatro lo llevan, cargado y descargándose. Él era el más alto, el más flaco, el más vulnerable.

“Se puso pedo de golpe...”

“Sí, no tomó tanto como otras veces... andaría con el trago revirado, con el calzón al revés.”

“Hasta le había puesto el ojo a una de las putitas, la morena del pelo revuelto...”

“¡Cuidado que se nos cae!”

Y el hombre pareció hundirse casi repentinamente en el borde de la acera, con un ruido de huesos fragilizados por los caprichos del alcohol. En medio de bufidos, resoplidos y gemidos, al tiro lo levantaron.

“¡Sujétenlo bien: es flaco pero pesa bastante el cabrón!”

“¡Hay que meterlo en un taxi! ¡Que se lo lleven y que no joda más!”

Así dijeron sus aquí no bautizados compañeros. Igual que en las películas gringas, un coche apareció como si naciera de los friajes nocturnos. Colocaron al briago –que eso era y no persona de lesa humanidad– medio estirado en el asiento de atrás, o medio doblado, que es algo similar. Dieron al chofer una tarjeta del forzado viajero, unos dineros

tentativos y unas indicaciones de cómo entregar a domicilio aquella desarticulada mercancía.

“Ponele otro billetito, no seas malo. Que niñera no soy...”, dijo el taxista.

Alguien agregó lo solicitado para que la misión fuera cumplida a cabalidad, “somos o no somos”, hubiera dicho el hombre de no hallarse fuera de toda realidad y de toda ficción.

“Ahora 'ta bien. Áhi nos vemos...”

El hombre despertaría como a las ocho horas a contar de la dejada en su casa: primeramente, ocupó una de ellas en dormir semisentado contra la puerta; el perro del vecino, canis vulgaris, lo reconoció, lo olfateó un poco y le orinó salpicadamente encima del pantalón. Luego, una mujer todavía joven, sin rostro reconocible o conocido, lo sacudió para a medias despertarlo. ¿Cómo traspasó o traspasaron el zaguán, el vestíbulo y el antecomedor?, ¿quién lo sabrá? ¿Cómo terminó tirado en la cama doble, de pantalones desajustados, camisa arrancada y un zapato solo?, ¿quién lo podrá saber? Recuerdo de persona no es persona y a veces los papeles no quieren hablar. Además, sin lentes, sin dinero, sin llaves, sin documentos, sin pluma, sin cuartillas borroneadas de la tarde anterior.

“El dios de los borrachos tal vez podría explicarlo, pero de seguro anda con tantas labores de atención a tantos ebrios que no dejan de chupar cada día, que no le alcanza el tiempo para todos, aunque su tiempo sea el de la eternidad... Pero, ¿y si se acaban los briagos? El dios ese se queda sin chamba...”, se diría o se pensaría en instancias posteriores el hombre aquel, al buscar obsesivamente los objetos perdidos.

Pero solamente el vacío encontró a la puerta de la casa, más vaciedad junto a o debajo de la cama y en el cuarto de aseo y en los desordenados bolsillos; hasta fue esa misma tarde al bar “La Sombra”, y preguntó y escarbó entre las mesas y las patas de las sillas, revisó montones de pedazos de cigarrillos, servilletas, fósforos, vidrios, periódicos. Cada día par era barrido el piso: eso permitió aquella búsqueda fútil y angustiada.

El hombre se había acomodado unos lentes de armazón envejecida, de cristales color humo turbio. Los había encontrado en el cajón del buró, desusados quizá desde hacía años. También, una copia de sus llaves. De lo demás, nada. ¿Era eso otro además lo que había ido a buscar: sólo documentos personales, sólo dinero, sólo fotos, sólo su pluma y sus cuartillas?

El bar era una sucia burbuja de respiraciones y murmullos enlentecidos. Poca gente había arribado a aquel santuario cotidiano; las putitas llegarían con la anochecida, a la hora en que los invisibles murciélagos urbanos salían a organizar sus velocísimas cacerías.

“¿Y qué? ¿Encontraste algo?”

El barman lo miraba desde atrás del mostrador o de la barra, según se diga. El hombre no era cliente de ir muy seguido, por eso siempre lo trataba con ese rechazo, ese desprecio que los abstemios vencidos sienten por aquellos que no son borrachos fracasados.

“¿Vas a seguir buscando? Si no, echate un trago y tomate los vientos.”

“Busco mi poema... Tiene que estar aquí...”

“¡No me chingues con esa jodienda de los versitos que vos hacés! ¡Este bar es una caca, y encima le metés tus putas palabras!”

“Ta bien, servime un roncito...”

“¿Igual que los de anoche?”

“Sí, ¿cuántos fueron? ¿Les pusiste mi par de piedras de hielo?”

“Y... como una media docena. En verdad, pocos para vos...”

“¡No sabía que el que sirve el trago cuenta para afuera! La contabilidad es para adentro, porque ahí están los pesos...”

“¡Hago las cuentas como quiero! Éste es mi reino y aquí mando yo. Si no te place, jodete. Al fin del asunto, no te sirvo nada, ¡y chau para ti!”

“¡Metete el ron por el mero culo, con todo y botella!”

El hombre se alejó hacia la puerta: una tremenda sed le enloquecía el paladar. Llevaba en los puños un montón de huesos petrificados. El del bar ya no dijo más nada: un pequeño pleito con un borracho a esa hora le empobrecería la noche.

“En verdad, cada pleito de mamaos siempre es una chinga”, quizá haya reflexionado.

Antes de su retirada, el hombre volteó para hurgar a punta de ojo las mugrosas confusiones del piso. Ya en la orilla de la banqueta, en el mismo punto donde el taxi lo había recogido en calidad de bulto antropomorfo, vio unas breves hojas de papel azulado.

Casi se inclinó, casi estiró brazos y dedos. Por razones de sucia humedad, aquellas cuartillas se apegaban a las fatigadas baldosas.

“¡El poema! ¡Es el poema!”, casi pensó o casi exclamó.

Su intención de recolector murió a mitad de camino. Había una instancia de insólita soledad, de intocable distancia entre su mano y aquella papelería deforme y borrosa. Un toque de claxon le advirtió del ofrecimiento de un viaje en taxi. Miró hacia el coche, hacia el chofer que era cualquier conductor. Comunicó un “sí” con la cabeza, se trepó al automóvil, dio razón de domicilio, puso los ojos sobre las caídas y recogidas cuartillas, ilegibles en el instante del arrancón. Después, ya no quiso ver más nada.

Bajó del coche frente a un bar cerca de la casa; una sed seca y dolorosa le comía la garganta. Al rato, revisando al pie de la barra las hojas rescatadas, el segundo ron con hielo, ahora sí, le permitió exclamar:

“¡Coño! ¡Si yo escribo en papel amarillo!”

IX. El hombre

*“... y entre el vino y el último tango
amargamente recuerda el ayer...”*

El hombre abandonó el autobús urbano casi al término del recorrido. Había sido la postrera chance, dada la hora de la alta noche, de realizar aquel viaje barato desde el centro hasta el barrio de clase media empobrecida adonde estaba su casa. ¿Por qué descendió en aquella encrucijada? ¿No faltaban todavía cuatro cuadras? Nunca respondería esas preguntas. Se bajó y chau.

Por hábito de sus manos siempre cargaba libros, periódicos recortados, papeles sueltos, versos inconclusos. A veces, un bolso de colgar o garnil de pura piel de res de Oaxaca. En esa ocasión, un sobre de Manila con unos manuscritos propios borroneados al tiro, unos ratos atrás, mientras cerraba las páginas de cultura del semanario, ¿cuál?, ¿en qué ciudad?, ¿allá o aquí? ¿Y a dónde estaba el allá y a dónde el aquí? El denso cansancio generado por la selección de reseñas, notas de opinión, entrevistas, columnas informativas, ilustraciones, fotografías, corrección de estilo, revisión de pruebas, acabado de diseño, etcétera, a más de detallistas discusiones de tono menos estético que ideológico, en medio de pocillos untados de dudoso café y promiscuas humaredas de tabacos ajenos; la densa fatiga, pues, había filtrado las entretelas del hombre, introduciéndolo en una confusión de dimensiones temporales que malamente se entremezclaban: los exilios y los descalabros; los rostros de los muertos; los nombres de los desaparecidos; las bocas de mujer entreabriéndose en los agrietados deseos de la memoria; los versos que saltaban desde los ruidos callejeros, desde tantas voces no identificadas ni representadas, desde tantas distancias y geografías inciertas y vulnerables.

Miró hacia lo interior de sus zapatos tan caminadores y vio en aquellas formas de asperjado cuero negro y suelas de hule, dos pedazos de soledad moviéndose a pura inercia, engañándose con la invención de un rumbo diferente. Por unos minutos el hombre acompañó a golpe de pupila cada paso de cada pie. De pronto, las luces que formaban una anémica neblina al apoderarse de las humedades de la noche, se condensaron en un impacto de fuego multicolor y frío.

Los ojos se salieron de su éxodo terrestre y treparon por aquellas iluminaciones en las que reconocieron letras tintineantes como unas monedas de espumoso metal, monedas estiradas con sus patas y ganchos y tubos y alambres blancos, y los ojos tradujeron, esta vez sin corregir erratas: “Bar la Húltima Copa / Avierto las 24 oras”.

El hombre, impulsándose, entró con todo y sus miradas y su calzado y el sobre de Manila en mano. A punto de entrechocar estuvo con unas figuras neblinosas que se apoyaban, codos en punta, sobre los mojados brillos de la barra o mostrador de pulida madera. Las humanas figuraciones se apartaron ligeramente, por inercia, rutina o respeto, ¿quién sabe?, arrastrando vasos semibebidos y sobrecargados ceniceros de latón.

La otra representación antropomórfica, la del otro lado de la ancha barra oscura, extrajo un solo ojo de la hondura de un solitario párpado movable.

“¿Qué querés, che?”, soltó desde una voz menos servicial que hostil, ¿cansada, tal vez?

“Servime un roncito con hielo, poco hielo...”, fue preciso el hombre: pregunta clara, alcohol espeso.

“Es nacional, el importado de Cuba se acabó. ¿Te sirvo igual?”, se escuchó de una voz ya no tan agresiva.

“Sí, por favor, ron es ron...”, respondió educadamente el hombre.

Se bajó la primera ración como a las apuradas, tal vez en procura de alejados sabores que un aire caliente desatara entre palmas y cañaverales. Varias raciones más, con o sin hielo, reprodujeron en aquel cerebro revuelto los colores de un desmesurado cielo verde, la pedacería de los trasiegos cotidianos en calles reverdecidas, los aromas vaporosos de un cuerpo de hembra respirando sobre una colcha de fino verdor, las hierbas destrozadas por un rapaz al castigar su pelota de hule, las on-

das de un mar de verdura inventado por el inevitable dolor de recordar, los jóvenes pinos y eucaliptos contenidos en pieles de sinople...

“¡Che, no me toqués! ¿Estás en pedo o qué?”

“... te saludo, nomás. ¿O no dijiste que somos de la izquierda...?”

¿Con quién o con quiénes platicaba el hombre?, ¿era una plática? ¿Quién o quiénes le preguntaba o le inquirían? ¿Quién le manoteó el vaso adonde aún portaba un sedimento de aguardiente?

“¿Y vos quién sos? ¿Y ese modito de hablar? Aquí nadie te conoce ni te pela. ¿O querés seguir chupando de arriba?”

“De gorra, se dice... o de oquis.”

“¡A mí no me enseñás a hablar, cabrón de tu puta madre! ¿Qué sos, de dónde venís?”

¿Qué hizo el hombre, ya tan solo? ¿Le echó a alguien sin facciones el resto del alcohol a plena cara? ¿Golpeó, fue golpeado? ¿Quién pagó la bebediza: otros, él mismo como si fuera otro?

El hombre, aún en pie, semiabrió los adoloridos párpados entre luces diferentes: aparecieron rostros no percibidos ni interpretados por sus anteriores mirares; apareció un tipo como disfrazado de padrote o cafisho, o sea, terno negrísimo y ajustadísimo y calzado de charol, con una dama pirujienta y repintada a cada lado y cada una agarrada a cada uno de sus brazos: eran expelidas voces, voznadas, chillidos, sonidales blasfematorios y ruidos diversos de aquel terceto de bocas grotescas.

¿Y las otras caras? ¿Las de cuántas personas fantasmáticas que también estaban viajando, sentadas, ensoñadas, en el autobús que súbitamente el hombre compartía?

“¿En dónde me subí? ¿Cuándo?”

Solamente percibía gestos y ademanes de hostilidad, de groseros rechazos. Pudo alcanzar el timbre, arriba de la puerta de descenso, a su derecha. El autobús fue deteniéndose, sometido a la inercia consustancial a cada cosa. Algunos durmientes protestaron desde posibles pesadillas; o tal vez desde extravagantes sueños brotando de las primeras calideces del sol que traspasaban los desaseados vidrios de cada ventanilla. Pero, ¿qué soñante de su propia realidad vigila o traduce los sueños ajenos?

El hombre saltó hacia el costado inmediato de la carretera: acotamiento de piedra molida y lodo resecaándose. El autobús no se había detenido totalmente, por lo que recuperó de inmediato su moderada velocidad de crucero. El ex viajante empezó a caminar en dirección opuesta, sí, mas, ¿hacia dónde? Escuchó una vibración de alas de gaviota y de gorrión y de paloma, ¿o de carcará o zanate o aura tiñosa o zopilote o gallinazo? Y los pájaros crecieron sus aletazos, se reprodujeron ágilmente sobre su cabeza bajo el tenue acoso del sol. Fueron como meras alas o plumas de oscuridad que velozmente aumentaron en medio de sus propias vibraciones. El aire inicial de la mañana retemblaba, pues, como un océano enaltecido.

“¡Ah, los aviones... estamos cerca del aeropuerto...!”

Y de lo aéreo pasó a lo terrestre inmediato: al otro lado del camino de asfalto, dos vacas flacuchentas, no sacralizadas, desayunaban húmedos pastos; cerca, alguna oveja hurgaba acendradamente entre hierbas cortas y raíces.

Miró nuevamente hacia el desleído cielo mañanero: un avión descendía hacia la pista central que una hilera de árboles escondía.

“Entonces, vamos bien: hay que patear para ese lado...”

Apenas había desatado unos pasos crujidores, luego de la efímera pausa, cuando escuchó la resonancia de unas vibraciones mayores: volteó a su izquierda y vio, como en una película gringa de increíbles casualidades, la cara de un tipo bigotón y con gafas de tiniebla que flotaba detrás de un parabrisas de enturbiados cristales.

“¡Recoño! ¡Un taxi! ¡Salido de la mera nada! ¡Si hasta viene con bandera de libre!”

Ni señas hizo para que el coche se detuviera: había demasiada soledad en aquel camino, hasta el sol era una pálida lámpara solitaria.

“¿A dónde vas, decime?”, preguntó el gordo bigote, ¿por qué siempre surge algún bigote?, que parecía hablar en representación de su dueño.

“A cualquier lado, llevame a la ciudad, como para los barrios de la Unión... o la colonia Condesa...”, consiguió responder el hombre, mientras una confusión de eucaliptus y jacarandas, como un bosque en viva

marcha, ¡oh Shakespeare!, lo ubicaba en otros tiempos de verdades diferentes.

“¿La colonia qué...?”

El hombre asimiló la pregunta golpeante, el bosque reverdecido se borró de a poco, sólo quedarían para recordar los paraísos y las acacias de su calle, cuando bajara del coche con el paladar quemado por la agrura y con el estrangulado sobre de Manila en su mano siniestra.

X. El muchacho

*“El olvido está tentándome en tus labios
y enloquezco de recuerdos y de alcohol.”*

El muchacho a medias entreabrió o entrecerró sus miopes y anublados ojos agredidos por un violento despertar y una desmesurada luz de lastimante blancor. Fue recuperando su cuerpo parte por parte: los piquetes de dolor eran pulsaciones que le masticaban desde el cuero de la cabeza hasta la base más profunda de la nuca; los espasmos estomacales le enviaban a la boca agrias ondas de alcoholes no digeridos; los trillones de hormigas rojas, él las imaginaba rojas, que le recorrían lo interno de piernas, brazos y los sistemas de dedos y uñas, lo ayudaban a buscar movimientos voluntarios en sus músculos ajados por acciones no recordadas. De pronto, los cálidos ardores que la presión de la orina producía en las paredes de la inflada vejiga y el pene marchito, lo obligaron a intentar su más humana empinadura.

Clavó un codo, ¿el derecho?, en el lugar donde estuvo, de seguro, la almohada que sí pudo distinguir, en un balbuceo luminoso, junto a sus pies que cobija alguna amparaba. Fue entonces que percibió, por razones de cercanía y excrecencias nocturnas, la delineación corporal de la mujer ensabanada como en un capullo blanco o, tal vez, naciendo de ese capullo. Interrumpió la sucinta contemplación para erguirse, temblante como el primer ejemplar de la especie, e ir a orinar en el lavabo, pues no había baño en la habitación de la casa de citas, ámbito cerrado que aún no conseguía reconocer.

En temblorosas puntas de pie, abrió el grifo (o llave o canilla) y colocó el miembro apoyándolo en el helado borde de loza. Pero el chorro, al principio costoso, llenó rápidamente el preservativo que tan firme se había mantenido en su puesto durante las confusiones de la noche; la funda

se desprendió ante el empuje urinario y fue absorbida por la boca del desagüe del lavabo. Con ella se perdieron también restos de resecaos sémenes, partículas invisibles de vida, atenuados jugos de una mujer: una joven puta morena clara, llamada quizá Lucía, ¿o fue el deseo alcohólico de ese nombre?

Igual que en un bolero o en un tango, se había topado con la muchacha en un cabaret de la Ciudad Vieja, un día viernes del mes de algún otoño, con mucha lluvia o bastante llovizna y demasiada soledad. El local era amplio, una especie de sótano como a dos o tres metros por debajo del nivel de la apretada calle.

“Los antros de los ricos están en lo alto, con sus terrazas y sus ventanas”, pensó el muchacho cuando desertó del último escalón y entró, o lo entraron, en las jadeantes vísceras de aquella especie de vestíbulo de un infierno arrabalero y clasemediero (valga la involuntaria consonancia).

“¿Por qué cuando bajamos así, pensamos en la gehena, en el pinche fuego, en la fría negrura, en la suciedad?”, es posible que asimismo se hubiera preguntado.

“¿Y por qué el infierno no está arriba, a la derecha del Señor?”, se agregó eso seguramente.

Iba ya en cierto desarrollado tren de copas, solo. Así eran sus estados soledosos: sin nadie, trabajando su más propio silencio. La cena con sus compañeros de trabajo bancario había resultado, contra lo habitual, generosa y sabrosa; se trataba de la cena mensual para ayudar a una mayor cohesión en aquel grupo de simples funcionarios de frustrada clase media, envidiados sin embargo por sus salarios aceptables y su obligado y decoroso vestir.

Luego del café con coñac y con la panza repleta, palpitante y caliente, aquel obrero de cuello blanco escapó de sus camaradas y se largó hacia la Ciudad Vieja, conducido por el histórico deseo de tomar la última copa.

Vio el letrero luminoso, ¿otro más?, a través de la llovizna; se quitó los lentes y tocó a la puerta del cabaret “Santa Lucía”. Abrieron de inmediato. Lo esculcaron rutinariamente pero con cálculo y destreza: el

hombrote, una especie de orangután de grotesco uniforme rojo y gorra con visera dorada, le endilgó el rumbo.

Habían trepado durante unos segundos por aquel aire turbio flotantes moléculas de evaporados vinos y coñagues, y el gran simio, guardián de puertas y de ánimas, las absorbió instantáneamente.

“Bajá con cuidado”, entrelabió apenas, “... el asunto es la subida.”

Bajó. Casi enseguida vio a la muchacha, sentada a una pequeña mesa de mármol redondo, mueble raro de encontrar en un lugar como ése. A su lado, una gorda de pelo amarillo con su vestido de falsa seda verde y falda abierta a los costados. Entrevió mejor, al acercarse a tanteos de miope mirar, aquel nicho de esperas y contratos nocturnos.

“Está buena la morena, no te dé pena”, es posible haya verseedo para su adentro. Si fue así, de inmediato lo olvidaría para todo siempre: sólo ahora aquí se recuerda su presunto pensamiento.

La muchacha se mostraba firme en su vestimenta roja sin mangas, escote no muy ofrecido y faldas hasta las esféricas rodillas. Los zapatos de negro charol eran de regulares tacones.

Mirando hacia arriba, estaba un pelo fantásticamente oscuro, exornado con un clavel de verdad: un coágulo de luminosa sangre. Pero aquel rostro era también de verdad: ¿cuántos mestizajes se cruzaban en el pliegue de los párpados, en la oscura humedad de los ojos, en la máquina de besar y chupar aún no totalmente corrompida, en la semifina nariz ligeramente achatada, en la amorenada claridad de lo total?

“Con permiso”, dijo el muchacho y se acomodó en la silla ostensiblemente libre entre las dos exhibidas hembras.

La gorda de amarilla cabellera lo manoteó de inmediato, queriendo braguetearlo, mientras trataba de meterle en la oreja, ¿la izquierda?, una lengua saturada de mentiroso licor y salivas repudiables. Olvidemos las palabras de la rolliza suripanta...

“Tranquila, que no es con vos...”, apenas pronunció la probable víctima amatoria, volteándose hacia la muchacha.

“¿Cómo te llamás...?, ¿cómo tú te llamas?”

Ella lo miró desde lejos, desde un sitio que no estaba en las amplias y confusas regiones del cabaret.

“Lucía, nada más”, respondió, o el creyó escuchar: este hecho sí que no puede ser aquí documentado.

“Quiero estar con vos... contigo. ¿Vamos?”, dijo audazmente el muchacho, tal vez el coñac hablaba por él.

“Primero tengo que pedir unos tragos... Si no, no me dejan salir”, afirmó ella muy profesionalmente.

“¡Ah! Está bien...”, aceptó él.

“¿Qué tomás vos?”

“Coñac, para no mezclar: ¡una sola conducta!”

“¿Y a mí no me invitan?”, cuestionó la gorda, ya de mano y lengua en retroceso.

“Lo que pidas, che, no hay problema”, dijo él mirando a la muchacha.

Seis vueltas más tarde, dieciocho coñaques después, de los cuales doce fueron de té negro con algún chorrito de aquel licor, y sólo seis más o menos verdaderos, el muchacho presintió, ahora perdido entre los labios de la probable Lucía, que sus dineros serían exterminados rápidamente.

Y su sed era otra, su súbita adicción por la joven hetaira tenía otras raíces, y esas raíces le crecían desde los huesos, se atoraban en el paladar, se mezclaban con la otra sed, la permanente, la eterna, si es que la eternidad tiene relación con el pobre zoológico humano, ¿esto pensaba? A saber...

“Vámonos ahora, ¿ta? Por favor...”

Ella, ¿Lucía?, lo miró: acababa de besarla hasta la última brizna de rouge o de bilé. ¿Quién le había pedido alguna vez algo así, “por favor”? Si eso había ocurrido, no lo sabremos jamás.

Ella dijo: “Sí, vámonos. Pedí la cuenta que voy por el abrigo.”

La vio irse hacia los baños, mientras las parejas que tanguaban o bolereaban en la pista desde hacía rato, se corporizaron imprevistamente al compás de una orquesta apenas visible y llorona.

Pagada la cuenta y ella vistiendo su abrigo que él le ayudó a ponerse, ambos yéndose, la gorda del pelo amarillo, sentada a la ínfima mesa, sólo entredijo: “¿Por qué se van?”

A cierto costo subieron hasta la salida. El muchacho recordaría que el simio uniformado le había echado una mano, o las dos, levantándolo

un poco de los sobacos; recordaría a la putita bajo la lluvia arreglando precios con el taxista: “Sí, a una amueblada cerca..., cualquiera”; recordaría un pasillo de sucia penumbra; recordaría el foco sobre el espejo y el calentador a querosene con sus débiles flamas azules; recordaría a la mujer emergiendo de aquellos climas de adensados amasijos.

Ella lo desnudó hábilmente, abrió sábanas y cobertores, se quitó con lentitud natural el abrigo, el vestido rojo, el sostén, la mínima tanga blanca. El muchacho la miraba desde el lecho, entreverando imágenes y perfumes, y en sus oídos sintió que el cuerpo de la mujer tenía nombre, un nombre secreto; que no era el de una prostituta cualquiera; que algo de las sustancias de su piel, de sus pechos, de su casi no sombreada entrepierna, estaba sometido a otras leyes, tal vez a la presencia de la divinidad que en todos habita para ser por todos habitada.

“¿Sos divina! ¡Sos divina! ¡Una diosa morena en mi cama!”, exclamó con exaltación de letrista popular.

Ella lo miró también. Se metió entre las sábanas, organizó las cobijas.

“¿Qué te pasa? ¿De qué hablás? Tomaste demasiado...”

“¡Hablo de vos, de ti estoy hablando! ¡Una diosa...!”

Pero ella le puso la lengua bien adentro de la boca, le lavó las encías, le limpió el paladar, le purificó su lengua de él que temblaba y que ya no quiso hablar más.

“Ponete el condón, sé buenito...”

Él besó y rebesó y aspiró y chupó la total encorporadura de la diosa morena en una serie innumerable de remolinos y vértigos, de ascensos infinitos y de caídas sin fin.

Recordaría, tal vez, la voz de ella:

“Con vos es distinto... Estoy harta de esas bestias... animales con pantalones...”

El muchacho estaba expuesto a su propio mirar; el esmirriado foco sobre el espejo lo hizo percibir borrosamente una cara de cuero contra el hueso, una frente que sería arrasada por genes y almanaques, unas manchas de bilé como sembradas al azar. Volteó hacia la cama: la prostituta sagrada que se ofrendaba a sí misma, y que a partir de ese día ya sin noche jamás volvería a ver, dormía encerrada en su albo capullo.

El hombre echó una demorada lectura sobre las narrativas que anteceden. Pero no escribió más nada. La noche anterior había despertado brincando por el anuncio de una vomitona que no pudo evitar. Los jugos amargos, las pantanosas aguas, las verdes espumas, los rипios de carne asada, los alcoholes rojos como hormigas implacables, empaparon la almohada de la maciza mujer que roncaba a su lado y que no se apartó de su modo de dormir.

El hombre recogió sus ropas, en el baño se lavó menos o más, en el espejo, ¿el mismo espejo de todas las imágenes?, se vio convertido en un flaco animal con pantalones. Salió de aquel departamento, siguió un exiguo y penumbroso pasillo, empujó la puerta a lo bruto y, tropezando y regresando a su vómito, apareció en una avenida ignorada de una colonia inubicable de una enorme ciudad irreconocible. Se sentó un rato en la banqueta, con los pies hacia el territorio de los automóviles, mientras el día ampliaba sus agrisadas luces. Luego, verticalizado y vacilante, empezó de nuevo su interminable camino.

“Sólo faltó la lluvia... los sueños y la pinche realidad nunca se repiten...”, nada más la siempre sed se repetiría, esperándolo en cualquier bar de cualquier esquina de cualquier barrio de cualquier ciudad de éste y otros mundos.

XI. El hombre

*“¡A ver, mozo! Traiga y sirva
caña fuerte, grapa o whisky
p’al dolor...”*

El insignificante automóvil color crema o pálido ocre seguía velozmente aferrado a la inconclusa carretera sur-norte, en dirección a las ahora cercanas regiones de una amplia frontera.

El hombre conducía con solvencia, seducido por la misma alta velocidad que, según la aguja indicadora, había alcanzado al oprimir el dócil acelerador. De este modo, los eucaliptos y los pinos, las zonas de distintos verdes interrumpidas por pedazos oscuros de tierras labradas, los rancheríos desiguales, las vacas en grupos solitarios, las ovejas de lanas afeitadas, hasta los chimangos y los zopilotes y las golondrinas y los gorriones en las cáscaras del cielo y los teruteros y perdices en lo escamoso de la tierra, eran ráfagas coloridas disolviéndose al nacer en la limpidez del aire.

Sin embargo, a veces la mano siniestra del conductor se deshacía de movimientos súbitos, quizá esperados pero sin fijación precisa del instante. Era el temblor de la mañana, como una extensión de los tragos de la aún próxima noche anterior. Era la única evidencia, si alguien fuera testigo, de los demorados efectos de la bebediza de aguardiente en los hilos nerviosos que, enfebrecidos, generaban arrítmicas pulsaciones en la carnadura total del conductor.

Cada brevísima temblorina provocaba un imperceptible brinco del hombre y aun de su bestezuela rodante, ¿pero quién lo notaría?

De pronto, asentado sobre la banquina o aditamento surgió un ancho letrero de tablas delgadas en lo escaso y sostenidas por un poste también pintado de amarillo desteñido, color vinculado a las exaltaciones o

a la desesperación del ánimo. Mal trazadas y más o menos en este orden, unas letras negras el hombre fue traduciendo en tanto se acercaba con atenuación de la velocidad: “Reztorán i Bar la Bíbora”.

Pasado el letrero anunciador de bienaventuranzas, más veloz fue el propio automóvil, más impaciente parecía mientras se pegaba al borde de la carretera. Prontamente, fue avistada una casa de livianas maderas, techo de vulgar lámina a dos aguas, chimenea de tubo de lata. Al frente, amarradero de caballos y sitio para vehículos de cualquier tipo: carretones, sulkys, coches, camiones.

El hombre detuvo ahí mero su recalentada máquina que suspiró humanamente cuando el motor fue apagado entre espasmos y regurgitaciones de mal cocinado humo.

“Buenos días”, dijo al entrar en las vivas penumbras de una sala de parques tamaños, con tres mesas, tal vez cuatro, ¿siempre no se recuerdan esas cifras, qué importa de qué tablas o tapas de qué?, un mostrador tradicional y angosto, unas garrafas alineadas en lo poco, una hilera de vasos y/o copas puede ser que en estado de pulcritud, ceniceros ningunos, para eso estaba el piso. Y un señor de gorda altura con los cabellos en el rostro y la barba en la cabeza.

“Güen día, pué...”, fue la respuesta.

“Sírvame una caña doble, de la añeja”, casi agregó “por favor”, por mero hábito de la cultura, pero en esta ocasión, ¿para qué?

“¿Te... le pongo soda o así nomás?”, inquirió el patrón, tal vez por sutileza perfeccionista.

“No, así está bien, gracias.”

El trago inicial, red de muchos hilos que todo lo atrapa, arrastró las últimas flemas de la mañana. El estómago mezcló aquel fogonazo con las flamas elaboradas durante el viaje, con el sedimento inaugurado en la noche anterior o en infinitas noches anteriores.

“Póngame la otra... por favor”, ahora sí cabía el agregado: una forma de más hondo agradecimiento.

Y preguntó enseguida: “¿Cuánto falta para la frontera?”

“Áhi tiene, bien servida, que chorree... Faltan unas leguas...”

Pero fuego no apaga fuego: le da fuerza, lo hace crecer, lo desordena: a la séptima caña, ¿o fueron más o casi más?, algo, quizá alguna

voz de adentro, le presionó las entretelas del ánimo y le dijo así, aproximada y soterradamente: “¡No, no debes beber más!”

“No, no tomo más, carajo!”, tradujo al grito y sonoramente el apeado conductor, de pie como estatua al frente de la barra.

El gordo servidor y peludo escuchó la insólita voz.

“Y no tome...”, la tranquila y experimentada respuesta.

“¿Cu... cuánto le de... debo?”, el tono era distinto y así fue entresilabeado el requerimiento: pagar lo bebido es prueba de honor irrefutable.

“Cien pesos... ¿Quiere soda? ¿Y la última? Va por cuenta de la casa...”

“No, gracias, ahí tiene...”

Cuando salió a lo que quedaba de la mañana, tuvo como un mareo luminoso: destellos, estallidos, mínimos big-bang, galaxias explotantes, astros desorbitados.

“¡Putá! ¡Hasta la luz emborracha!”

Y abrió la revuelta boca para beber de aquellas luminiscencias del pasado mediodía, repletas de mariposas vestidas de azul brillante, de avispas de pico de oro y de murciélagos de cristal incendiado. Cerró los ojos indefensos y vio caras oscuras, mandíbulas de confusas cucarachas y alas fibrosas volando de una pupila a otra, traspasando tejidos debilitados y huesos agostados por dolorosos relámpagos.

Entonces, levantó a todo costo los párpados para regresar a la libertad de los límpidos aires. Sin pestañear, fue hasta el coche que allí lo esperaba, descansado; se trepó como un guerrero maltrecho que no pudo derrotar al anciano dragón invencible, al bicho de patas y garras y hocicos incontables: la Bestia del mal que respiraba alcohol debajo de su propia piel.

El camino iba desmejorando según el coche avanzaba sin empobrecer la generosa velocidad a la que fuera exigido pocos segundos después de partir.

“¡Unas leguas...! ¡No... no dijo cuántas, el cabrón!”

Miró a su izquierda, por encima del brazo tembloroso, de los dedos doloridamente agarrados al volante con todo y sudor; miró hacia el espacio de tierras roturadas entre dos islas de eucaliptos: por allí corría desembozadamente otra versión de la Bestia.

“¡Putra madre! ¡Ésta sí que es tremenda!”

La rata gris, corpulenta, ¿obesa?, brillante, bien peinada y acicalada, de difícil tamaño, con ojillos adentro de sus ojotes de vidrio negro, bigotes como claros látigos, colmillos como agujas poco perceptibles, piernas velocísimas y ajenas al polvo y al pasto; la rata gris, de tonos cambiantes, cruzó aquel espacio para penetrar el grupo de eucaliptos casi pegado a la orilla de la carretera.

“¡Vamos a chocar, hija de rata puta!”

Pero el hombre, conductor conducido por la ráfaga de un destino indiscifrable, traspasó con su cabalgadura un viento donde flotaban restos de antenas, pedazos de élitros, fragmentos de alas de cristal, manchas azules sin ninguna sustancia, fulguraciones de materia no visible.

“¿Dónde estás? ¿Dónde coño te metiste? ¡Cabrona!”

No hubo quien diera testimonio. Si alguien, un humano, hubiera estado ahí cerca, tendría visto lo que vio la única vaca atenta que en esos sitios pastaba: un bicho algo más grande que ella, color crema, largando meadas de humo por la cola y huyendo a máxima velocidad hacia la nada.

XII. El hombre

*“Que no haya ni una gota de tequila
ni nada que consuele tu dolor...”*

El hombre se clavó en la oscuridad de la cama: arrojó su espalda como un lastre, como un peso muerto, como una cosa de huesos desmerecidos, como un saco de pellejas derrotadas.

Suspiró hacia el techo adonde se borraban lienzos de dudoso negror: unos móviles resplandores, ¿farol de la calle, tentativas de los primeros soles?, se mezclaban entre sí, destruyéndose tal vez para nacer y empezar el día, ¿cuál?

Bajó muy de a poco los castigados párpados, porque sabía que el “desfile de extrañas figuras” nada tardaría en aparecer. Eso era en cada ocasión de acostarse al cabo de tanto licor, de meter las agónicas y escasas carnaduras entre no compartidas sábanas ni mantos, de desprenderse con exceso de violencia de su vacilante verticalidad.

Pero esta vez el hombre presintió arrastres y susurros que llegaban desde un más atrás de la nuca o de los arrabales del cerebro. De los dientes para adentro sólo había un ardor de fiebre saturado de líquidos hipos irregulares. De las orejas hacia lo intrincado de los engranajes de oír, solamente burbujas rechinantes y desafinadas sonoridades. En las zonas restantes del cuerpo, nada más que legiones de hormigas, tal vez rojas, devastando arterias, venas, caños de respiración, masas de músculos fracasados.

Entreabrió un algo la pupila del ojo derecho cuando el primer resplandor empezó sus quemantes pulsaciones. Luego, la pupila otra del otro ojo, sobre ella el párpado más lento.

El estallido inicial fue borrado: “ver para ver”. Aunque se extendieron enseguida nuevas punzadas, nuevos piquetazos, renovadas sacudidas

de ínfimos látigos innumerables: la osatura del cráneo y las costuras que unían, ¿unen?, placas y segmentos comenzaron a ceder.

El hombre sostuvo el breve deseo de sentarse en la cama, de pararse como un buen ciudadano de su propia alma, de allegarse hasta el baño, de rendirse a una ducha, un regaderazo de agua lustral.

Pero no, la energía puesta en aquel deseo acrecentó el dolor total, puso en aumento reaparecidas náuseas, generó más ardidadas acideces y explotantes agruras. No, pues, nada.

Y dejó que los ojos cayeran con todo y pupilas hacia los cimientos del rostro; permitió que esa caída los hiciera golpearse como mínimos balones de fútbol contra una red indescifrable de nervios enardecidos: hasta escuchó cómo retumbaban aquellas esferas al término de ese recorrido final.

Las figuras, entonces, liberadas por tal catástrofe sin testigos, sin documentos que históricamente la comprobaran, empezaron a subir porque ya los párpados no tenían a quién proteger: eran solamente cortinas de piel y pelos imperceptibles encogiéndose sobre un doble vacío.

Primeramente, ascendió en plenitud de oro y fuego el rostro de la avispa bermeja: un pico ominoso creado por el azar, supremo inventor de toda cosa, en el que se reunían las agresiones más voraces, los sufrimientos más raigales, las angustias más medulares. Y ese rostro se hundió en otro rostro, entre tejidos vegetales y húmedas estrías de piedra visceral: ¡ah, sí!, la araña madre, la de curvos colmillos huecos, la que come de sí misma, la que chupa la panza de las arañas niñas, la que envuelve tus sustancias cerebrales en sus telas de momia.

El hombre sostuvo la apetencia de un grito, pero fue nada más que un eco de sombra, una resonancia de sórdido silencio. Y el rostro de la araña madre segregó pequeños rostros asimétricos que eran de inmediato trasmutados en bolsones de pus y pútridas materias que luego convertíanse en caras agrisadas de mujeres que entregaban tetas de cartón corrugado a verdes bocas clausuradas y que después transformábanse en vientres rajados por lenguas de innoble metal y en ellos crecían las voces de las bestias cada día recludas en nichos oscuros y más después esos vientres se abrían a la contemplación de pupilas muertas o enfermas que estallaban lentamente en rostros casi sin límite

saturados de pelambreras y pústulas oxidadas porque había hachas y cuchillos y sogas en el pescuezo que los sostenía y aquellas caras sin labios no podían aullar como los tremendos perros que saltaban desde aquellas podredumbres con sus hocicos plenos de vapores sanguinolentos y trozos de grasa corrupta que se trocaban en más caras como máscaras hendidas por una carcajada prisionera de un cúmulo de intestinos infecundos que pasaban a ser un rostro de cordero bermejo como su madre la avispa de oro o su madre la araña universal y los rostros de estas dos madres íntimamente se mezclaban, “¡no, mamá, no!”, para llegar a ser un par de mejillas delicadas y blancas con su cubierta de sémenes antiguos y como ínfimas bolsas repletas de infantes muertos o carcomidos por los abortos y el hambre y la guerra y la peste y las mejillas se metamorfoseaban en dos pechos de doncella relampagueantemente morenos con facciones de cadáver de muchacha en cada adensado pezón de obsidiana y esas facciones se cambiaban en muecas y gestos que las expulsaban de cada expresión y que las contenían entre imágenes que llegaban de las basuras de sueños distantes como partículas de barcos que emergen desde sedimentos corrompidos que demoradamente se transfiguraban en un sistema de áridos espacios frontales y narices estiradas y cortantes y formaciones de piel masticadas por fósiles mandíbulas del abajo medular que fuera llevado a ser un rostro de acendrada simetría que sin embargo fuera deshaciéndose, “¡no, papá, no!”, al sumergirse en la correntada de negras espesuras que brotaba desde el ombligo de la veloz madre cucaracha que se desarticulaba en cucarachas niñas infantas doncellas mozas y cada una se metía en cada una hasta ser una misma y sola y un solo punto en sí y sólo para explotar suciamente hacia el techo y las paredes de una caverna estrecha y húmeda con el piso embarrado de sangre maloliente...

El hombre creyó que despertaba y eso fue un alivio; pensó que agitaba la encendida cabeza, que la sacudía sin piedad contra la pared adonde apoyaba la almohada: los ojos debían subir y regresar y ajustarse otra vez contra los párpados. Soñó ligeramente que volvía a dormir. Al rato, ¿cuánto?, con el claror primero de la mañana, arribaron las moscas, como soltándose de una pesadilla, en busca de su desayuno de opacos sudores, de jugos cremosos, de sabrosas secreciones y de mierda.

XIII. El muchacho

*“Traigo penas en el alma
que no las mata el licor,
pero en cambio ellas sí me matan
entre más borracho estoy.”*

La entrada del burdel, o queco o quilombo o lenocinio o mancebía o lupanar, entre otras denominaciones, era estrecha como el ojo de una aguja y a tal punto de que si los presuntos clientes sobrepasaban los tantos centímetros de ancho permitidos, con todo y ropa, simplemente no podían ingresar, ni primero al zaguán ni luego al patio en el que se volcaban las bocas de las recámaras.

Es que la dueña de esas puterías, una dama enjoyada de falso, rufianesca y lesbiana, a los machos rechazaba si tan grandes y aplastadores que podrían dañar las más interiores entretelas cárnicas, cartilaginosas y óseas de sus siete pupilas o servidoras de cama, o sexservi, para estar más actualizados. La suripanta madre cuidaba de su rebaño apelando a los datos más avanzados de la prostibularia modernidad; hasta había dispuesto un tablero luminoso, con base en pequeños focos colorivarios, para señalar las tarifas de acuerdo con las exigencias clientelares (omitiremos detalles en razón de los burdos términos utilizados; por ejemplo: “chupada” por el vulgarizado tecnicismo felatio; “atrasito” en lugar del riesgoso coito anal, etcétera. Después de todo, en los dinteles de las puertas de los prostíbulos de Pompeya, hemos visto que estaban pintadas al fresco las habilidades de aquellas ramerías que se tragó el Vesubio).

El escenario, pues, parecía bien preparado para recibir a los seres solitarios que ese sábado a la noche necesitaban desahogar una masculinidad entorpecida por las obligaciones laborales, familiares y aun

religiosas de la semana. Era así que funcionaba aquella rutina pesadosa, pero la casa de Doña Adela resultaba como la dimensión desconocida: podía suceder lo jamás imaginado por mente borrachasca alguna.

Por eso, precisamente, el muchacho fue hasta ahí, con recomendación de amigos o conocidos suyos y de Doña Adela, convertida en una ex gorda a fuerza de masajes aplicados por sus mozas del partido, sobre la base de una crema azulenca casi abstracta elaborada por brujos fronterizos con esencia de lechuga romana cruda y alcachofas cocinadas en vinagre dulce (pero, ¿qué importan aquí estos datos?).

... precisamente por eso el muchacho llegó hasta ahí. Dada su delgadez histórica pasó limpiamente por aquella especie de ojo de aguja bíblico, ¿ya lo dijimos, verdad? Lo esperaba un ser trisexual, según se enteró más tarde, llamado Polifemo o Polito, para abreviar; pues había sido varón dudoso, luego hembra vacilante, y en esos momentos fungía como macho pero no fanático de las ventajas del género. De nalgas llenitas y pintado como payaso de Picasso, le dijo:

“Sentate, que enseguida te hago entrar. ¿No estarás apurado, no? Hoy hay cierto movimiento...”

“Sí, está bien...”, dijo pero pensaba por qué siempre a la puerta de tales sitios había tipos tan raros, personajes de corte de los milagros.

“¿Fumás? Echame un cigarrillo...”

“Áhi te va, son Craven A...”

“¡La puta que pitás fino, hasta tienen boquilla!”

“Ni tanto... los compro cuando cobro: una cajetilla por mes...”, se justificó, ¿por qué?, nadie le reprochaba nada.

“Igual es un lujo, che... ah, pasá nomás”, terminó diciendo el trifásico con el humo correteando por los labios.

Añadió: “Los clientes salen por la puerta del costado, no te olvidés”, y al pasar le rozó la bragueta, discretamente.

El muchacho había ingerido solamente dos grapas sin hielo, en vasos cortos y de un solo y experimentado envión. Bueno, quizá fueron cuatro, porque en este asunto nunca se saben con precisión las cifras: economía difícil. Además, en la cuestión de los tragos, como en la guerra o en el amor, sabemos –si es que sabemos– cuándo empieza pero no cuándo termina. A veces, ni eso: no sabemos ni lo que no sabemos.

En fin, el sitio, patio interior, le provocó en la memoria imágenes a medias, basuras de inubicables recordaciones. Hasta el olor a desinfectante, entreverado con el de múltiples perfumes de barato contrabando, le arrancó de lo muy abajo dramáticas representaciones.

Y sobre todo la Doña Adela, conjunción de lo malo, lo sucio y lo feo, lo condujo a figuraciones instantáneas que no supo descifrar; la Doña Adela, sí, enflaquecida entre descolgados pellejos y amplias telas de electrizante azul, acomodada en un sillón seudo Luis XV o XVI o XVII, ¿eran esos reyes cabrones?, enfrentada a una mesita de tres patas que era su escritorio contable: allí encima estaban las fichas de aluminio, ¿metáforas del placer?, para cada cliente y una caja de fierro, lisa a los costados y adornada la tapa con una cruz viuda, o sea, sin Jesucristo.

“Te toca el cuarto número tres, aquí no se elige: son todas muy buenas”, dijo la matrona.

Y enseguida: “¿Qué edad tenés? Mirá que es de dieciocho para arriba.”

“Tengo diecinueve y medio... No traje la cédula de identidad, no sabía.”

“Ah, entonces avanti... Esperá, ¿no andarás pedo? Se te siente como un olorcito...”

“No, qué te pasa. ¿Aquí no hay trago? Me dijeron mis amigos que había.”

“Sí, claro, mi muchacha te sirve. Pero pagá la ficha primero.”

Con el disco de albo metal en la mano, ¿la siniestra?, ya entraba en la recámara indicada cuando la madama complementó:

“Las copas se pagan después, al salir...”

La inquilina de la habitación tercera vestía una bata de semiusada seda, ¿de Hong Kong?: dragones negros de lenguas flamígeras entre grandes flores amarillas. Bonita se veía, mejor dicho, atractiva al decir del psiquiatra que atendería al muchacho añajes después, “porque atracción es deseo propio, y bonito o bonita un vocablo demasiado genérico”.

La ninfa, que apenas selló la puerta dijo tener por nombre Stefanie, como princesa o personaje de canción triste, extinguiendo veloz el foco del techo para dejar sólo la luz indirecta proveniente del buró o mesita de

noche. Con rapidez tomó cuenta de las vestiduras de su cliente, dejándolo sin calzón y hasta sin calcetines.

“¡Qué flaquito estás, corazón! Vení, acostate.”

“Sí, no me convidás con algo?”, dijo desde la horizontalidad.

“Es pa’agarrar coraje, ¿no?”, respondió al tiro, quitándose las presuntas sedas de Katay.

Los calzones negríssimos eran menos breves que el sostén: la combinación permitía exhibir una juventud corporal aún dinámica, pero bajo el fatalismo de una repentina y no lejana decadencia y de la consiguiente caída. El rostro era otra cosa.

“Tomá, es ron de Jamaica. No tengo más grapa. ¿Te gusta a seco?”, preguntó la boca de ese rostro.

“Está bien, sí, parece bueno... ¡Salú, Stefanie!”, y el vaso quedó en situación de salivosa oquedad.

Ella, ojos en el desgaste de un constante mirar de cuatro paredes y una puerta como única conexión con la reducida realidad exterior; ojos intensos, indefinidos de color y enormizados por los aciertos del maquillaje, pronunció “salú” sin comprometerse a acompañarlo.

“¿Y vos? Tomate uno, yo pago...”, fue el casi ruego de un bebedor de hábitos compartidos.

“No puedo, estoy de servicio como milico de guardia”, y hasta sonrió o el muchacho inventó una imagen sobre los labios apenas abultados y plenos de savia o saliva fresca.

“Poneme otro roncito dominicano...”

“De Jamaica, se llama Negrita... Ya está, bien llenito, que gotee un poco.”

“Gracias. ¿Estás segura que es de ahí, de la patria de Belafonte?”

“¿De quién?”

“Hosanna, we build a house...”, canturreó con su interna voz, y respondió: “Belafonte, un negro que canta cantidá, una sabrosura... ¡Salú!”

El muchacho cabía muy justo en el largo de la cama de plaza y media; se sentaba o estiraba a la romana, mezclando ron con postura clásica, ejemplo de modernidad.

Ella le sirvió dos más, esperó y lo miró a la mera cara, ahora con un vaso en su mano para sí. Los dedos libres trabajaban la entrepierna del

cliente, le caminaban los muslos en puntas de uña. La boca de Stefanie, enronada, fue descendiendo hasta el pecho del muchacho, y más abajo y más abajo. Luego, el rostro con todo y boca regresó a la altura de la mujer. Y la mujer llenó a plenitud otro vaso para sí y otro para él, ya en actitud de bebedor sedente.

“¡Salú, Stefanie, salú!”

“ ¡Salú ! ¿Cómo te llamás ?”

“Nadie, me llamo Nadie... soy hijo de la madre Nada...”

“¡Nadie! ¡Qué bien te queda! ¡Nadie!”

Bebieron dos más con furiosa sed. Ella, desnudísima y con las iniciales sudoraciones que le florecían en el rostro, las espaldas, el depilado vientre, se aplicó a una desusada destreza, a las modalidades de un comercio más ancho y/o profundo que su antiguo y reconocido oficio.

Golpes contra la puerta número tres, la voz de Doña Adela:

“¿Ya terminaste, te desocupás o qué? ¡Dale, que cayeron más clientes!”

“¡Ya va, ya va!”, pudo responder la mujermoza, mientras bebía un ron más, el último, de la mera boca del muchacho.

“¡Vestite de una vez, que nos pasamos de tiempo!”

En tanto él dificultosamente obedecía, ella echaba confusos cálculos, equivocándose sin duda, pero para arriba.

“Mirá, son dos... trescientos pesos de los tragos... Tenés que pagármelos a mí y yo me arreglo con la vieja.”

“¡No pago nada, soy Nadie! ¡Ni un carajo pago!”

“¿Por qué, eh? ¡No ves que me estás chingando!”

“¡Porque recién, entre copa y copa, cogiendo, me dijiste que estabas a gusto conmigo! ¡Hasta dijiste que me...!”

“¡Yo no dije nada de nada, cabrón, puto! ¡Sos un cliente y chau!”

Más golpes contra la puerta de la habitación número tres, más vozarrones de Doña Adela, también del Polito y de otro tipo: no, de éste eran vozarrones, rugidos, rebuznos, berritos.

“¡Vino el negro Otelo!”, logró exclamar Stefanie, despejado ya del todo el usado cuerpo de eróticos sudores y la cabeza de alcohólicas turbiedades.

“¿Quién...? ¡Ah...!” semipreguntó semiadmirado el muchacho que no acababa de semivestirse.

“Es el cuidador, el de la seguridad... una bestia bien bruta”, informó velozmente ella a través de una aliteración involuntaria, para reiterar: “Dame la plata... trescientos...”

La puerta número tres fue abierta como con un corte de navaja. Ingresaron a la recámara el negro Otelo, el Polifemo o Polito y la Doña Adela, en ese orden exacto.

El primero calzaba pistola de nueve milímetros, innecesaria para la ocasión: con el tamaño del tipo sobraba. El segundo era sostenedor de un Taunus brasileño, calibre 32 y caño corto, también exagerado para el caso. La tercera portaba sus manos expandidas a la neurótica espera del dinero de la bebida.

Al muchacho, así nomás como estaba, parcialmente en pelota y con una peda que no se disolvía en la sangre, le esculcaron los bolsillos, ahuecándolos, y luego, entre los ambos guardianes lo levantaron sin gastos energéticos hasta lanzarlo a los oscurecidos espacios de la calle. En tanto raudamente lo llevaban como revoloteando, en medio de las luces giratorias del patio y castigado asimismo por un finísimo dolor que le machucaba la nuca, pensó que oía, o escuchó o percibió por inercia de la oreja, los postreros chillidos de la celosa Doña Adela:

“¡Josefina, borracha, pedazo de puta! ¿Oís, Josefina! ¡Ya te dije que no quiero que te pongas de chupe con los clientes!”

XIV. El hombre

*“Tu vida desde entonces fue un suicidio,
vorágine de horrores y de alcohol...”*

“Oye, chico, ¿qué tú quieres? Yo voy a morir joven...”

“¿Vas a morir o quieres morir por mera voluntad de hacerlo...”

Estaban en la cocina del gran apartamento: mejores tiempos habían pasado por ahí, pero se notaba una cierta dignidad de clase media intelectual y apegada a la Revolución.

El mulato, el del destino ya automarcado, miraba con intensa atención el trabajo de sus manos que ajustaban el serpentín del pequeño alambique casero. Todo en orden, pues. El aguardiente de horroroso sabor y olor agudísimo por el espiral bajaba sin prisa; es decir, el aguardiente no, más bien el espíritu de las papas, el pan, el azúcar y un resto de rones que se mezclaban en la improvisada caldera con unos tantitos de agua. Aquello hervía sobre las hornallas de la estufa a gas y la esencia, estábamos diciendo, pasaba por el capitel y de ahí por el tubo cónico al serpentín; éste se introducía como una retorcida lombriz en el recipiente donde se refrigeraba con simples aguas de la llave y pedazos de hielo extraídos de las vísceras del añejo refrigerador. El serpentín orinaba aquella destilación en un vaso muy ancho, de notable boca y cuerpo circular.

“Aquí vivía un pez rojo, murió de infarto hace dos semanas y nos heredó su casa de vidrio. Ya ves, mi socio, nada se pierde en esta isla: todo se transforma en cosa aprovechable.”

La ex pecera se colmaba con lentitud; el mulato, de short y camiseta y de pies desvestidos, daba ajustes y precisiones a su alambiquería, vigilaba el tránsito del agua, controlaba el fuego, respiraba los vapores de un alcohol muy personal.

“¿Qué te parece la maquinita? Made in home, ¿eh? Aquí todo se resuelve, chico. De la nada somos capaces de sacar cualquier cosa...”

“¿Por qué dijiste que vas a morir joven?”

“¿Por qué? ¿No te das cuenta?”

Y se mostró como si el amigo recién lo descubriera: barba y bigote enredados en una montonera oscura con hilachos blancos, cráneo de pelos en fuga acelerada, cara de pómulos inflamados y nariz y orejas de cazador, ojos achinados cocinándose entre hervores de sangre. Más abajo, el pescuezo como un duro tronco que espera el hachazo final; los hombros, los brazos y el pecho de estibador y pelotero; la panza algo agresiva de terrícola sedente; las piernas tupidas tempranamente de manchas y várices.

“No me doy cuenta, no entiendo...”

“¿No?”

“Si tú tienes una carrera universitaria, escribes tú creativamente, ganaste un premio con tu libro de cuentos... ¿Cómo es el título? El de los guerreros...”

“Sí, ¿y qué?”

“Y todo lo que recibiste de la revolución, y todo lo que le has dado a la revolución... ¿O no?”

“Mira, socio: ¡se está llenando!”

El otro, el hombre, vio que la ex pecera se colmaba de un líquido tan blanco como amarillo, o al revés. Creyó percibir un destello rojo en aquellas aguas transformadas. Los olores aguardentosos saturaron totalmente la cocina. El otro dio apertura a la ventana que se ofreció así a la incontaminada movilidad de los altos aires habaneros.

De la extendida ciudad, sólo podía apreciar desde ahí la masa dispareja de los hoteles y edificios de apartamentos que se alejaban del malecón; grandes fragmentos de mar temblaban doce pisos debajo de las turbulencias que el alambique producía.

“Dime, ¿no estuviste en la alfabetización con los guajiros y en los barrios difíciles? ¿No cumpliste tu servicio en las milicias populares? ¿No hiciste luego tu carrera en la universidad, en tu alma mater?”

“Mira, ya casi se llena...”

“Y ahora mismo, con todo y problemas, ¿no tienes tu buen trabajo en la editorial?”

“Falta poco...”

“¿No fuiste al extranjero más de una vez?”

“Sí, pero no me gusta salir de la ciudad: aquí me voy a morir... joven”, ripostó al fin.

“¡No me chingues más con la muerte! ¡Es muy temprano para esa jodedera! ¡O todavía te dura el pedo de anoche!”

“¡Se llenó la casa del pez rojo!”

El mulato sustituyó la pecera por un jarro de lata, por si las gotas:

“Nada se pierde en esta isla...”

Y en un vaso de insólita altura sirvió hasta la mitad de esa misma altura. Agregó sin salpicar dos cuadrados de hielo y un chorro delicado de refresco artificial de manzana.

“Toma, mi socio: ¡especial para ti!”

“No, gracias, mulato: estoy bien. Anoche chupamos cantidad...”

“Aquel ron se acabó. Anoche fue anoche, hoy es hoy, ahora es ahorita.”

“Después, no sé... más tarde...”

“Ta bien, asere. ¡Por la amistad!”

El vasote fue inclinado lo suficiente para que se conformara un solo trago, una sola emisión de raspante alcohol: las piedras de hielo chocaron contra los dientes del mulato que, de pie junto al alambique, elevó hacia el techo los ojos muy cerrados, hirviendo tal vez en un caldo de revueltas secreciones y de lágrimas.

El bebedor suspiró como quien tropieza con un camino en medio de la niebla.

“Cada vez me sale mejor, lo perfecciono...”

“¿Qué cosa, mulato?”

“Mi aguardiente, socio. Tienes que probarlo. No lo hice nada más para mí: nunca chupo solo.”

“Al ratito, ya te dije.”

El mulato repitió el ritual. ¿Un vaso, dos, cinco? Parafraseando aquel bolero: no hay cifras en el chupar. La ex pecera perdió su contenido largamente elaborado.

“¡Coño, qué poca producción! ¡Un tin, solamente, y ya se fue al caray!”

Metió más papas, azúcar y algo de inciertos líquidos en la caldera. Se reinició el proceso, con aumento de la presión de las llamas sobre el culo y las caderas del caldero. El capitel y el serpentín fueron reajustados por dedos en los que trabajaban ya los temblequeos primeros del día, juntándose con el fantasma de los manotazos y las gesticulaciones de la noche anterior, ¿sólo de esa noche?

El otro volvió a la ventana, a aspirar el viento entrante a pleno paladar, mientras los vapores neblinosos se movían como banderas desgarradas en el ámbito de la cocina, que parecía achicarse. Respirar de ese modo, hasta hundir los bronquios en los elevados reflejos del aire, aliviaba las quemazones que trepaban por el esófago. Le dijo al mulato:

“Socio, este ambiente está muy espeso. Uno se pone pedo con cada respirada... Todavía ando algo crudo.”

Ni lo escuchó, ocupadísimo en medir la esencia que caía en la expecera.

“Ay, el pececito rojo... se llamaba Lenin. Si no se hubiera muerto, igual lo desalojaba... ¿Ves?, necesitaba su casita de cristal”, como que medio soliloqueó.

El otro se marchó al cuarto de aseo, a orinar acideces nocturnas, a darse una refrescada de burbujas lustrales; se demoró lo que pudo: huésped, visitante o prisionero en aquel amplio departamento del piso trece de un edificio pegado al malecón y sin elevador que funcionara.

La pasada noche, ¿o la más anterior?, había subido con su compadre el mulato a un ritmo que no recordaba. Escalón tras escalón, tramo tras tramo, piso tras piso, pero tal vez con muchos descansos para cortar el jadeo y exprimir el par de botellas de Havana Club, ¿del blanco o del dorado?, que habían conseguido de algún socio mañoso que no las vendía a precio exagerado. Era tiempo de carencias, simplemente.

“Lo que no hay, te lo inventas”, repetía el mulato, “si no aparece el ron, lo fabricas: esa es la magia de esta isla. Así vivimos, en lo duro, pero vivimos, con todo y bloqueo....”

El otro, el hombre, se había despertado en quién sabe qué lugar de su propia memoria, en qué cuarto de qué casa de qué barrio de qué

ciudad de qué país de qué continente y bajo qué color de cielo. Y ya el mulato andaba por la cocina en plenos manejos de su destilería.

Refrescado, pues, según narrábamos, y luego de beber sin prisa del grifo un agua con demasiado cloro, amargona y tibia, ¿o era la imaginación de su paladar?, regresó con su socio.

“¡Ya está, ya está!”

Dos vasos estaban servidos, ¿tan rápida había sido la elaboración?, con su hielo de glaciador deslizante tocando los bordes.

“Le puse soda al tuyo, tienes el estómago sensible, asere... ¡Salú! ¡Que siempre moriremos mañana! ¡Y mañana es hoy!”

“Así no brindo contigo, ¡no! ¿Qué tiene que ver la muerte?”

El mulato bebió o absorbió como quien se ahoga. Respondió:

“¡Ésa es la que manda! ¡Nos va a joder a todos: revolucionarios o imperialistas! ¡Todo mundo al carajo y yo primero!”

Acabó el trago sin acabarlo, porque los tragos todos son uno solo; tal vez como las mujeres, que todas se resumen en la que uno está amando. Preparó una nueva ración. Y más otras, hasta vaciar la ex pecera. El otro, vaso en mano, ¿la diestra?, sencillamente lo miraba.

Y quiso hablar luego, “¡Coño!”, y se fragmentó de golpe su ancha figura que pareció incrustarse en las baldosas negras y blancas. Macizo, amorfo, expulsando sudores y babosidades, empezó un descenso más allá del piso de la cocina, más abajo de las espumas que saltaban contra el abismal malecón, más después de la raigambre de piedra que sostenía a la ciudad: otras caídas aguardaban por él en otros sitios de estos mundos.

En el mismo envión y con los ojos girando fuera de su eje, el mulato manoteó sogas, escalas, asideros inexistentes.

Pero las tremendas manos arrasaron la mesada y la estufa: la trabajosa maquinaria de vidrios y metales se deshizo contra el suelo y los armarios inferiores.

“¡Ya te jodiste, camarada”, dijo el otro, asperjado de trozos brillantes y cortantes, contemplando al derrumbado y dándole inicial atención a su trago entre regurgitaciones y náuseas.

“¡Qué diría el pececito rojo! ¡Su casa sin agua y hecha una legítima mierda!”

Y lanzó el vaso recién enviudado para trizarlo contra alguna pared:
“¡Y me jodiste a mí también, socio!”

Fue hasta la sala, recámara ocasional con un juego de anchos sillones adonde se había acomodado la noche, ¿cuál?, del costoso ascenso al infierno.

Se clavó en uno, el más largo. Antes de disolverse en la oscuridad de la tarde tempranera, tuvo la ilusión de pensar o decir:

“¡Esta noche será otro día, mulato!”

XV. El hombre

“Eche amigo, no más, échele y llene hasta el borde la copa de champán...”

El hombre escuchaba, con una paciencia que sólo las dosis inflacionadas del frío whisky podían sostener, el anfractuoso monólogo del muchacho visitante. Estaban en su casa o departamento suyo de él, en aquella colonia pegada al viaducto, con sus cantinas superpobladas, con su burdelito clandestino, con sus mercados multivarios, con sus comederos y plazas populares, con sus mujeres mugrosas y descalzonadas que de pie nomás se meaban en la banquetta, con sus perros enflaquecidos tan huidizos y ladradores, con sus teporochos arrastrándose entre viviendas transportables de cartón y frascos de plástico y mosquientos traperíos, con sus chavos jugando a pelotazos un único partido interminable.

“...ya no podemos más, la cosa allá está muy pero muy jodida... la sogá viene cagada, ¿sabés? Son años, años...”, eran los lamentos del mozo.

“¿Y a mí me lo decís? ¿por qué creés que estoy aquí, en este barrio de lujo?” (“¿Por qué?”, se preguntó duramente a sí mismo.)

El visitador pidió más. Fue servido de apuro, nerviosamente, ansiosamente. Estaba joven, como de veinticinco. Intelectual casi profesionalista y de capas medias medias. Había conocido al hombre en los años inmediatamente anteriores, épocas muy vivas y dolidas, de fervientes movimientos sociales, de represiones incontables, de clandestinidades, de fugas y de exilios. Bebió y dijo:

“Sí, ya sé, loco... No te calientes...”

El hombre también le echó una lambetada a su vaso, puso más hielo y removió con el dedo índice diestro, imitando al mulato, su socio cubano.

“No me caliento: te lo pongo en la memoria.” (“¿Para qué recordar lo que estamos viviendo?”)

“Pero aquí estás bien, ¿o no? Tenés trabajo en esa revista literaria, vas a publicar un libro de poemas, sacaste los cuentos sobre la tortura, vivís con tu mujer...”, y se puso otra ingesta de whisky.

“¿Y eso qué? Esto no es la patria...” (“Y qué es la patria... o la patria.”)

El visitante acabó lo que restaba con un veloz medio trago. Pidió otro más, completo. Fue atendido con menos nerviosura.

“La patria es una caca... el famoso paisito. ¡No sé quién inventó esa babosada!”, enfatizó y bebió sin ruido.

“¿Cuál?” (“Hay tantas...”)

“Eso de la democracia, de la conciencia social, de que éramos un país culto... ¡Pura mierda en estado puro!”, y siguió en su bebedera.

“¿Recién se te cae el veinte... recién te das cuenta, recién te avivás?” (“Cuánto tiempo con esa carga de autoengaños...”)

“¡Y lo de Suiza de América! ¡No jodás! ¡La sucia será...! Dame otro güisqui... ¡está bueno, la verdá!”, y colocó el vaso en actitud receptiva.

“Es etiqueta roja...” (“¡Qué importa la etiqueta!”)

“¿Ves? ¡Allá, ni podías comprar una botella de grapa! Y acá le das de punta cuando querés...”, el vaso esperaba, inquieto y paciente al mismo tiempo.

“Escuchame: güisqui, ron, grapa, vino, cerveza, brandi, tequila, ¡todos son lo mismo! ¡Te empedás y chau!” (“Somos un sola copa adonde cae cualquier cosa que sea alcohol.”)

“Allá, esto es un pedo... una papalina de ricachones, de bacanes, ¿entendés? ¿Qué creés vos que chupa la gente? ¿Y los que están en cana... los presos políticos, tus camaradas?”, y exterminó unas gotas sobrantes.

“Parala un poco, no te pasés...” (“Otra vez revolviendo basura, los sentimientos de culpa.”)

El más joven, el más extranjero, pidió un renovado whisky, con o sin rocas congeladas. Sostuvo el vaso para mirar hasta el fondo, justamente hasta donde nunca hubo respuestas.

Ubicó los ojos enfangados en la cara encogida del hombre.

“Acá estás bien, loco, te vas acomodando. Tenés para rato, pensá en los republicanos españoles... quién sabe si cuando se vayan los milicos putos tendrás ganas de volver... con la frente marchita...”, y aspiró los contenidos del vaso, ya muy mezclados con la saliva y las mucosidades fosilizadas de los primeros, ¿cuántos?, tragos.

“A qué viniste: ¿a pasear para que te diera el aire o a hincharle los huevos a tus queridos compatriotas en el pinche exilio? ¿Por qué no vas a los otros veinte o treinta países a decirles lo mismo?” (“¿Somos tantos en tantos lados?”)

“No te cae muy bien que te lo diga, ¿no? Decime: allá en el sur creen que estás en el exilio dorado mientras ellos comen mierda a todo color y chupan alcohol de farmacia con refresco. ¡Y es verdad! ¡Te salvaste, sos un privilegiado! ¡A tu salud, poeta!”, y lo poco o casi nada del fondo del vaso descendió de golpe hacia una mistura de jugosidades perturbadas, regüeldos expansivos, gases innobles, sucios flamazos de dolor.

El muchacho visitante se paró como envejecido, exclamando desde una especie de súbita agonía:

“¡Sos un tremendo hijo de la mismísima requeteputamadre que te mil parió!”, y jadeó cortamente para tratar de equilibrarse.

“Tranquilo, estás muy mamado. Calmate...”, silabeó el hombre entreparándose, “¿Viniste de visita o qué?” (“Sos como una sombra, todos somos la sombra de una sombra...”)

El joven arrojó un puño mal cerrado contra el rostro del dueño de casa; apenas le raspó un hombro, ¿el derecho? Y la respuesta demoró, a la espera de otra tentativa. El puño, rearmándose, fue lanzado como una piedra sin destino y sin pájaro. El hombre ni se movió, ¿para qué?, y luego, enseguida, ya, se repitió como la figura inversa del visitante. Dos toques bastaron para que éste, herido ligeramente en la nariz y en un pómulo, ¿el izquierdo?, fuera cayendo desangeladamente hacia el piso alfombrado y sin barrer. Y allí permaneció, derribado desde adentro, abatido por la íntima borrachera, llorando dormido, tal vez elaborando en sus oscuras entretelas sufrientes imágenes de odios, de angustias, de frustraciones, de fracasos.

“Estás borracho de dictadura, de fascismo, de muerte cotidiana... Todo licor será veneno para vos, hasta el vino de la misa. Tiempo es lo que hace falta”, y luego de protegerlo con una manta a rayas de muchos colores, vació el final de la botella, ¿la segunda?, en la viudez de su vaso, agregó el rutinario hielo, revolvió todo a punta de escasa uña de dedo índice diestro y sorbió sin prisa y sin sed la postrera copa de esa noche.

En la calle, ni cerca ni lejos, ladraban los perros de siempre.

XVI. El hombre

*“Los invito conmigo a beber,
que bebiendo se habrán de olvidar...”*

El hombre caminaba desorganizadamente las calles nocturnas de la ciudad sin límites ni marcas. Las lluvias de varias jornadas se habían acumulado en turbidos charcos, en torrentes que se escurrían como de un tendedero de casas colgantes, en humedades que reptaban como insectos pisoteados, en fulgores confusos que las luces de algún coche solitario producían.

Los zapatos de delgada piel llevaban la energía propia de la inercia que los pies de empapados calcetines trasmitían a cada paso de irregular medición; a cada paso que no seguía la posibilidad de un rumbo habitual, de una rutinaria transportación, de un sabido desplazamiento.

“¡Putá madre! ¡Chingaos! ¡Ni que fueran las botas de siete leguas!”

Caminaban solos los zapatos, más allá de las voluntades de los irritados pies.

“¿A dónde voy? ¿A dónde me llevan?”

Luego de la comida de ese viernes: grandes carnes asadas, vino o cerveza, frijoles refritos, cerveza o vino, papas a la francesa, vino, guacamole, cerveza, helado de tres bolas, coñac, café americano, licores bajativos, el hombre vio cómo sus compañeros se distribuían por las cantinas de aquella zona del centro histórico. Algunos ya empezaban a cantar letras de arrabal, difuminándose bajo la lluvia.

Él eligió estar solo con su paraguas. Un paseo sin nadie al lado, una caminata sin que le pesara la sombra personal. Los compañeros de trabajo iban a buscar tal vez pedazos de olvido entreverados con trozos de ilusiones; finalmente, aparecerían los fragmentos de un lloroso pasado

imposible de reconstruir. Además, siempre había chance de toparse con la sabiduría carnal de alguna joven suripanta.

A caminar, pues, mientras los frescores de la llovizna/lluvia/lluvorada ponían en orden las realidades que andaban navegando por las sobreexcitadas neuronas. El amparo de la sombrilla no era suficiente y, según los aires, la chamarra y el pantalón se mojaban o se remojaban. A caminar, sí, entre imágenes atardecidas, figuraciones que vibraban entre formas posibles y cambiantes, entre los desbordamientos que borraaban calzadas, jardines y banquetas. A caminar, a galopar.

El hombre se iba de sí mismo, con un pie, ¿el derecho?, marchando hacia fuera, y con el otro, ¿el izquierdo?, hacia adentro.

“¿Por qué avanzo, entonces?”

Los brazos se fatigaron de transportar la sombrilla y la abandonaron en un cruce de calles no reconocible. Por allí quedó, como una flor ennegrecida que alguien, quizá, no tardaría en cosechar.

“Y las manos, estas manos, ¿por qué se duermen? Y las piernas, ¿por qué?”

Pero no se detenía; el entumecimiento sólo daba torpor a su traslado, hasta le provocaba un contradictorio deseo de creciente movilidad.

“Tanta lluvia estimula la sed...”, y la lengua recogía los pequeños chorros y goterones que le caían por el rostro.

“¿De qué altura vendrán estas hilachas de agua? ¿Cuánta mugre se traen?”

En cualquier esquina de una calle sorprendida, como diría algún vate no rimador, sus zapatos chocaron contra una presencia casi humana envuelta entre perros, trapos y cartones; unos lienzos de plástico grueso eran el techo de aquel montón de vidas, así desviviéndose.

Una voz se movió como una lengua invisible:

“Oye, güey, ¡échame... unos... varos!”

La masa aquella pareció ondular debajo de las agitadas películas que del cruento chaparrón o de la violencia pluvial se desprendían.

El hombre dobló la cintura en busca de la raíz de la voz que pseudoarticulaba palabras entre una especie de masticadera de vidrios muertos. Manoteó un bolsillo, ¿el diestro?, y sustrajo con dedos de torpe ladrón cuatro o seis monedas de a un peso.

“¿Dónde las entrego? ¿A quién chingaos...? ¿Hay algún quién?”

Un recipiente de plástico color nada emergió de tales humanizados y emperrados pudrideros; una mano, ¿siniestra?, enmarcada entre murges costrosas históricamente adquiridas, lo sostenía.

“¡Aquí, ojete! ¡Échalas... aquí!”

Las monedas cayeron, y el recipiente con todo y mano se sumergió en el centro de aquel mundo aplastado, maldiciente y gruñidor.

Los zapatos quebraron la inercia momentánea, y a caminar hacia otros rumbos, otras direcciones cardinales, así se decidieron. El hombre los contemplaba: dos bestias de cuero que no eran patas, que eran las máscaras de sus patas en sí. A caminar, a navegar, “llegar no es necesario”.

Distancias después, ya con más oscuridades, en un hueco ubicado entre la acera y la desconchada barda, el doble calzado aplastó blandas y como babosas sustancias. A través de los chorreantes lentes, las miradas del hombre entretejieron el cadáver de una gata amarilla, blanca, negra, café.

“¡Ah, mai dog!”, fue lo que solamente y eructadamente de un solo modo pudo emitir.

La felina era una ex mamá; el vientre acuchillado, rajado, partido, se abría impuramente bajo el aguaje que moderaba a veces sus enviones. Pegándose a él todavía, como continuándolo, los cuerpos de las crías, expulsados a filo de metal y pisoteados por paseantes con prisa o probables predadores, seguían ahogándose y desangrándose en la sordidez de las baldosas.

A punto de una vomitona extrema estuvo el hombre, pero encogió el espasmo, oprimió con todas sus manos aquel animal interior que así se violentaba; hubo sólo una breve regurgitación de quemantes burbujas y ásperos residuos.

A caminar, a continuar detrás de los huyentes zapatos. En un cruce-ro inubicable logró detenerles la furia para no ser impactado por los coches que carrereaban aprovechando la extinción de los semáforos.

“¡Cabrón! ¡Cuidado, no te avientes!”

“¿Qué quieres: suicidio gratis?”

Etcétera. Eso creyó escuchar, también etcétera, mientras ráfagas, salpicaduras, expulsiones y chorros regulares brincaban suciamente desde el arroyo para seguir saturando la mojadura en ropas, lentes y pelo.

Como una estatua vencida por el tiempo y bajo ofensa de olvidos y cagantes palomas, buscó asiento en el borde de la banqueta: cada hueso, cada tendón, cada zona de piel de cada pie parecía estallar entre vidrios de fuego molido. Pero los zapatos pedían camino, tenían la brutal sed de quien percibe el mundo como una única urdimbre de travesías indiscifrables. A los pocos minutos, pues, alzó la chorreante osatura. A caminar, sí. Y arrancaron otra vez los zapatos, hinchados, deformándose más, con complejos desplazamientos, con maniobras de pesantez.

El hombre, de enceguecida miopía ratificada por las aguas terrestres, se golpeó la cara a dos manos, separándola de la barata armazón que sostenía los usados cristales. El aparato de ver fue lanzado a la calle, excluido del país de la media luz.

“¡Que vea el que vea! ¡Mundo de mera mierda!”

Y a los labios llegaban más goterones, más espumas dudosas, más burbujas de insípidos sudores: todo era absorbido, tragado, bebido, metabolizado con la misma hambruna de un bebé que recién comienza a alimentarse de una madre adolorida. Eso aumentaba la mezcla de eructos y calcinantes revolturas.

Siguieron marchando los zapatos, “¡marchons, marchons!”, con las agujetas desfibradas y las suelas flotantes, disminuidos coturnos cotidianos fatigándose ya en su singladura solitaria.

Nada era percibido como algo reconocible por los mutilados ojos del hombre: otras leyes estructuraban aquellos revoltijeados universos transitorios de galaxias y moléculas de simple agua condenada a evaporarse. Unos brazos tejían dislocados movimientos como aspas de un molino enloquecido. Unas piernas multiplicadas trataban de adecuarse dolidamente a los giros pendulares de las invisibles patas humanas.

“¡A dónde vamos! ¡Basta! ¡Hay que pararle!”, dijo o se murmuró el hombre aferrándose al no previsto poste que le azotó un hemisferio de la cara.

De allí se agarró, de la tal y firme enhiestadura que lo ayudó a despellejarse costosamente, vaciándose, desvicerándose de sus órganos externos. Así, semisentado entre el lodo, entre babas impuras, entre papillas de papeles y cáscaras, extrajo de cada inflado pie su calzado infatigable, sus calcetines decapitados. Las cuatro bestias de caminar, representantes de dos especies afines y simbióticas, fueron aventadas con pálida energía hacia las torrenteras que hasta ocultaban la calle y estrangulaban los desagües. La chamarra fue extraída del torso de su portador, nudos momentáneos molestaron la salida de camisa y camiseta; los pantalones se resistieron irrelevantemente al despojo, igual que el embarrado calzón.

“¡Al fin, al fin! ¡Ya estamos en ninguna parte, bien en pelota!”, tal vez enunciara aquel hombre para sí... ¿Nunca lo sabremos?

Y su boca, aguantada por manos y rodillas, sostenida por la declinante cabeza y dueña ahora de todas las aguas de este mundo, entró decidida y sedienta en los cochinos temblores del más cercano charco.

XVII. El hombre

*“... quiero por los dos mi copa alzar
para olvidar mi obstinación...”*

La carta contenía estas completas palabras... no, mejor dicho, lo que ahora puede leerse no es el total de lo escrito por el hombre. Además, es de lamentar que la firma haya sido borrada por la displicencia del tiempo, las operaciones de la humedad o por los meros descuidos de nuestra especie. Quizá no importe mucho, porque al cabo y al fin los borrachos no tiene nombre. Veamos:

“Amiga querida o lo que seas:

“Sin que lo supieras, te debo estas letras desde hace un buen cacho de tiempo, desde años de nuestro divorcio. No es de necesidad detallar aquí las diferencias y las concordancias que ayudaron a unirnos o a separarnos. Es un tejido de oscuras urdimbres, tal vez de trama indescifrable. Solamente puedo decirte, casi sin atreverme a escribirlo, que por momentos nos aproximamos a esa dudosa categoría denominada felicidad, pensando que fuera algo accesible y, una vez obtenido, quedara cristalizado en el tiempo de los afectos y en los espacios de la convivencia. Creo que, en una postrera instancia, nunca lo entendimos bien. Nuestro fracaso estuvo no en la (mezquindad) poquedad de lo logrado sino en la frágil certeza de haber encontrado el tesoro en algún lugar secreto del áspero bosque...”

(Nota: En el original, una pequeña mancha oxidada.)

“Pero no, resultaron aproximaciones ilusorias a una meta falsa o ingenuamente imaginaria. No haré aquí ningún balance o inventario de repentinas desavenencias, de discordancias no previstas, de coyunturas ríspidas, de abrazos y negaciones, de descubrimientos carnales, de identificaciones ideológicas, de apetencias espirituales incompatibles,

de conductas sociales diferenciadas. ¿Para qué? Porque casi todo lo malo que salía de mí... se debía al trago, al vino, al licor. Aunque reconozco que en principio el alcohol era visto por ti como un agente animador no riesgoso, que hasta alegraba reuniones familiares, amicales o políticas. Sólo después de desequilibrios económicos, de persecuciones y de exilios, de descaecida esperanza social y personal, es que el alcohol, como el amor, tiene muchos rostros y los fue mostrando a través del mío. Seguramente, no eran con frecuencia algo que produjera envidia, respeto o admiración..."

(Nota: Otra mancha en el original.)

"No habrás olvidado, en razón de cierta capacidad que aún tienes para el rencor, la vez que escuchaste un toquido abrupto en la puerta, ¿recuerdas, sí?, serían como las cinco de la mañana. Te paraste mezclando dormidera con temor. Colocaste no sé cuál oreja contra las tablas, ¿estaban pintadas de verde?, había sólo silencio susurrado, y luego abriste, previo manipuleo de llaves, de quitar trabas y correr cerrojos. Entonces, el hombre que dormía de rodillas, con su frente sostenida por la puerta, ¿verde?, cayó en los inicios de la sala como un repentino cadáver. Luego, aquel cuerpo se arrastró hasta la recámara empujado por su propia inconsciencia, y allá quedó, a un costado de la cama como una flaca bestia lastimada por un oculto cazador..."

(Nota: Mancha color vino oscuro.)

"Aquello no dio para organizar ningún escándalo familiar, hasta fue relatado en los días siguientes como un suceso pintoresco; quizá porque, para alguna gente, las hazañas de los borrachos suelen pertenecer al ámbito de lo folclórico... En definitiva, el briago cumple acciones a veces insólitas o inesperadas; como los héroes homéricos, que sí sabían chupar, hace lo que casi nadie puede simplemente hacer, ¿y eso no origina celos que luego se transforman hasta en desprecio? Tampoco habrás olvidado mis salidas a cualquier hora o mis regresos de desesperante irregularidad. ¿Y aquella reunión de borrachos tristes en la casa que duró exactamente catorce horas?"

(Nota: Mancha de bordes variados, más extendida.)

"... y él se tumbó en la alfombra, vomitando para arriba y volviendo a tragarse aquello... el otro lloraba de abandonos de pareja y trataba de

tocar una resbaladiza guitarra... y el tercero no sabía dónde estaba su propia boca y los cacahuates quedaban sembrados en la alfombra... y hasta quería fumar poniéndose el cigarrillo contra la frente... la puerta, ¿verde?, permanecía entreabierta, y él, al levantarse para ir al baño, hizo como una fantástica maroma, un giro irracional, una pirueta circense, y salió autoimpulsado hacia el pasillo, cayendo sin caer por dos pisos de escaleras hasta la mera entrada de los departamentos... no volvió más, se lo comió la noche... un par de días más tarde lo encontré por el centro: estropeado de pinta, sucio de cara, chorreado de cosas no agradables, ajeno a la dimensión cotidiana: ni me reconoció...”

(Nota: La mancha se hizo más grande, o es otra.)

“... ¡qué amigachos esos, los que iban conmigo a la cantina o a los bares de los hoteles céntricos! Y los camaradas del exilio, fantasmas sin sábana son ahora; eran gente buena para el trago también, de ánimas carcomidas por el destierro... Chupábamos sabroso, sí, en cuanta ocasión se daba... en las fiestas asociadas con eventos literarios, con conmemoraciones referidas a diversas patrias o matrias, todos confraternizando a pleno chupe: era la globalización latinoamericana del licor, como si en una sola copa el exilio entero se hundiera hasta el fondo...”

(Nota: Mancha al parecer renovada.)

“... pero también se mezclaban otras gentes, de países europeos, hasta gringos, que andaban viviendo o turisteando por aquí... éramos una atracción, parte del circo del sufrimiento... venían a refrescarse, cansados de una Europa decadente, lánguida, infecunda, o de las enajenaciones tecnológicas de los gabachos, eso decían... entre esa extranjería estaban las damas que también gustaban refrescarse de otro modo, que siempre es el mismo, y que se encueraban con ágil destreza, ya alcoholizadas... y hasta sin beber nada.

Alguien decía que esas damas extranjeras, ¿y nosotros qué éramos?, eran sordas: ‘tú las invitas a sentarse y se acuestan’... hubo una pintora, una francesa o italiana que hablaba una especie de francesol o italianol... salimos de una reunión rellenos de licores diversos, hasta champán, y a nosotros, la pintora y yo, se agregó una pareja de putitos buena onda, colombianos o algo así, que usaban el tú y el vos... finalmente, caímos

en el bar Mesoamericano que poco después borrara el terremoto... bueno, mientras la parejita acompañante se besaba y toqueteaba con vacilante discreción, la pintora y yo nos metíamos lenguas y manos bailando unos tangos que con ritmo de bolero tocaba en su desconchado instrumento y trataba de cantar un guitarrista tuerto y maloliente...”

(Nota: Nueva mancha.)

“... al volver a la mesa, dos tipos macizos, pantalón negro, botas o zapatos negros, camisa negra, chamarra negra de piel, negros lentes y más que negras intenciones, ocupaban con insolencia nuestras sillas y bebían de nuestros vasos... los maricas, aterrorizados, se abrazaban sin decidirse a chillar o a rajarse o a mearse debajo de la mesa, allí mismo, frente a los matones... el mesero, el buen Chirimino, ¿así se llamaba?, que hasta esa noche me habría servido, históricamente hablando, unas dos mil copas, se me cruzó, diciendo: ‘Don... mejor se va, que andan empistolados’, porque yo, mientras sostenía a la artista, estaba increpando con furor a los gorilones que habían invadido nuestro sitio... y así que, enseguida, al provecho de la intervención del mesero, uno de los rudos señores se entreparó para exhibir el arma aunque enfundada... el guitarrero silenció voz e instrumento y se marchó hacia el baño, pasando entre los tremendos espejos enfrentados (seguro que vio uno solo de los dos infinitos que aquel enfrentamiento producía...). Era bravo pasar por ahí, ¿sabes?, el cuerpo se deshace en incontables imágenes, uno mismo se disuelve en dos direcciones simultáneas: es algo metafísico...”

(Nota: Otra mancha, más pequeña.)

“... y nos salimos, pues; el mesero, nuestro salvador, nuestro paladín, nos inyectó a puro empujón en un taxi... los restos de la noche los acabamos en la cama de la italofrancesa, que sí resultó pintora pero catalana de ascendencia polaca... o algo parecido.... el placer con ella se esfumó en el mero instante de cumplirse: fue como olvidar sin haber forjado ningún recuerdo... la cruda duró como dos días y al tercero resucité... la resaca moral, un poco más, pero para ese mal social están la reincidencia y la desmemoria.

“¿Para qué seguir esta carta? No sé si voy a enviártela, no sé si la leerás. Ya no hay culpas, nunca las hubo. Si te atas a las culpas, a una

sola nomás, ¿cómo harás para dejar de ser un niño con un dedote índice acusador clavado en el pecho y llevando en las orejas una carga atronadora de advertencias, acusaciones y blasfemias? Pero la culpa, falsa o no, no se ahoga en el licor: bebe contigo la cabrona... podrás afirmar con objetiva certidumbre que también o además fui 'infiel', mas siempre fui solidario: dos modos de sostener la vital lealtad conmigo mismo. Siempre busqué y buscaré a la musa... no confundas, ser putañero es otra cosa... Somos como somos, o como vamos siendo: cambiar o morir... o sea, que nunca sabremos lo que somos... no conoceremos jamás ni el espesor de nuestra propia sombra... y menos un alcohólico como yo, un alcohólico especial... ¿No canta Gardel aquello de que 'sólo Dios conoce el alma/ que palpita en cada ebrio'...?"

(Nota: aparecen varias salpicaduras.)

"... yo puedo tal vez saber cómo soy en un momento determinado, pero no podré conocer simultáneamente cómo es el momento que me contiene... porque yo mismo estoy produciendo cambios en ese momento... el acto de conocer transforma de algún modo el objeto de conocimiento... ¿Ves cómo lo espiritual y lo afectivo se parecen al mundo físico?"

Pero ese tema jamás te interesó: las galaxias que se alejan, las once dimensiones, la dilatación de los puntos entrópicos, el desfasaje original del espacio-tiempo... En fin, ¿para qué más frases? No puedo, sin embargo, soslayar aquella ocasión, ¿cuándo?, ¿dónde?, que me tragué un litro de ron con escaso hielo, ¿era ron?, y los espasmos nocturnos no paraban, el café calientísimo y sin azúcar generó vómitos de hipopótamo y diarreas de intolerable jedentina, ¡pobres calzones azules!, y tú, dormida, que solito arreglara mi desarreglo... A la mañana, con feos temblores y más dolorosas náuseas, trasladé a alto costo mi cuerpo hasta el servicio de urgencias de un cercano sanatorio. La espera de cuarenta minutos y trece segundos ocurrió casi siempre en el baño. Un enfermero de tremendos brazos me colocó dos feroces inyecciones cuyas mágicas resonancias y efectos antiespasmódicos permitieron que, de camino a la casa, adonde tú seguías durmiendo, me echara tres roncos para no cambiar de trago y comprobar así mi asombrosa mejoría... veinticuatro horas después regresaría en reclamo del mismo enfermero y de sus

bestiales inyecciones... la vida es fundamentalmente azarosa, aun en sus aparentes repeticiones...”

(Nota: Otras salpicaduras más notorias.)

“... y esta carta se termina, no es posible ni deseable escribir una carta infinita porque sería sencillamente una carta sin lector y sin respuesta... la verdad, es que no tengo la certeza de que te debía estas letras... podrías interpretar mi escrituras como un intento de lavar viejas culpas, ¿ya hablamos de eso, cierto?, y me pregunto, sin mala leche, para que te lo preguntes: ¿hubo algo en ti, tal vez, que asimismo haya echado algo más que licor en mi copa?, ¿cuánto?, ¿en qué momento? Si te haces la pregunta, ¿podrías contestarla? Voy terminando porque...”

Esto es todo lo que pudimos reconstruir de tan inusual epístola. Que el amable lector recoja de ella algún provecho, si fuera posible en proporción directa a los minutos perdidos en leerla, pues no olvidemos que en el más desagradable gusano está programada la más bella mariposa. Y que en el espacio existente entre lo cerca y lo lejos, cabe toda la alegría o toda la angustia, ¡salud!

XVIII. El hombre

*“Tu copa es ésta y la llenaste,
bebamos juntos, viejo amigo...”*

El amigo profesor había cruzado el Atlántico, el viejo océano celebrado por Lautréamont, por segunda vez en unos cuantos años. Seducido desde siempre por París y empujado por la represión dictatorial, hacia allá se fue en una fecha de revueltos almanaques, en un día de lluvias que golpeaban el cuerpo total de su país enfermo. En fin, de regreso estaba por unas semanas, experimentando simultáneamente la ilusión de reencontrar intacto al joven estudiante de letras que había sido y la ominosa sensación de extranjería con respecto a los demás, como una calle de doble sentido en la que no hay posibilidad de un rumbo tercero.

Había regresado, sí, igual que muchos, ¿a qué?, ¿para qué? Quiso buscar respuestas y se juntó con añejos y recientes compañeros: nada más óptimo que allegarse con ellos al llamado “Palacio de la Grasa”, un restorán céntrico respetado por las moscas en razón de las gigantescas humaredas que expelían las parrillas con su carga desmesurada de pulpas gordas, chorizos, morcillas, pechugas, muslos y otros cadavéricos derivados.

El amigo profesor, traje azul multiarrugas, camisa clara, corbata también azul, bufanda oscura y colgante a toda hora, había invitado para esa noche a tres socios de la mayor cercanía: el novelista, el orfebre y el hombre.

“¡Mesero! ¡Mozo! ¡Mosero!”, clamó en medio del ruidaje general del ambiente, adonde todo chocaba con todo: copas con copas, tenedores con dientes, frases con frases, gritos con gritos. El servidor de casaca blanca, sudada y ofendida además por señales de grasitud y huevo frito, etcétera, se arrimó sin prisa.

“¿Qué les sirvo?”, preguntó rutinariamente.

“¿Cuál es el mejor tinto que tiene?”, contestó preguntando el profesor.

“El Toro Negro, es de buen cuerpo.”

“¿Seguro? ¿No es un poco ácido?”

“Es bueno, claro... Si yo se lo recomiendo...”

“Está bien, mon ami. Traiga...”, miró a sus compañeros, “... cuatro de a litro.”

“Son de tres cuartos...”

“¿Cómo? Tienen que ser de a litro... si no hay, ¡las trae igual...!”

El profesor ya venía con su vinatería en las arterias, pues antes de entrar en el restorán había hecho una breve y nostálgica recorrida solitaria por los bares de otros tiempos. Sólo algunos aún permanecían fieles a la propia historia, pero modernizados y con una clientela borracheril bastante cambiada, atípica diríamos. Eso lo había deprimido un poco, como si recibiera un impulso de sombra, sensible como estaba al moverse entre los fantasmas y las visiones de una ciudad natal cada vez más desconocida.

El novelista, a la tercera copa, dijo en una exclamación inesperada:

“¡Qué país de mierda! ¡Las de tres cuartos no son de a litro!”

Y el orfebre, que de Santa María del Buen Ayre había venido para esa reunión, confirmó:

“Acá, todo es apariencia: ¡la cáscara de la fruta es muy democrática pero adentro está la podredumbre del fascismo! ¡Si hasta los intelectuales parecen inteligentes! ¡A tu salud, profesor! ¡Bienvenu!”

“¡Merci, mon camarade! ¿Et toi, poète, qué me dices ? ¡Mozo ! Apportez-nous une bouteille de vin... otra de Toro Negro... no, que sean cuatro.”

“¿No van a comer nada? El asado de tira salió especial.”

“Sí, traiga para todos. Y unos choricitos para picar... ¡Á la santé du Diable! »

El hombre, en esa coyuntura, llevaba la lengua más encogida que el íntimo corazón. El vino, potente, y con cierto tono de suave acidez, caía a chorros sobre su animal de hablar, como goterones de limón encima de una ostra indefensa. El paladar, las encías, los entredientes, los hue-

cos de las muelas perdidas, las internas paredes de las mejillas eran los damnificados resultantes de una inundación apresurada por tanta nostalgia y por tantas figuraciones de no disimulada angustia que se congregaban en la mera presencia de aquel cuarteto amical excitado por su propia fragmentación.

“Asado de tira para cuatro, sin ensalada...”, dijo el mesero colocando con precisión los platos frente a cada cliente.

“¡Garçon... mozo, mesero! ¿Y los chorizos bien picados?”

“Ya se los traje, señor. Ahí los tiene a la vista.”

Y ahí estaban, brillosos y crujientes, todavía intocados, en el centro de la cuadrada mesa, como empezando a enfriarse.

“¿Por qué no los vimos?”, autpensó el hombre, “... ¿ya estamos tan mal que no se percibe el chorizomaná caído de los humos de este cielo?”

Y luego inundó boca, garganta y tripas con un desmedido buche más otro desmedido trago.

“Adelante, camaradas, ¡bon appetit!”

El profesor blanqueó exageradamente los huesos manejando con pericia y cierta esbeltez el cuchillo y el tenedor y luego la mera dentadura.

“¡En París este asado no existe, mes amis!”

“Nada es perfecto, ni siquiera la anciana Francia... A nosotros, lo que mejor nos queda es la costumbre bárbara del asado, si cada vez pateamos peor la dichosa pelota: no le hacemos un gol ni a los ciegos...”, comentó el orfebre en medio de una educada masticación.

“No jodás, en fútbol sí que todavía la hacemos. Hay jugadores nuestros por el mundo, por algo los contratan”, soltó el novelista quitándose unas pocas de licor de barbas y bigotes. Y continuó empujando la jugosa carne con el Toro Negro: eran degluciones de mucha resonancia, mezcladas con hipos cortos y estirados suspiros.

“¡Dale con el fútbol! El país se derrumba a pedacitos y ustedes con el tema... ¡Mon Dieu!”

“¿Qué? El fútbol es cultura, el asado también...”, arriesgó el hombre con tono antropológico.

“¡Oui, oui... el asado, sí!”

En el platillo de la botana los trozos de chorizo fueron desplazados por un montón de huesos debidamente aligerados de pingües carnes, masticados, roídos y sorbidos a fondo por aquella tribu de carnívoros profesionales. El mesero, en un solo viaje, se llevó platos y vajilla; renovó de inmediato las servilletas de basto papel.

“Ya que está aquí... traiga cuatro toros más, aunque sean de otro color... ¡Ah!, et ensuite un cognac pour moi.”

El mesero no sabía ni un pito de francés, pero de borrachos sí sabía. Por lo tanto, colmó la mesa con ocho botellas de lo mismo y cuatro anchas y bocudas copas de tibio coñac.

Las otras mesas habían cambiado más de una vez su transitoria población: los componentes era mujeres noctívagas y hombres errabundos y muchachitas febriles con chavos sedientos, o al revés. Sólo el cuarteto permanecía, fiel a su cifra pitagórica y a su desajustado contenido.

“Acá no hay ni poetas malditos: ¡solamente malditos poetas!”, aseguró el profesor.

“¡Sí!, ¡porque el único que hubo se lo regalamos a ustedes!”, gritó desafinado el novelista.

“A Francia, querrás decir: ¡a mí no me regalaron un solo carajo!”, soltó enojado el profesor.

“Me estoy meando... ¡Putá!, ya mojé el pantalón...”, externó el orfebre en una actitud que pudo haber asombrado a sus compadres en una coyuntura menos confusa.

El mesero, experimentado samaritano, coadyuvó a que se alzara de la más que húmeda silla; lo condujo hacia el mingitorio y allí lo instaló con la cabeza apoyada en la pared. El orfebre creyó de seguro que hasta su flácido pene estaba en posición de excelencia y se alivió a bragueta cerrada.

“¡Cómo es de tardado el orfebre!”, aulló destemplado y sin oírse el novelista, mientras el profesor lo salpicaba de nuevo aplicando papirotazos a su vaso bien saturado de un vino que, a esa altura de la noche, bien podía ser cualquier otro vino.

“¡Voy a buscarlo!”, decidió el novelista, asumiendo un protagonismo insospechado. Se sostuvo sobre un hombro del profesor y sobre el cráneo apelonado del hombre, lanzándose por mera gravedad, y a punto de violar las leyes de Newton, hacia el sitio de los retretes. No chocó con la doble hoja de vaivén porque el mesero las separó con velocidad chaplinesca. El orfebre, dormido de pie como soldado de guardia, ni se enteró del resbalón en los orines del piso ni de la caída contra la base de un excusado.

“Sí, porque con la mundialización... los productos de la cultura humanística se van... se están yendo a la mierda... ¡Merde!”

“... y eso lo dicen ustedes, ¿qué nos dejan a nosotros, pinches naciones tercermundistas?”, alguien dijo.

“Ustedes son las putas caras... nosotros somos las putas baratas de la Historia... a veces, ni siquiera cobramos...”, entre toses líquidas se quejó el hombre.

“¡Callate, cocu! ¡Hablás como un cocu! ¡Sos un con, un pendejo! ¿Dónde está el legado de Francia?”, y el eructo se sublimó entre humos transparentes.

“¡Y vos, cochon! ¡Te rajaste y ahora venís a darnos lecciones de cultura!”, la voz le vibró entre burbujas oxidadas.

Hubo tragos exiguos, en silencio. El local había cerrado sus puertas; la humareda, que descendía al enfriarse, no permitía a los polemistas ni distinguirse las transpiradas caras; en la caja se hacía el recuento de billetes y monedas; el mesero, a pura memoria como debe ser, terminaba de ordenar la cuenta de los cuatro; la noche, simplemente, había envejecido.

El hombre se paró en un envión de visceral impulso, allegándose junto al lavabo ubicado fuera de los baños. Se miró a un espejo que, por supuesto, deformaba las imágenes; se miró para recordarse, para confirmar que aún existía. Incluyó sutilmente la cabeza hacia delante, apenas unos pocos, nada más. El vino empezó a salir con delicadeza en largas y tranquilas lágrimas.

“¡Basta ya! ¡Alcanza bien!”, estimó con base en la mera experiencia.

Regresó a la mesa y en tanto el profesor pagaba la interminable adición, de parado nomás se hundió hasta la garganta, sin que tocara el

paladar, un trago exactamente igual a la cantidad de vino abandonada en la pileta.

“Buenas noches, señores. ¡Adieu!”, los despidió el mesero, con cierto asombro por la alta propina cosechada.

Dieron, sobre la ondulante banqueteta, los cien pasos que se aconsejan para similares situaciones.

El profesor dijo, iluminándose:

“¿Dónde están aquellos? ¡Merde! Se quedaron en el baño...”

El hombre, entre gotas de vino que se evaporaban en la frialdad de la noche, contestó:

“No te preocupés, mon vieux... Los recogemos mañana... ¿No viste las botellas? Todavía hay Toro Negro en cantidad...”

XIX. El hombre

*“Él se entregó a las cantinas
en donde solo bebía...”*

El hombre gritó desde las chorreantes grietas de su más interna sombra:

“¡La avispa de oro! ¡Mátenla, quiébrnle los ojos! ¡Rómpanle el aguijón! ¡Desháganle el pico! ¡Mátenla para siempre!”

Se impulsó hacia el abismo de medio metro que lo distanciaba del suelo. La caída casi sin término hizo que perdiera, arrancados por un tonante viento en congelación, lentes, ropas, zapatos, cabellos. El golpe lo despertó, ubicándolo en otra angustia, en otro dolor, en otro deseo.

“¡Qué cerca estaba el infierno de abajo!”, se comentó mientras recuperaba en fases lentas la imperfecta verticalidad de cada día.

Arrastradamente, ritualmente marchó hacia el espejo del cuarto de aseo y puso sobre la lámina de cristal y azogue un trozo de cuerpo asentado en la flaca cintura y que terminaba en un cráneo casi desértico. Contempló más nítidamente lo que antes se describe, al encender la luz. Pero los fotones, adelantándose, azotaron sus retinas como proyectiles de súbito fuego: imágenes resplandecientes reemplazaron al insecto de gran rostro dorado, al bicho fosilizado en su memoria y que resucitaba con el licor como los muertos en el Hades con la sangre.

La avispa, representación de la Vieja Enemiga, con su revuelto cortejo de vivientes salpicaduras negras, pareció morir esa vez en una hoguera fugaz que dejó un doloroso residuo de cenizas sin ninguna color.

El rutinario procedimiento de echarse agua abundosa en la cara, la cabeza, el cuello, y restregarse con aparente furia utilizando toallas y esponjas, no funcionó. La boca en el espejo obligó a la boca de la cara a imitar un mínimo discurso:

“Necesito un par de tragos...”

El hombre sólo tuvo que volver a la recámara y examinar las botellas que, erectas o desmayadas, aguardaban junto al exacto espacio del infierno que su caída había inaugurado.

Se inclinó para recoger las dos de aguardiente, aún una de ellas en estado de virginidad; la otra, de mediados contenidos. Los demás cadáveres de vidrio se mantuvieron en quietud, esperando la disolución final que afecta a todas las cosas: el alma del alcohol las había abandonado.

Frente al espejo de nuevo, conectó la garrafa empezada directamente con su garganta. Los ojos asentados en el cristal enviaron un surtidor de lágrimas a los ojos de la carne. La botella, fulminada, naufragó en la alfombra, llevándose un mensaje incomprensible que jamás sería leído por nadie.

El hombre colocó una silla delante del lavabo, sobre ella tomó asiento su transpirada desnudez. Costosamente, torpemente dio apertura a la botella todavía virgen. Repitió enseguida el mudo ritual, similar a la ocasión en que, mirándose a los ojos oscuros que viven en medio de los ojos, y con la punta de la pistola clavada en el paladar, invocando a Satanás, el dios negro, se preguntara si la total ausencia de Dios sería más importante que la suya.

La respuesta había sido la adecuada, y por eso estaba ahí, el cerebro desgarrado por una fauna sin término, con la botella que entregaba su doncelez al hundirse en la cavidad de su boca insondable.

XX. El hombre

*“Risa que precisa
la confianza del alcohol...”*

Siempre aparecen papeles. Miremos estas cuartillas tomadas de una caja de zapatos, malamente asegurada con un no muy grueso mecate. ¿Dónde estaba el contenedor de estos objetos?, ¿en qué habitación de qué casa de qué cuadra de qué barrio de qué colonia de qué pueblo rabón de qué urbe grande de qué país insular o continental? ¿Qué nos dicen los papeles, de qué nos platican? Leamos, pues.

“No entiendo qué lleva en su cabeza el cantor. Con esa tremendencia de voz, casi gardeliana y con matices de cante jondo, y con ese natural ritmo de milonga y de nostalgia... Anoche nomás, después de que hasta nos cansamos de escuchar todos los discos que tengo en la casa, y con bastante cargazón de vino tinto en las venas, quiso seguir aquella bebida en otro lado. ‘Estás emocionado con esas músicas, ¿eh, cantor?’ le pregunté como curioseando, para no ofenderlo en su sensibilidad de neurótico agudo.

“No contestó, puso cara de oscuro silencio y dijo luego: ‘Vámonos, flaco, a la cantina del Negro... se nos acabó el vinillo.’ Respondí que lo del vino había sido casual, que su visita había sido programada para que él escuchara mis discos y hasta a cantores latinoamericanos que poco o apenas o nada conocía. Pero, aferrado como era, insistió: ‘Ya escuchamos todo, ya nos chupamos todo... Vamos a la cantina.’ Estaba de pie, bastante en lo firme, con su traje negro de anarquista, algo gastado, camisa blanca más o menos impoluta, corbata de nudo afinado, zapatos con fatiga y calcetines negros. Y aquella impenetrable peinada de cabellos aplanados con la raya al medio o casi; pelo negro también, sin gel ni gomina.

“‘Bueno, entonces vamos’, creo que dije. ¿Qué importaban esas palabras si ya estaba decidido el cantor? Pescamos un destartado taxi porque a tales horas de la alta noche los autobuses se habían extinguido. No se asentaba lejos la cantina, a unas veinte cuerdas pero en los bordes de un barrio pobretón, con antigua fama de gente brava y de torcido mirar.

“Entramos con nuestra doble flacura en un ámbito de discretas penumbras. Mesas dispuestas con espíritu de simetría en dos zonas que una delgada pasarela separaba. Al fondo, a la derecha, los baños, Ellas y Ellos; a la izquierda, una barra desproporcionada de tamaño, y contra ella, de un lado, varias figuras vaso en mano o copa en boca, y del otro, dos simios de camisa roja y corbatas blancas de moño manejando garrafas y billetes y jergas de limpieza rápida. En el centro del local, una breve tarima, un micrófono de variable altura y una silla solitaria. A las mesas se apegaban, como náufragos, las reconocidas faunas de la noche. Algunos comían como cangrejos, activando mandíbulas, pinzas y cubiertos. Otros, nada más bebían, botaneando cacahuates, falsas papas fritas y/o pedazos de cosas cárnicas. Los padrotes o canfinfleros más o menos reconocibles tenían su oficina en una mesa separada, entreverando así secretos de profesión con la evidencia expresada por sus muchachas, unas gordas que medraban en la mesa de junto y en un par de sillones sueltos, en razón de unas faldas casi inexistentes y unos escotes abismales. ¿Por qué esta descripción tan larga? A saber... En verdad, no quedaban mesas libres. El Negro, que no era de ese color y sí un señor alto, disfrazado de gaucho, ¡imagínense!, con poncho y botas altas, pálido de tez, de pelada artificial y modales muy suaves y muy elaborados, avanzó a recibir al cantor, hasta medio se abrazaron.

“Presentados fuimos; vi celos en los turbiones irritados de sus ojos, protegidos por no naturales pestañas; vi en su mano diestra, que no fue ofrecida a la mía, cinco anillos espectaculares con piedras de colores diversos; vi en la mano restante, cero anillos y una uña, del meñique, bastante más larga, más cuidada que las otras y pintada de un color negro más negro que el mero culo del Diablo. ‘Vení, cantor, ¡qué bueno que estás aquí!’, y nos hizo sitio en una mesa a la que estaban arrimados dos tipos de pinta dispareja. Eran o se veían así, siempre sentados:

uno, mediano en todas sus coordenadas corporales, salvo un bigote que se le iba de la cara, tan sin propósito y desmesurado era, y que filtraba el plancton de su revuelta palabrería; otro, grandulón, también de bigote aunque no tan agresivo, con melena entrecana muy vistosa, de cigarro fuerte sujetado al labio de abajo, de dedos estirados sobre una guitarra española bien afinada y lustrosa que se adhería a su muslo izquierdo.

Los dos tipos parlaban de sus asuntos con el cantor, al cabo de varias jarras de vino y de algunas canciones a una sola voz; así, iban turnándose en tandas las voces pero ni la guitarra ni la mujer se deben prestar a nadie; eso dice la tradición. Yo pedí una milanesa o una pizza con champiñones, ya ni me acuerdo, porque a veces la panza también olvida lo que se ha comido... y el corazón lo que ha amado. ‘Estás con hambre, flaquito’, dijo el bigotazo inesperadamente, mientras yo masticaba con lentitud de pobre la carne o la pizza adornada con jitomate. En tanto, el grandote se echaba unos floreos y rasguídos, templando de nuevo la vihuela para iniciar lo que parecía una milonga campera. Tomé lo que aún permanecía en mi vaso, riposté: ‘Un poco, nomás alguna cosa...’ No aflojaba el bigotón: ‘¿Y dónde metés ese mucho morfe? ¡Putá que sos tragón!’

“El Negro se había acercado a la mesa, con tintineo de espuelas, pues a gaucho de las pampas deseaba imitar, y una jarra de espeso vino en cada mano: brillaban sus anillos luciferinos y la uña afilada y negrísima iba alzándose por los contaminados aires. Se rió, el cabrón, y dijo: ‘Sí, ¿viste? Este nene se traga todo!’ Miré el plato; casi nada de proteínas, grasas o salsas quedaban en sus redondas regiones. Miré el vaso: alguna gota moría de sed en los fondos.

“El cantor parloteaba con el de la guitarra, ya con sus vestiduras menos ordenadas y como con ganas de entremezclar las verbalizaciones con melodías silbadas, canturreos y más beberaje; es decir, eso en él significaba un principio de canto removiéndose entre el afuera y el adentro y que, finalmente, lo conduciría a un llanto de angustias indetenibles...

“Yo no quería entrar en la ominosa danza de las provocaciones, ¿para qué?, sólo se trataba de beber unos vinos de oscura sangre con mi amigo el cantor, que además era escritor de versos sombríos y de transida visceralidad. Pero... ‘Sí, el tragoncito...’, insistió el tenaz bigote, acom-

pañado de las zarandeadas risitas del gaucho maricón, que ya se iba hacia la barra con dos jarras sin nada. 'Gaucho y medio puto, un oxímoron, una contradicción insalvable; lo mismo si fuera cowboy o llanero de Venezuela', pude pensar en términos cultos. Me serví otro vaso motu proprio hasta el límite de opaco vidrio. Bebí profundamente, dije: '¿Por qué no te metés el bigote en el culo!' El tipejo ahora sí se alzó, que sentado estuvo todo el rato, ni a mear había ido. '¿Qué dijiste, flaco de mierda?', gritó con exagerada energía. Hubo revoloteos en las otras mesas, no demasiados: en verdad, aquello era un incidente de mera rutina. Creí percibir las risitas gauchescas del Negro; me calenté: '¡A mí no me grita nadie! ¡Antes, quitate la escoba de la boca!'

"El cantor estaba como en otro lugar, en otro país, navegando en su barca de cuatro patas entre ondas de vino espumoso. Intervino el guitarrista, con una voznada brutal: '¡Tranquilo, pibe! ¿Dónde creés que estás? ¿Y con quién?' (Cantor reconocido resultó ser, pero lo supe después, días después.) De pie estaba yo, trepado en mí mismo para darme altura y sin saber de qué manera: '¡Y vos, metete la pinche guitarra en el jodido ombligo!'

"Los dos camaradas del cantor, con y sin vihuela, sin y con bigote, se me encimaron con lujo de ademanes violentos. Yo me hallaba entre ambos, mal lugar para situarse, y cuando el bigotón quiso soltarme un trastazo a mano abierta, lo eludí desde antes y agarrando una de las jarras se la coloqué de sombrero: el tipo quedó igual al dios Baco, sentado otra vez y con la pelambre de la cara chorreando el vino azufrado de la casa. Me reacomodé enseguida y con el tenedor bien sólido en la mano diestra, al músico le pinché el pañuelo de seda vulgar que amparaba su viril pescuezo. Y el resto sí que fue silencio.

"Cuando me retiraba caminando como cangrejo, o sea, de costado y con las neuronas súbitamente esclarecidas y vibrantes, entre personajes indiferentes y/o curiosos, cada cual en lo suyo y muy inquietecidos, le grité a mi amigo el cantor: '¡Pagá lo mío, que luego te lo regreso!' Pero el Negro quiso hacerse más gaucho de lo que obviamente era y, casi en la puerta, me exigió el dinero de nuestras consumiciones, más el costo de la jarra rota y hasta por daños morales. Le hice una finta con el tenedor, y él volteó en busca de ayuda. Entonces, le clavé el tridente

cotidiano en plenas nalgas, adonde el pantalón hace raya, y me rajé de allí hacia la amplia nocturnidad.

“Alcancé a oír, iniciando el correteo, una doliente voz entre el remozado barullo:

‘Hermanos de este país
que queremos ver feliz...’, era el cantor inventando una milonga.”

Papelerías, a cada momento surgen, se dispersan, se pierden: ¿qué ojos realmente las escriben?, ¿qué manos realmente las leen?

XXI. El hombre

*“Del fondo de mi copa
su imagen me obsesiona...”*

“¡Otra vez esos bichos!”, se pronunció el hombre, y daba puñazos, manotazos y dedazos contra la recalentada atmósfera de la recámara. De pie estaba, como desnuda estatua atacada por palomas en el invierno de un parque, como esmirriado héroe que las Furias acosaban buscándole las entrañas de su angustiada ánima.

Se sentó en la cama abierta y desorganizada por repetidos insomnios. Su cuerpo era un depósito crujidor en el que se acumulaban incontables fatigas. Cerrar sencillamente los ojos, aun sin ajustar demasiado los párpados, era causa de nuevas correrías trazadas por brillantes formas oscuras. Abrirlos, significaba agregar esas inapresables especies al aire penumbroso que era el sostén de las agresivas imágenes voladoras.

Su mirar, pues, hacia lo externo y hacia el adentro, conformaba, entre velocísimos y despedazados intercambios, una clase de frontera de impredecibles extensiones y anchuras.

Y el hombre se calzó los calzones, se exilió costosa y violentamente del cuarto y salió a la luz mañanera del patio trasero, un espacio no estrecho con sus descuidadas zonas de pastos elevados y sus dos limoneros en gestación. De ellos, el semivestido o semien cuerado protagonista tomó algunos frutos de un color verde casi pétreo.

“Igual sirven...”, se comentó para lo suyo de sí, según un hábito muy de él, como si hablara con su atento niño interior.

En la cocina preparó, luego de buscar una olla limpia, una cuchara no muy usada y una mínima ración de azúcar morena, una infusión con harto jugo de aquellos resistentes limones. Añadió los restos desecados de carqueja, boldo y poleo recogidos de un frasco receptor de hierbas

varias; curiosamente, la hierbabuena y el jazmín blanco no fueron utilizados, ¿quién sabe el porqué? Tal vez porque el azar es la única ley unificadora de todas las leyes, las humanas y las otras.

Servida la infusión en una gorda traza, el hombre bebió con ávida ligereza de su presunto remedio alternativo.

“¡Qué asco! ¡Qué es esta porquería!”, expulsó así su exclamación blasfematoria que en lo inmediato le impidió percibir el sabor nítido de la sal disuelta por humanísimo error en los sitios del azúcar.

Las náuseas acudieron sin demora, el vómito se atoró entre estómago y paladar. El hombre, entonces, mientras millones de puntos y rayas luminosas giraban sin destino en el clima inclasificable de la cocina, a fuerza se mandó un trago más bebiendo todo lo que le fue posible. El efecto se produjo rápidamente: las tripas se revolviéron como víboras en un fuego implacable y estallantes emitieron vinos y licores en fermentación. Una sola explosión gástrica alcanzó para higienizar brutalmente el triperío; el piso de la cocina recibió en sus desequilibradas baldosas aquella acerba hediondez.

El hombre temblante, apartando vajilla no lavada, metió la cabeza bajo el grifo de la pileta; un chorro directo y congelado lo abrasó desde las sienes a la nuca, y eso generó en sus retinas un revoltijo de pequeñas expresiones de vida virtual. Apartó su cráneo del agua, casi lastimándolo contra la boca metálica del grifo, y seccionó el chorro cuya helidez lo había colocado de nuevo en una realidad contra la que no existía amparo posible.

“¡No! ¡Los bichos... las cucarachas voladoras!”, y con una jerga untuosa de grasas, mantequillas y aceites empezó a azotar, como si fuera una hélice desenfrenada, el paisaje material de la cocina. Del caos pasó al desmadre; hasta el azar, que todo lo rige, se vio superado. La jerga, más cansada que el brazo del hombre, fue despreciada en una postrera gestión de furor y se entremezcló con las acuosas basuras del vómito.

El hombre regresó al patio trasero: las manchas en tres negras dimensiones se le habían adelantado y lo esperaban allí, entre los pastos algunas, otras subían por el tronco de los limoneros, en tanto los frutos de verdusca piedra se convertían en insectos ciegos de patas multiplicadas.

“¡El hacha, dónde está el hacha!”, y tomó el utensilio del cajón de herramientas que por acullá se encontraba, “¿Quién lo puso aquí, al aire libre, no ven que todo se oxida?”, y aplicó el golpe primero al árbol más cerca de él. La adrenalina fue liberada aún más generosamente, y la segur continuó desmembrando el torso de olorosa madera, prosiguió saltando de un árbol a otro: la destrucción no llevó gloria alguna al historial del verdugo: ramas, astillas, pedacería de formas sin apoyo referencial, savias y jugos destilando, gusanos de la madera decapitados, frutos de pecho partido, troncos retorciéndose bajo efecto del martirio.

“¡Los bichos negros! ¡Las cucarachas...!”, y el hombre ahora piso-teaba con encuerados pies los pastos saturados de huyentes figuras negras.

Llegó por fin el cansancio a cubrir históricas fatigas; el sol había calcinado otro segmento de la mañana; el agonista amontonó su desarticulado esqueleto en un ángulo del patio, en la unión de las bardas que daba cobijo a un nicho de vida altamente organizada.

Y al rato, nada más, el hombre despertó asediado por incontables cosquilleos, mordidas, irritaciones y picaduras.

“¡Más bichos! ¡Son hormigas ahora! ¿De dónde salen?”, y brincaba aplastando, ahuyentando a y despojándose de un pueblo de rojas vidas inderrotables. Sin calzón, mugroso de polvo orgánico, de áspera tierra, de fragmentos de hormigas, de manchones negros, de sí mismo, buscó en la cocina, en la panza de una olla que jamás se utilizaba, la botella de reserva con su dorado aguardiente. La escondía de su propia sed, de su más propio deseo, de su hambre de trago más acá o más allá del alcohol.

Y bebió y bebió y bebió, parado, sentado, acostado, reclinado en el suelo como en un triclinio, hasta que los bichos indefinibles, las cucarachas negras y las rojas hormigas se reunieron en un animal de pútrida gelatina que le invadió el lugar del corazón como un inquilino permanente.

XXII. El hombre

*“Quiero matar el alma
que palpita en cada ebrío...”*

El hombre salió del bar, temblorosamente. El atardecer citadino regresaba otra vez con sus colores de variable tristeza.

“Nunca es el mismo, claro... Todo se parece, nada se repite en lo exacto”, se pensó con absoluta obviedad. Pero los tragos no habían sido suficientes, tampoco el pinche dinero.

“Qué hacer, dijo Lenin”, se recordó su fórmula favorita ante ciertas adversidades. La sed se expandía por las tripas mientras se alejaba sin prisa en busca de avenidas y calles de su mayor conocimiento. Después de todo, ése no fue más que un lugar de paso, no era su bar de costumbre. El de los amigos y compañeros de copas estaba todavía largo, a un costado casi de la plaza principal, en la titubeante frontera entre el centro y la Ciudad Vieja.

De pronto, la vacilante independencia de sus zapatos lo sacó del trillo. Al arribar a una esquina con viento y sin semáforos, lo empujó hacia la costanera, varias cuadras más abajo. No demoró demasiado o se tardó mucho, ¿acaso eso nos importa?, y así pudo contemplar con balbuceante mirada las aguas, que recordaba opacas, del río grande como mar, ¿sería ese mismo río, sería esa misma metáfora del mar?

Ahora el cielo incurría en tonos de violeta violento, con inmedibles franjas que intercalaban rojos vibrantes y sorprendivos brotes amarillos.

“Color busca color, realidad busca ojo que la mire, ojo procura imagen para mirarse en lo transformado por las corrientes internas de la luz...”, y el hombre eructó contenidamente, como al revés, al cabo de realizar una reflexión similar a la que antecede; pues todo relato conlleva

las limitaciones y/o imposibilidades de su mera condición: nunca conoceremos totalmente aquello que narramos pues lo narrado modifica nuestra percepción, etcétera.

Por eso, o vaya el lector a saber bien el porqué, el hombre súbitamente atrajo otros colores, mientras se sentaba con trabajosas nalgas en uno de los bancos de húmeda piedra rosada que enfrentaba a aquella visión crepuscular. Pero la irrupción de los añejos colores, exaltada por la percepción del nuevo ocaso, y los cuatro o cinco metros que lo separaban de las rocas adonde se impactaban olas y ondas cargadas de basura, generaron en el cráneo del contemplador una especie de vértigo más una especie de mareo circular más una especie de vigorosas náuseas.

Respiró a boca llena, según lo aprendido en accidentadas prácticas; vino el alivio pero el colorido del crepúsculo había entrado asimismo en sus pulmones: cada color es una piel de luz que cubre, efímera, el inquieto cuerpo del aire.

“¡Coños! ¡El color me pegó en el corazón! Hasta cosquillas dolorosas siento...”

Y entonces miró, sin salir totalmente del mareo, hacia alguna altura del revuelto cielo: quedaban gaviotas todavía deslizándose agudamente en la entreluz. Creyó ver también sus chillidos que de los picos salían como flechas negras.

Y las gaviotas enseguida fueron sólo pájaros desnorteados y luego plumas dispersándose y después manchas y puntos mínimos que comenzaron a atraerse, a rechazarse, a conformar la enormísima geografía de un blanco rostro de tal vez joven mujer.

“¡A la puta! ¡Nunca la tenía visto así! ¿Y por qué?, si no ando tan pedo...”

Era la tercera ocasión en que la cara, en su hermoso gigantismo, se manifestaba como la síntesis de miles de facciones que el cielo sin duda producía.

“¡Esa cara no sale de mis ojos! ¿Quién la pone allá encima?”, admirado, se interrogó, al par que iba recordando la vez inicial, ¿hacía cuánto?, en que, sin síntoma alguno que lo sugiriera, apareció la variante primera del rostro blanco.

“¿En qué cielo la vi...? Ah, sí, fue en un cielo sin manchas, agarrado al sol, muy por lo arriba de aquellos campos aplastados de la frontera...”

No pudo recordar a la perfección (o no quiso pensarlo para que no fuera transcripto aquí) los trazos borroneados que en lo alto señalaban con su blancor esplendente los límites y los asombrosos volúmenes de las mejillas, la frente, las narices y parte del pescuezo. Los cabellos no lograban una dimensión proporcional y se daban a la mirada a través de un tono café claro matizado de pálidos bronce. Los ojos eran simples huecos ovalados en los que flotaba una turbia emanación de oscuridad. Prontamente, sólo quedaría el mismo fondo celeste cruzado por inimaginables relámpagos. El hombre había arrojado la botella, viuda de aguardiente, en las entrañas de un cerrado pastizal (suponemos eso, nada más), para reiniciar su camino hacia la población más cercana (¿cómo había llegado a ese sitio de soledad y por qué?, no lo sabremos y tampoco importa, ¿verdad?). Pero, a los pocos, se volteó con violencia y, cosechando algunas piedras de áspero tamaño, las lanzó contra aquella representación de un albo rostro de mujer. Y el firmamento pareció borrarse traspasado por un cuchillazo de eléctrico resplandor.

“¡Te maté, cabrona! ¡Te dije que no podrías conmigo!” y el hombre entró de nuevo en las distancias que nadie puede medir.

“Sí, en qué cielo la vi otra vuelta, la segunda vez... Ah, yo había salido a dar una paseata para despejar la cabeza... eso de chupar solito no es bueno: uno acaba tomando a cuenta de cada ausente, y a más por los muertos echamos una gotas en el suelo... sí, salí por el medio de la calle, hubo apagón a las pocas cuadras... Había estrellas circulando allá muy arriba de los edificios de apartamentos. Quise contarlas, iba ya por las doscientas trece cuando todas mezclaron sus luces, y de ahí, como de un pozo de leche, salió otra vez la cara de la mujer. Ahora traía la boca puesta en su lugar, lo demás se movía como una bandera entre aires de guerra. ¿Estoy tan borracho?, me pregunté sin ruido, bajo hábito de escuchador de mis soliloquios. Y volví a hacer lo de aquella ocasión: busqué piedras, pedazos de lo que fuera, hasta cacas de perro, y empecé a tirárselos apuntando bien, que pedo estaba, sí, pero loco, no. Percibí un barullo, vidrios quebrándose, no supe exactamente. Alguien gritó: ‘¡Putos! ¡Pendejos! ¿Qué hacen?’”, entonces me arrimé a las pare-

des, de qué lado, no interesa, y seguí la marcha hacia el lejano letrero de la única cantina de la colonia: 'La yucateca', buenas botanas, ron de verdad y hasta algunas damas de buen ver y mejor tocar. A medio caminar, miré con precaución, buscando el rostro blanco: sólo alguna estrella se deshacía en la oscurana. '¡Te maté, te maté de nuevo, vieja puta ! ¡No pudiste conmigo!', y aquel triunfo me renovó la sed."

¿Habría recordado el hombre esto que pusimos en sus recalentadas neuronas? Tampoco lo sabremos nunca. Allá se estaba, sosteniéndose en su asiento, la cabeza contra las rodillas, vomitándose un algo los pacientes zapatos, los dedos contra los párpados, doblado sobre sí como un feto vertical. Las aguas se bebían los colores del crepúsculo, las gaviotas se disolvían en la oscuridad, los focos de los automóviles daban una forma real al perfil y a la espalda del hombre.

Un niño empezó a pasar por ahí, ¿de dónde venía, a dónde iba?, con su perrito de alba pelambreira. El animal alzó su pata izquierda, la trase-
ra, orinó velozmente una pierna del hombre, ¿la derecha?, y siguió husmeando en lo terrestre. El niño vio eso, encogió los hombros y colocó sus ojos en algún sitio del cielo: allí estaba la sombra del rostro blanco, del mismo rostro que vería, tal vez, en sus futuros años de borracho fiel.

XXIII. El hombre

*“¿No ves mi copa vacía?
Echa vino, tabernero...”*

La oscura humedad del verano sembraba la calle del Pez Azul de esca-
mas traslúcidas, de caducos resplandores. El hombre miraba esa retor-
cida rúa, que a veces semejava un turbio callejón sin destino. Buscaba
el bar que sus dos amigos le habían recomendado, “El tinto es muy
bueno, espeso, de cuerpo”, y a donde irían a encontrarse esa noche.

Era su segunda visita a aquella ciudad, la del oso abrazado al ma-
droño. De la ocasión anterior, hacía como tres años, se entremezclaban
aún en sus entorpecidas neuronas las figuras de líneas, colores, volú-
menes y sombras que le habían saltado a los ojos desde las telas, las
tablas, las placas de metal, los mármoles y los bronces compactos. Y
también las sorpresivas golondrinas que venían de jardines con fuentes
y chopos y mirtos. Imágenes multiplicadas, inclonables, que no calza-
ban con las percepciones de los últimos días.

Y las antiguas sardinas asadas al carbón y los fantasmáticos y tre-
mendos bocadillos de pan purísimo, queso de la Mancha y jamón serra-
no, “¡La pura sal que por vino clama!”, que aún le borroneaban los sabo-
res de la paella consumida ese mismo mediodía, bajo compañía de un
vino interminable.

Y las majas, musas, mozas, mujeres, muchachas, que no dejaban
de entretejer olores de frescos sobacos con aroma de limoneros y na-
ranjales.

El hombre miraba el transcurrir de la calle del Pez Azul, “mirar es casi
ver, sin los ojos de adentro no vemos lo que pasa afuera”, y entonces vio
el letrero móvil, girante, iluminado para sí y trazado con finos tubos de

neón: obviamente, “El Pez Azul” en homenaje publicitario a aquel tradicional camino urbano que un par de extranjeros pies en el tal momento pisaba.

El local era apenas amplio, de buena altura, eso sí, para elevar una increíble humareda tabacal, los focos se hallaban discretamente ubicados para amparar con su media luz a las parejas de todos los sexos que se encapsulaban en los rincones. Pegados al único ventanal, dos tipos entre botellas y vasos gesticulaban y removían los confusos humos blancos que colgaban como olvidados velos de novia.

Ninguna mesa disponible. El hombre se conectó a la barra con un automático apoyar del codo siniestro, “Dos cañas de tinto”, señor”, “¿Dos? ¿Quiere usted unas tapas?”, “No, gracias. Dos cañas y enseguida otras dos”, “Bueno, lo que diga... ¿De dónde es usted?”, “Del sur de América”, “¿Y habla usted español?”, “Sí, desde que era chiquito... Vosotros... Ustedes nos enseñaron”, y se echó los tintazos casi de un solo envión, “Póngame dos más”, “Oiga, que bebe usted muy rápido...”, “Allá somos así: sedientos”, arribaron los vasos, “¿Y por qué dice que nosotros les enseñamos...?”, “¡Por la jodida conquista, hombre! Nos robaron el oro y la plata... pero al menos nos dejaron el idioma, como dijo Neruda”, “Oiga, ¡que nosotros no les robamos nada!”, “¡Cómo que no! ¿Con qué putas financiaron los siglos de oro, eh? Si hasta se chingaron montonales de inditas... ¡Salú!”, “Y usted, ¿no es descendiente de españoles?: tiene pinta. ¿Por qué niega la raza?”, “De españoles, no: ¡de vascos! ¡Sírvame otras dos!”, “¡No le sirvo nada, coño! ¡Pague y váyase!”, “¡No me voy nada: ¡así no se trata a un cliente!”, “Sisí, ¡me suelta las ochenta pesetas y afuera!”, “¡Aquí las tiene! Lo que sobra, no es propina: ¡se lo mete en el fondo del sucio culo!”, “Oye, Manolo, ¡sácame a este tío a la calle! ¡Que ya no moleste más, joder!”.

Y al mágico llamado surgió de algún humoso sitio inédito un gorila celtíbero de acción rápida. El hombre, súbitamente adrenalizado, se lanzó hacia la puerta, rozando a una pareja en pleno chupaboca y desequilibrando algún brazo portador de copa o cigarro, para encontrarse con una tímida llovizna que intentaba asentar las humedades de la calle empedrada.

Al alejarse, vio a sus dos humeantes amigos junto al vidrio de la única ventana, rodeados de botellas erectas, derrotadas o en semivació movimiento, manoteando todo según las normas borracheriles y parlotando, de seguro, a propósito de sus mismos y obsesivos temas.

“¿Cómo fue que ni nos vimos? ¿Cómo?”, se hizo la estéril pregunta, mientras el alcohol iba desplazando a la adrenalina, “¿O es que alguna vez nos vimos de verdad, en medio del puro trago?”

La llovizna comenzó a crecer, como quien pasa de la infancia a la vejez en un mero instante. Y el hombre se alejó a puro zapatazo, resbalando entre las pulidas piedras y tropezando con las anfractuosas banquetas. Una, dos, cinco calles más abajo o más arriba, escuchó músicas de órgano, y luego sus sensibles narinas descubrieron olorosas sendas de incienso. Unos metros más y allí estaba la iglesia, “¿Cuál?, ¿la de san qué...?”, y entró con suelas vacilantes como si fuera un perseguido político en la Edad Media.

De pronto, campanas y movimentaciones de rituales nocturnos. Se sentó en una de las bancas, que dos damas de empobrecido luto ya parcialmente ocupaban. En la penumbra, otras extrañas figuras como extraídas de algún tango, se meneaban representando a hembras y varones de diversos pelos y señales. La campanilla sonó indicando quién sabe qué gestualidad, pero “¡Carajo!”, creyó recordar su breve y lejanísima actuación de inquieto aprendiz de monaguillo, “Claro, consagran la hostia, ¡hostia!”, y se paró en medio de un temblor de apagados hipos, después “¡La campanilla otra vuelta! ¡Es la consagración del vino! ¿Por qué no nos sirven un trago a todos?”, las enlutadas damas de junto se retiraron, hubo chistidos, advertencias verbales y ademanes agresivos saliendo de aquellas transidas figuraciones humanas.

El hombre, por segunda ocasión excluido del rebaño, tremendamente solo, enliviado hasta la médula, rescató unos restos de imprevista soberbia y unas basuras de mediado orgullo para mezclarlos con los vinos que no dejaban de arder en la delgadez de sus venas, y permitió que las rodillas golpearan el piso de congelados azulejos, y alzando los huesos mojados de su cráneo hacia las humosas altitudes del templo, dio longitud a sus brazos, formó puños con las manos y abrió la regurgitante boca para asentar, en un entrevero de sílabas enrojecidas,

la terrible invocación que desde la niñez le carcomía el ánimo: “¡Satanás, Satanás! ¡Ven a mí y destruye a los infieles!”, y agregó, ya más en lo cierto de sus metáforas: “¡Los infieles se beben la sangre del Cristo! ¡Yo sólo quiero el vino de tu odio! ¡Sin tu odio no podré llegar nunca al amor!”, y el vómito le alivió el incendiado pecho.

Alguien, ¿o dos álguienes?, removió, ¿removieron?, el cuerpo desguazado del hombre. Con fuerzas de arrastres, empujadas, agarrones, forcejeos y cuidadosas blasfemias, lo transportó, ¿transportaron?, hasta la puerta principal de la iglesia ya deshabitada. Lo sentó, ¿sentaron?, de lomos contra la pared, como adorno humanoide y rastrero de la histórica fachada.

“¡Que ahí se duerma el tío, joder con Satanás!”, exclamó un alguien, retirándose un paso.

El hombre, semisentado o semicaído, se agarró de los bajos de un pantalón, ¿o era una falda negra?, y pudo entreabrir una boca inesperada:

“Oigan, cabrones: ¿a dónde queda... el otro templo... el jodido Pez Azul?”

XXIV. El hombre

*“... hasta verme como loco
revolcándome en el suelo...”*

“¿Quién te traiciona? Yo nada más dejé el chupe, ahora sí, definitivo. Antes, dejaba y volvía, dejaba y volvía... eran solamente descansos para no reventar tan pronto...”

“¡Me traicionaste! ¡Estoy solo, igual que una puta!”, gimió roncamente el mulato.

“¡Qué va! Ya me hacía mal, me estaba masticando las tripas... Y además, pleitos por todos lados: las novias, el trabajo, hasta la poesía...”

“¡Eres un traidor!”, gimoteaba, y manoteaba el vaso con su solo vidrio, enviudado y casi seco. Y buscaba más hielo, más botellas, más sustancias de que agarrarse.

“Se acabó el ron, creo... Ya no tomes más, socio. Estás mal, estás pasado...”

El hombre, con sus flacuchentas espaldas apoyadas en un costado de algún mueble, ¿cama, sillón, librero, taburete, ropero?, imaginó velozmente este diálogo que transcribimos, mientras innumerables moléculas de caliente ron, de vino acidulado, de frío whisky, de golpeante licor de ciruelas parecían disolverse con costosa lentitud en la totalidad de su sangre. Simultáneamente, percibió la fugacidad de una figura de niño cruzando la entresombra de la habitación hacia aquella mesa y su botella etiquetada con raros animales. A su lado, ¿el derecho?, un esqueleto de humanoide humeaba copiosamente.

Había orinado en varias ocasiones en el retrete de un bar no bautizado aquí, bajándose el pantalón y el calzoncillo. Al salir luego de la postre meada, se había apoyado en el primer extremo de la barra, pidiendo sencillamente “la caminera”. En el otro extremo, ¿a su diestra?, dos

maricones explícitos tenían como encerrado a una muchacho más bien macizo o más bien gordito, según se mire, asediándolo impunemente con verbalizaciones, risas, ademanes y no muy discretos toqueteos. El joven no aparentaba disgusto, se dejaba conducir como dejándose caer.

De pronto, como entre neblinas y resplandores, el hombre vio a un conocido, el flaco Huesomuerto, un padrote o canflifero de género dudoso y cambiante, que se allegó con soltura: iba acompañado de una de sus pupilas, hembra semirrolliza, de pelos distribuidos en finas trenzas de barroco entretejido. La blusa atigrada y las faldas negras, embarradas a pechos y muslos, mostraban lo existente y anulaban cualquier gesto de la imaginación. Las piernas eran interesantes soportes de falsa seda también negra. Del rostro, salvo una boca de bermeja voracidad, el hombre nada recordaría a la siguiente madrugada.

“Acomódate esa ropa, mira cómo te presentas ante una dama como ésta...”, enunciaba el Huesomuerto, denigrando y ensalzando a un mismo tiempo.

“¿Cómo estoy... cómo me ves?”

“Horrible, mi cuate. Cerca de lo teporocho, ¿o no? ¿Dónde quedó tu elegancia, eh, presumido? Ponte decente, así puedo presentarte a mi amiga Beatriz...”

El hombre ordenó torpemente las agujetas de sus zapatos mojados de orines, los bajos de su camisa de mezclilla, el ajuste de los raspados calzones, lo recto del pantalón, la escasa revoltura del pelo, dijo:

“Muchas gracias por llevar ese nombre: ¡Beatriz! El Dante...”

Quiso continuar, pero el otro cortó el inicio de un innecesario rollo poético: “Oye, aquí estamos para otra cosa. ¿Te gusta mi amiga o qué?”

“Sí, pues... claro que sí...”, pudo emitir una ensalivada afirmación.

“Entonces, andando. ¿No debes nada?”

“No...”, entre dudante y convencido.

“Vamos a la casa, ándale, yo los acompaño...”

“¿Cómo aquella vez?”, en el cráneo del hombre fulguró una inesperada rememoración, aunque la imagen de Beatriz no estaba involucrada.

“¿Con quién habrá sido...? Ah, con la Chatita... bien apapachadora que era... ¿Cómo es que me acordé?”, se murmuró, en tanto la Beatriz lo tomada de la cintura e iniciaba el rumbo hacia la salida.

El Huesomuerto se había reunido al pasar con los galanes y el joven gordito, ya los tres en tren de enredados cariños y sugerentes intimidaciones. Y el hombre oyó, ¿pensó, imaginó?, que el Huesomuerto invitaba: “¡Vamos, vénganse hasta la casa de ustedes, no son ni dos cuabras! Hay bastante lugar, ¡lo pasaremos a toda madre, sí!”

De tal manera, todos ya rejuntados en la banqueteta y medio caminando, tejieron acuerdos, alianzas, posibilidades. Beatriz seguía sosteniendo al hombre, que algo se reanimó con los friajes de la noche y el comienzo de la marcha hacia el nicho del Huesomuerto.

El departamento estaba en un segundo piso, ¿para qué describir la ausencia de elevador, los pasillos oscurecidos, la estrecha puerta, la sala de entrada, las dos recámaras, el desprolijo cuarto de aseo, la desarreglada cocina, las cortinas de sombría tela esponjosa, los focos de luz indirecta, el sembradío de cojines, las fotos de mediocres kamasutras colgadas en sitios estratégicos, las dos camas dobles y bien dispuestas? Si hasta un poco de eso, en verdad, sería luego nada más que basura en la memoria del hombre: “olvidar es a veces vivir, porque así podemos inventar los recuerdos...”

La Beatriz se ocupó con su a medias liberado cliente, combatiendo con muy profesionales lengüetazos y otros recursos personalizados los reflejos inhibidores del alcohol. Al rato, finiquitada la tarea, aún desnuda y algo jadeante, cobró su dinero bien ganado y, amparando los humedecidos cuerpos bajo tenues sábanas y mantas, se puso a ronronear vibradoramente, pues así era su modo de dormir.

El hombre no abandonó totalmente su precario estado de vigilia, ahora menos confuso gracias a las eliminaciones del sudor y a las irrupciones de la adrenalina. Una figura de niño con una botella en la mano, ¿la izquierda?, nació y se disolvió inesperadamente en la entresombra. Y el hombre se paró con cierta penuria: a la altura de su mirada se topó con los ojos saltones de uno de los putos.

“¿Qué haces ahí, en la puerta?”, preguntó en una primaria gestión de enojo.

“Miraba, nomás. ¿O que no se puede?”, fue la respuesta desde un rostro que avanzó hacia él.

Y enseguida: “Oye, ¡que te la chuparon bastante, cabrón! Pero esa piruja no sabe nada... ¿Por qué no me das un chance? Bien gozado te dejo... ¡y de gratis!”

“No me jodas, ¡eso no es lo mío!”, y empezó a tentar por su ropa, al menos el calzón.

Pero el tipo, macizo de osatura y que medio en pelota estaba, le prensó la cintura a dos brazos y, ya agachado como ante un dios en decadencia, a fuerza de hocico le buscó la entrepierna. De forma automática, el hombre invocó oscuramente al muchacho futbolista de otras eras y alzó la rodilla derecha, golpeando donde pudo golpear: buscaba la nariz, punto de equilibrio; y después levantó la izquierda, en ratificación de áspero castigo. Luego, a dos manos, arrancó gruesas pelambreras de la cabeza que hizo una caída en curva, hasta naufragar con ruido cortante en las pétreas tablas del piso. Y el hombre volvió a castigar, con pie de zaguero descalzo, al semiencuerado cuerpo que, curiosamente, no gemía, no chillaba, no aullaba, no gritaba.

Acabó de reunir ropas y calzado, salió sin mirar los humanos desperdicios de aquella noche. Pasó frente a la segunda recámara, de puertas más bien entornadas: encamado, el joven gordito se abrazaba al otro suripanto. Ambos parlotaban tiernamente en un idioma intraducible.

“¡Cómo! ¿Ya... te estás... yendo?, era la trabajosa voz del Huesomuerto, “¿le... pagaste a mi... amiga?”

“Claro que le pagué... y sólo porque nos conocemos... puro ojete que eres...”, respondió, subiéndose los pantalones, “¡Esta casa tuya es un jodido desmadre!”

Y entonces entrevió que el padrote andaba con el esqueleto al aire, una viva calaca echando humo de mota, de macoña, de marihuana o lo que fuere; humo de jedentina, niebla de camposanto.

“¡Quédate, mi cuate... échate una fumada... es de la buena... No te quejes, pues... aquí tengo de todito... hasta güisqui etiqueta negra...!”, y le ofreció aquel objeto blanco, chamuscado, hediondo.

El hombre no contestó: sentía en el paladar, en los testículos, en las neuronas, en los dedos, en los párpados, aquellos sabores de tanta asquerosidad acumulada. Y sentándose en el suelo, apoyó los adoloridos lomos en un pequeño mueble de utilidad indefinida para terminar de

vestirse. Entonces, escuchó, ¿imaginó, ensoñó?, el diálogo, ¿pasado, futuro?, con su socio el mulato, la plática que anotamos al comienzo de todo este palabraje, mientras nuevamente de la entresombra surgía el niño para enseñarle, como en un saludo, sus manos libres de vasos y botellas. La realidad de los sonidos y las visiones se disolvió abruptamente: el Huesomuerto lo presionó con intención al acomodarse a su lado, ¿el diestro?; enseguida lanzó la mínima colilla hacia cualquier sitio de la penumbra y estiró una mano de cadáver fosilizado con rumbo a su entremuslo.

“¿Qué quieres, cabrón? ¿Tú también, putazo mío?”, y le colocó el codo, ¿diestro, siniestro?, en el centro del cogote.

Así lo aguantó unos segundos y, de súbito, apartándose un algo, le clavó con violencia la punta del hueso en la mera nuez del quebradizo cuello. Un sutil crujido y una tos entre flemas y eructos indicaron lo certero del contrataque.

El hombre regresó a su aún balbuceante modo vertical, ya encamisado, empantalonado, enzapatado. Fue hacia la esmirriada puerta de salida, tropezó con vasos desahuciados y garrafas agonizantes. Una sola estaba virgen, era de etiqueta negra. La recogió rápidamente, como retorciendo un pescuezo traslúcido, y la reventó contra el piso enmugrado. El licor corría entre cojines y objetos no identificados, agregando desorden al desmadre. El licor: “sangre venenosa de aquellos bichos de vidrio”, tal vez repensó; sangre de asco que plenamente se desató de su boca en un vómito feroz.

El hombre, desdoblado, se apoyó costosamente en la puerta y pudo descender hacia los cielos terrestres que la ciudad había acumulado durante la noche. Sólo le restaba apartarse, caminar, huir en procura de la propia sombra.

En el paladar, en las encías, entre los dientes, en la raíz de la garganta, en el quemado esófago del hombre, una angustia liberadora de múltiples repugnancias se había establecido tal vez para siempre. Otros sabores y olores arribarían después, ¿en qué tiempos?, con su ritmo de frutas, de aguas lustrales, de saliva de musas y muchachas.

XXV. El hombre

*“... risas y besos, farra corrida,
todo se olvida con el champán...”*

El mulato respiraba finamente, disparejamente, filtrando los huidizos oxígenos que pasaban cerca de sus dos sedientos hoyos negros. La luz difuminada de la sala de cuidados especiales del hospital público se negaba a penetrar las costrosas oscuridades de aquellos túneles de ventilación insuficiente.

“¿Qué habría después de ellos: una continuación de caños saturados por densas flemas, tuberías de grosores diversos que finalmente se utilizarían en fibrillas bloqueadas también, endurecidas por implacables humaredas de polvo, plomo y nicotina?”, se interrogó tal vez el observador que, de pie junto a la cama 666, miraba al otro desde una inestable lejanía.

El cuerpo bien macizo del paciente no tenía cobertura de sábana alguna; sólo una especie de camisón encogido o enrollado más arriba del velludo ombligo. Luego, hacia la región baja del hidrópico vientre, un flojo pañal ofendido por cremas de verdosa mierda y meadas enrojecidas. Después, las piernas de hipopótamo urbano mostraban las bermejas placas de lo podrido, las escaras rojiazules de la descomposición, las grietas de disímiles costras y escamosas erupciones de escurridizo pus color ocre vivo; en fin, dos columnas derrumbadas, con un paño trenzado a modo de grueso mecate que oprimía los tobillos del paciente. Y al final, una grotesca floración de diez pezuñas escandalosamente negras.

El torso, escondido debajo de la camisola de alburas maltratadas, permitía en su penoso y casi invisible movimiento de respiración que el observador imaginara otras mórbidas depredaciones. El cuello encerra-

ba en sus pliegues napas de sudor y mugres recientes. De las sienes hacia atrás, un solo espacio curvándose entre cabellos aislados y adheridos a la jalea exterior del cráneo. De la cara, solamente el observador recordaría los edematosos labios exornados por los coágulos que, como ínfimos bichos de lo profundo, se ennegrecían expuestos al aire penumbroso de la habitación.

“¿Y las enfermeras, por qué no están?”, se interrogó, mientras un espasmo le calcinaba el entero estómago.

En ese momento, como respondiendo a su pregunta silenciosa, llegó la cuidante que cumplía su gravosa guardia.

“¿Usted es familiar, señor...?”

“El señor está en el cielo... Soy algo más, ¿sabe? Soy su socio, su carnal, su asere...”

“Ah, disculpe pero no debe estar aquí... ¿Cómo pudo subir?”

“Con la tarjeta de su esposa de él... Está abajo, a la entrada... su-pongo.”

“Eso no está permitido: debe usted retirarse... ¿A qué vino? El paciente se halla en situación terminal.”

“Vine porque lo he visto vivir, lo he visto suicidarse despacito y porque quiero verlo morir. ¿Somos amigos, somos compadres, somos camaradas o qué somos?”

“Ya le expliqué, señor. Tiene que salir de la sala, ni siquiera en este piso puede quedarse”.

Agregó: “Hay otros pacientes muy graves también, acaba de fallecer uno por intoxicación alcohólica, estoy con demasiada chamba. Váyase, por favor...”

“¿Y si se muere y yo no estoy aquí, pegado a la cama, para sujetarle los párpados?”

“Con el paciente, debe estar la esposa, no usted.”

“La esposa es tremenda briaga. ¿Dónde cree usted que está ahorita mismo? Si me dejó la tarjeta, seguro que fue para irse a la cantina. Allá estará ahora.”

La enfermera, en medio del diálogo, había limpiado nalgas y genitales sin esconder una mezcla de repugnancia y destreza.

“Está bien, quédese un rato más”, y se retiró hacia una cama próxima para cerrar las sábanas, como un ataúd blanco, sobre otro cuerpo sin nombre, esa ocasión un cuerpo de increíble delgadez e inédita transparencia.

El observador, curiosamente, nunca recordaría los rasgos de la enfermera, samaritana asalariada; sólo la voz enredada en las palabras.

Miró el rostro del mulato que parecía delirar; solos ahora estaban en su casa.

“Oye, chico, la vida breve es la mejor, corta y gloriosa como querían los héroes griegos.

Fíjate que los cabrones tomaban vino con especias, en recipientes gigantescos... ¿cómo se llamaban? Ah, sí: crateras o cráteras. Ya de mañana estaban chupando sabrosamente. A la menor provocación, unos banquetes del carajo. Y después, bien animados, a coger y a pelear cantidad... Hasta los meros dioses se ponían bien pedos...”

“¡Tú siempre con esas ideas de la fugacidad, del porvenir a corto plazo, de vivir por sexenios! Como si todo de todo sirviera para nada de nada... Estás como ese pendejo de Fukuyama que le puso punto final a la historia...”

“¡Y qué más da! A este mundo de verdadera mierda no lo arregla ni la revolución, mi socio”, y ajustó la cantidad de aguardiente a su largo vaso, removiendo el hielo con el dedo índice diestro.

“¿Cuánto hace que te estás matando? ¿Cuánto? Y además, el tabaco...”

“Hace veinticinco años que chupo diario, y ya ves, chico: estoy enterito.”

“Ya veo, sí...”

“¿Y tú, no tomas nada hoy? Tiene como dos semanas que no nos mirábamos.”

“No, mulato, gracias... Quiero decirte que ya no bebo, que dejé en serio esta vez...”

Las facciones del mulato se espantaron, tosió al tragar mal su ron, apenas sostuvo la volcadura del vaso, volvió a toser, escupió en cualquier sitio, los ensangrentados ojos desecharon repentinas lacrimosidades, por mera rutina se trapeó el cráneo transpirado con su

pañuelo siempre a disposición. Puso más ron vulgar en el enhiesto vaso, entre nuevos tosidos; añadió discretas rocas de hielo que removió inconscientemente con su dedo habitual. Bebió a lo Rubén Darío, severamente. Dijo casi como una exclamación:

“¡No puedes hacerme esto a mí, a tu socio! ¡Me vas a dejar solo!”

“¿Por qué solo? ¿Y tu gente? La mujer, los muchachos, los cuates...”

“¡Tú eres mi hermano, mi familia! ¡A qué vine a este puto país? Vine por ti...”, y contempló las raíces de adentro del vaso.

“Párale, socio. Viniste por la chamba en la revista, por el proyecto editorial... Yo nomás eché una mano con la orientación, con los pinches documentos...”

“¡No, coño! ¡Estoy aquí por ti, vine por ti! ¡Eres mi hermanito...”, echando más aguardiente y más piedritas de hielo, las últimas.

“Oye, mulato...”

“¡No quiero oír nada! ¡Mi hermano me traiciona! ¡Escuchen lo que oigo, escuchen todos, ojetes de mierda!”, y consumió de un hábil buche el vaso final.

“Ya no tomes, socio. Estás mal, estás pasado...”

“¡No me digas que estoy mal! ¿Tienes problemas con la vista o tienes problemas con el alcohol? Yo sé hasta dónde llego, chico...”

“Ya me di cuenta, ya se me cayó el veinte” y soltando con vaguedad un “nos vemos”, se retiró hacia la calle que quizá nunca caminarían juntos otra vez.

Volvió a mirar la cara del mulato como si la mirada, una doble flecha negra, atravesara la oscuridad de un bosque vacío. ¿En qué sitio estaban?, ¿a qué horas? Sí, fue cuando el encuentro a la puerta del departamento que el hombre compartía con su más personal soledad.

“Pero... mulato, ¡son las cuatro de la mañana! Es la hora en que recién puedo dormir... la hora del lobo.”

“¿Por qué la del lobo?”, la frase interrogante salió envuelta en vapores de ron barato y tabaco ordinario.

“Es la hora en que los niños nacen, los viejos mueren y los borrachos resucitan...”

“¡Qué bueno está eso, mi socio! ¡Merecemos un trago!”

“No, mulato. Estoy medio dormido y, además, bien sabes que dejé el chupe. ¿Por qué viniste a despertarme?”

“No me jodas, debes tener guardada alguna botella en la cocina, como antes. Aunque sea una cervecita, una cheve...”, las palabras traspasaron el espacio libre producido por la apertura de la puerta, resonaron en la sala-comedor, pasaron a la cocina, hurgaron en los armarios, buscaron encima de la mesa de diario. Fracasadas, se disolvieron para siempre.

“Ya te dije: no hay nada para chupar... Quiero dormir, no seas cabrón...”

“Ta bueno... Entonces, préstame cien pesos. Me pelié con mi vieja, dice que ya no me aguanta más, que son añares de lo mismo. Tú sabes cómo es la cabrona, la muy putita. Me corrió de la casa, apenas nos habíamos tomado algún trago. No quise madrearla, en verdad, nunca la pegué, y me salí...”

“¿Y luego?”

“Regresé enseguida a buscar la botella, ron Negrita, imagínate. No es como para dejarlo solo... Golpié con ganas pero ella ni me contestó...”

“¿Y tus llaves?”

“Le metió traba a la pinche puerta...”

“Y pasaste a verme, a procurar trago. No viniste por tu socio, viniste por el ron... Ya te dije, no tengo nada de chupe... voy por los cien pesos.”

El hombre dilató mucho su vuelta. El mulato había empezado a orinar contra la pared, pegado a la puerta.

“Pareces perro, cabrón. ¿Por qué no entraste? Siempre ha sido tu casa...”

“Y tú pareces un monje impoluto, como si yo no supiera de tus pedas en la Isla, con aquella novia postiza... ¿cómo se llamaba? Te la templabas en el Grand Hotel, ¿o no?”, dijo de corrido, mientras sacudía su instrumento y lo encerraba con delicadeza en la bragueta. No la abotonó ni le puso cierre metálico, según sucede por lo general en casos similares.

“Toma el dinero, y cuídate. Trataré de echarme un par de pestañazos...”

El hombre no pudo eludir un añadido:

“Ve a la casa y arregla las cosas con tu mujer. No andes por ahí de putas...”

“¡No me jodas con tu monserga!”

Se limpió las manos en el pantalón, recogió el billete, lo examinó a profundidad.

“¿No tienes cambio, mi socio?”

“No, da lo mismo: todo se transforma en ron...”

“Ta bien, no te doy las gracias porque préstamo de hermano es regalo, y regalo de hermano no se agradece.”

“No hay pedo, compadre.”

“¿Sabes... chico? ¿Te dije que creo que ... tienes problemas con el alcohol?”

Se apartó como temblando, sin verse en la cara de su carnal, y pronto se disolvió en las contaminaciones de la calle sin árboles.

Y ahora, en ese ahora de ese hoy, estaba ahí, atado a la cama de una sala de cuidados especiales de un hospital público de una grande ciudad.

La enfermera pasó cerca de la cama 666 y contempló unos segundos al observador que, de pie en lo firme del piso, continuaba mirando el rostro transfigurado del mulato; mirándolo así, viéndolo suciamente morir.

Ciudad de México, 2004.

La última copa se terminó de imprimir en enero de 2006, en Artes Impresas Eón, S.A. de C.V., Fiscales núm. 13, Col. Sifón, C.P. 09400, Del. Iztapalapa, Tels. 5633 0211 y 5633 9074. <info@arteon.com.mx> La edición consta de 1,000 ejemplares.